006 Economía Inclusiva

Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales

Ulrich Brand

FUHEM
educación+
ecosocial

CATARATA

006 Economía Inclusiva

Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales

Ulrich Brand

FUHEM
educación+
ecosocial

CATARATA

006 Economía Inclusiva

Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales

Ulrich Brand

FUHEM
educación+
ecosocial

CATARATA

Índice

NOTA A LA EDICIÓN

INTRODUCCIÓN

Capitalismo verde

Estructura del libro

CAPÍTULO 1. ¿CÓMO SALIR DE LA POLICRISIS? LOS CONTORNOS DE UNA TEORÍA CRÍTICA DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIOECOLÓGICA

Introducción

Requisitos para un concepto AMPLIO de transformación

Teorización de la transformación socioecológica: conceptos teóricos

La ecología política y la regulación de las relaciones sociales con la naturaleza

Debate y perspectivas

CAPÍTULO 2. ECONOMÍA VERDE Y CAPITALISMO VERDE. EL MODO DE VIDA IMPERIAL COMO LÍMITE DE LA MODERNIZACIÓN ECOLÓGICA

Economía verde

¿Y después del desarrollo sostenible?

Evaluación de la estrategia

Obstáculos estructurales a una economía verde

Capitalismo verde

Conclusión

CAPÍTULO 3. LA CRISIS DEL CORONAVIRUS. OPORTUNIDADES DE APRENDIZAJE E INICIATIVAS POLÍTICAS

Análisis críticos para una política orientada al bien común

Promover iniciativas concretas

CAPÍTULO 4. EN LA TRAMPA DEL CRECIMIENTO. LOS SINDICATOS Y EL CAMBIO CLIMÁTICO

Inquietud política: ¿qué habrá OCURRIDO en 2030?

Ecología del trabajo

Más allá de la modernización ecológico-capitalista

¿Cómo será posible convertir al campeón de las exportaciones en campeón socioecológico?

El crecimiento: el punto álgido de una economía socioecológica

¿Sindicatos por el futuro?

CAPÍTULO 5. ¿EL ECOSOCIALISMO COMO PROYECTO DE TRANSFORMACIÓN? REFORMISMO RADICAL, DECRECIMIENTO Y DEMIOCRACIA

Explorar nuevas perspectivas emancipadoras

Los debates sobre la transformación socioecológica, ¿en pro de la emancipaciÓn o ciegos frente al poder?

Hábitos, costumbres, naturalidades e imaginarios de un mundo poscapitalista

Decrecimiento o poscrecimiento y estrategias ecosocialistas

Perspectivas del futuro: por una comprensión procedimental e internacionalista de las estrategias socialistas

CAPÍTULO 6. LA CIUDAD DEL POSCRECIMIENTO, EL MODO DE VIDA SOLIDARIO COMO PROYECTO

El poscrecimiento como perspectiva tanto del activismo como de la investigación académica

Hacia un modo de producción y de vida solidario

CAPÍTULO 7. MÁS ALLÁ DE LA SOSTENIBILIDAD, LOS CONTORNOS DE UN MODO DE VIDA SOLIDARIO

Cambio de clima y justicia

¿Qué transformación?

Vida solidaria y transformación socioecológica como horizonte de una política progresista59

El potencial de la crítica Al crecimiento

La perspectiva de una democracia transformadora en pro de un modo de vida solidario

CAPÍTULO 8. ¿QUÉ HACER? ALTERNATIVAS VIVIDAS, REIVINDICACIONES EMANCIPADORAS E INTERVENCIONES POLÍTICAS

El reclamo de reparaciones climáticas

La sociedad del poscrecimiento: poner límites políticamente

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

SOBRE EL AUTOR

FUHEM ECOSOCIAL

Espacio de reflexión, encuentro y debate que analiza las tendencias y los cambios profundos que configuran nuestro tiempo desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

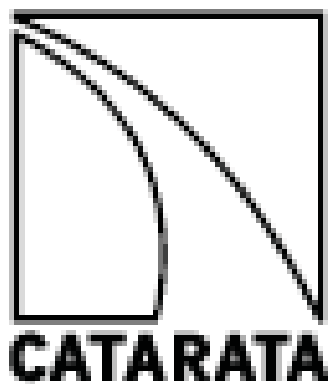
https://www.fuhem.es/ECOSOCIAL/

Ulrich Brand

Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales

Traducción revisada por

Stefan Armborst y Marisa García Mareco



FUHEM

educación+
ecosocial

Colección Economía Inclusiva

Diseño de COLECCIÓN: PABLO NANCLARES

Traducción revisada por Stefan Armborst

y Marisa García Mareco

© Ulrich Brand, 2023

© Fuhem ecosocial

AVDA. DE PORTUGAL, 79 POSTERIOR

28001 MADRID

TEL. 91 575 21 09

WWW.FUHEM.ES

© Los libros de la Catarata, 2023

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Crisis del modo de vida imperial y transiciones ecosociales

isbne:978-84-1352-932-5

ISBN: 978-84-1352-882-3

DEPÓSITO LEGAL: M-33.803-2023

thema: KCA/RNA/RNT

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Nota a la edición

El presente volumen es una recopilación de diferentes artículos publicados previamente en inglés o en alemán que han sido parcialmente adaptados para su traducción al castellano y cuya procedencia se indica en nota al pie al comienzo de cada texto. Su ordenación pretende dar cuenta, en la primera parte, de las múltiples manifestaciones y dimensiones de la crisis ecosocial y, en la segunda, de los posibles escenarios de transición. En ese sentido, tanto la introducción como el capítulo final "¿Qué hacer?" constituyen aportaciones originales a esta edición. A excepción de estos dos últimos textos, no se han actualizado las referencias bibliográficas de los trabajos presentados y que son, en general, el resultado de reflexiones vinculadas a ciertos momentos de la historia reciente. Por ejemplo, muchos fueron escritos antes de la pandemia, sin que esta circunstancia, sin embargo, reste sustancia al argumento. Además, con el fin de evitar redundancias, en algunos capítulos se han recortado determinadas partes de las versiones originales.

Introducción

“El mundo arde y se ahoga ante nuestros ojos”, así de drástico se dirigió el secretario general de la ONU, António Guterres, a los Gobiernos y a la opinión pública mundiales. Pronunció estas palabras en noviembre de 2022, durante la Conferencia Mundial sobre el Clima, que se celebra anualmente. Pero ¿a quién afecta más el impacto de la crisis climática? Suele ser a las personas que se ven más directamente afectadas por las inundaciones y las sequías, las que están menos protegidas del calor, las que tienen menos posibilidades de permitirse la compra de alimentos cada vez más caros a causa del cambio climático.

A la inversa, también deberíamos preguntarnos qué colectivos son los principales responsables del cambio climático y de las catástrofes que lo acompañan. Por ejemplo, entre ellos cabe señalar a los usuarios de pequeños jets privados y taxis aéreos quienes emiten de media 50 veces más gases de efecto invernadero que cuando utilizan el tren. Lo absurdo es que más de la mitad de estos vuelos se realizan en distancias inferiores a 500 kilómetros, ¡y en la mayoría de los trayectos habría trenes de alta velocidad como alternativa!

Así pues, la crisis climática no ha sido causada por la “humanidad”, sino que tiene mucho que ver con la desigualdad y, por ello, con las relaciones de poder sociales, a nivel nacional y global, que causan, perpetúan e incrementan esta desigualdad. Según los estudios de Lucas Chancel, desde 1990 el 50% más pobre de la población mundial ha emitido el 16% de las emisiones globales, mientras que el 1% más rico ha causado el 23% de estas (Chancel, 2022; Chancel, Bothe y Voiturez, 2023).

Aunque la crisis climática es un desafío global, está engendrada por una pequeña minoría que no solo vive a expensas de los demás y de la naturaleza, sino que además, con su inmensa riqueza acumulada y sus decisiones de inversión, no llevan a cabo ningún tipo de

iniciativa para que la situación actual mejore (o por lo menos no empeore). Según la Agencia Internacional de la Energía, en 2022 se invirtieron más de 850.000 millones de dólares estadounidenses en la producción de combustibles fósiles para obtener beneficios económicos y aumentar los de las grandes fortunas. Esto resulta más del doble de todas las inversiones en energías renovables.

De ese modo, mientras (casi) todos tienen que pagar, solo unos pocos se lucran. En este contexto, no solo se revela la demencia de nuestro frenesí destructivo, sino también la ilusión de una disociación entre consumo y crecimiento económico, por un lado, y consumo de energía, de recursos y destrucción ecológica, por otro (Haberl et al., 2020).

Esta persistente situación se perpetúa y se sustenta en una especie de "utopía real" del capitalismo actual, con poderosos impactos de gran envergadura: el modo de vida imperial, a expensas de la naturaleza y a escala internacional, especialmente del Sur global. También en España esta "utopía real" dominante y destructiva es aceptada, y se manifiesta en la vida diaria, por amplias capas de la población. Esto es lo que hace tan difícil cambiar de rumbo y elegir el sendero de una verdadera sostenibilidad, a pesar de las múltiples crisis y pese a la intensificación de la catástrofe climática. ¿Cómo salimos de esta "normalidad" tan poderosamente arraigada?

Aun así, en muchas personas va calando la necesidad de un cambio profundo, sobre todo por las experiencias de los últimos años: lluvias torrenciales y sequías, escasez de agua e inundaciones. Los estudios científicos del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) dibujan escenarios aún más preocupantes y el debate público gira en torno a las contradicciones de las soluciones que se ofrecen. Por ejemplo, el paso a la movilidad eléctrica: ¿de dónde saldrán los recursos de cobre y litio y de dónde saldrá la corriente para ese consumo adicional? De la misma forma, las contradicciones del modo de vida imperial se condensan en las reacciones frecuentemente virulentas a las protestas de los movimientos por la justicia climática. En resumidas cuentas: no hay otro camino que reconocer y asumir que los actuales insumos de recursos y de energía tendrán que reducirse drásticamente, ¡no en un 20%, sino hasta un 20% en dos décadas!

Las cosas se están poniendo ostensiblemente incómodas, porque las condiciones ecológicamente estables del Holoceno se están modificando de forma radical. Los enormes desafíos intensificarán las luchas distributivas existentes, por lo que ahora resulta importante no aceptarlas de un modo cínico (en nombre de eslóganes sin ética como el del "interés nacional"), sino comprenderlas y cambiarlas.

Pero no se trata solo del cambio climático o de la emergencia climática. La pérdida de biodiversidad o de agua dulce, que ya escasea en algunas regiones del mundo, también se convertirán en problemas añadidos si no se procede a unas transformaciones[1] fundamentales.

Uno de los acontecimientos más dramáticos, y que ha entrado rápidamente en la conciencia pública en los últimos años, es el de la producción, el uso y, sobre todo, el despilfarro de productos de plástico. Se trata de un ámbito muy emblemático del modo de vida imperial y de la producción y consumo industriales masivos que lo acompañan. Los plásticos, de uso extensivo, han cambiado profundamente nuestras vidas, y es difícil imaginar la vida cotidiana sin ellos. Sustentan en gran medida los procesos de digitalización, y como material de envasado han contribuido a la conservación de los alimentos. Pero también representan un símbolo de la sociedad del usar y tirar, por ejemplo, las bolsas de plástico o las vajillas desechables.

En 1950 se produjeron dos millones de toneladas de plástico en todo el mundo; en 2019 esta cifra era de 460 millones de toneladas, es decir, se multiplicó por 230. Aproximadamente dos tercios del plástico producido se utilizan para productos de corta duración. Más de una cuarta parte del plástico solo se utiliza una vez. Si continúa esta tendencia, se calcula que la producción de plástico volverá a triplicarse de aquí a 2060[2].

Hay muchos problemas asociados al plástico. Dependiendo de su tipo, tarda entre 20 y 500 años en disolverse. Aún sabemos poco sobre cómo afectan exactamente los microplásticos al cuerpo humano y a la cadena alimentaria. Pero el tema de los residuos plásticos es ahora ampliamente debatido. La gran mancha de basura del Pacífico, también llamada continente de plástico, situado en el

norte del océano Pacífico, entre Hawái y California, tiene casi tres veces el tamaño de Francia y en él flotan 1,8 billones de trozos de plástico, con un peso estimado de 80.000 toneladas.

Los problemas y las situaciones de emergencia siguen en aumento, y también son reconocidos por algunas partes de las élites en el poder, quienes consideran que, al menos en cierta medida, habría que gestionarlas para que las crisis no se les vayan de las manos.

Capitalismo verde

Lo que en estos momentos ronda por las mentes y los documentos estratégicos de la clase dirigente es la visión del capitalismo verde como parte de una modernización ecocapitalista. Esta es la reacción a la crisis ecológica por la que optan tanto el sector político dominante como el mundo de los negocios. Innovación tecnológica, sí, pero en la línea de sus propios intereses. El Pacto Verde Europeo, los fondos europeos de reconstrucción Next Generation y el borrador de una "estrategia de materias primas críticas" de la UE, presentado en marzo de 2023, los cuales, teniendo la cabeza razonablemente despejada, solo pueden describirse como neocoloniales. "¡Dadnos vuestros recursos para nuestra prosperidad!".

El leitmotiv de todo ello es el intento de cuadrar el círculo: ¡crecimiento verde y competitividad permanente! Continuar a rajatabla con el crecimiento económico y los beneficios, pero sin destruir aún más los medios de subsistencia. Economía verde significa a menudo "lávame la piel, pero no me mojes". Se trata de una revolución pasiva, en el sentido pleno que le dio Antonio Gramsci, donde la clase dominante introduce cambios bajo la presión de la crisis, pero sobre todo atendiendo a sus intereses en aras de preservar sus posiciones de poder. Ahora bien, se vuelve cada vez más evidente que esas exiguas reformas no resultan suficientes. En otras palabras, lo que aún no se comprende —o ex profeso se oculta— es la profunda dimensión de la necesaria transformación socioecológica.

Con respecto a las relaciones sociales con la naturaleza, las relaciones Norte-Sur pero también dentro del Norte global, esta constelación está siendo conceptualizada mediante la denominación extractivismo verde. Kristina Dietz, investigadora en el Instituto de Desarrollo Internacional de la Universidad de Viena, lo muestra claramente con cifras. Desde finales de 2020 han ido en aumento

los índices de precios de metales industriales como el cobre, el níquel, el estaño, el cobalto y el litio; de metales preciosos como el oro y la plata, y de materias primas agrícolas y energéticas. El precio del cobre es el más alto de los últimos 20 años y se prevén unas subidas drásticas en los próximos meses. Entre mediados de 2020 y finales de febrero de 2022, el precio del carbonato de litio se ha multiplicado casi por diez. Kristina Dietz señala también las previsiones a medio plazo presentadas por la Agencia Internacional de la Energía (AIE). Según ellas, entre 2020 y 2040, la demanda de litio se multiplicará por 43, la de cobre por 28 y la de cobalto por 21. Posiblemente, se avecina un verdadero boom. Christos Zografos y Paul Robbins (2020) han presentado importantes investigaciones sobre el tema del extractivismo verde, examinando la designación de las llamadas zonas (verdes) de sacrificio[3].

Además de los análisis sobre las corporaciones de energía fósil, hay una urgente necesidad de investigar sobre las corporaciones mineras y de dirigir la atención pública hacia sus actividades, ya que son ellas las que hasta ahora se han presentado como adalides ejemplares de la transformación socioecológica en el Norte global.

Incluso un capitalismo verde seguirá siendo un capitalismo intensivo en recursos y fuertemente fosilista. A la luz tanto del carácter enormemente elitista de esta supuesta “ecologización” como del cuestionamiento y de las resistencias que suscita ampliamente —y esto sería el primer obstáculo para la transformación—, las sociedades capitalistas van perdiendo su capacidad transformativa intrínseca. Lo que mengua es la expectativa de una renovación exitosa a través de la crisis. El resultado es tanto un peligroso business-as-usual económico-liberal como unas políticas cada vez más autoritarias.

Pero se trata de algo completamente distinto, porque la principal cuestión de una transformación socioecológica no es “cómo obtendremos energía (renovable)”, sino “cómo podemos superar el modo de vida imperial”, que siempre implica también un modo de producción. Y otro asunto que gana importancia en la escalada de la emergencia climática es el “cómo podemos organizar procesos solidarios de adaptación al cambio climático”, sin dejar este necesario proceso de nuevo en manos del capital y de poderosos

intereses (Fried et al., 2022).

Esto nos conduce al tema central de este libro. Sus capítulos examinarán, con más detalle, la constelación esbozada hasta ahora, incluyendo las contradicciones que entraña. Los temas y argumentos principales se organizan alrededor de conceptos como modo de vida imperial, economía verde, capitalismo verde, transformación socioecológica, poscrecimiento[4], decrecimiento[5] y modo de vida solidario.

Estructura del libro

En el primer capítulo de este libro abordo el —ya de por sí extenso— debate científico y sociopolítico sobre la transformación socioecológica en un marco más conceptual-teórico. Durante diez años, este debate reflejaba la evaluación de que la crisis ecológica está empeorando drásticamente y que se necesita algo más que un cambio incremental. Sin embargo, llama la atención que la gran mayoría de las concepciones de la transformación no comprendan, o solo superficialmente, qué es lo que hay que transformar, a saber, la sociedad capitalista-imperial y su Estado, así como su relación de explotación de la naturaleza. Esto tiene consecuencias político-estratégicas porque la mayoría de las demandas de una transformación socioecológica asumen, con cierta ingenuidad, que el Estado y una economía verde (empresas y consumidores) iniciarán este proceso de transformación. Pero esto no funciona así. Por lo tanto, propongo desarrollar una comprensión radical y emancipadora de la transformación socioecológica en términos de un cambio integral del sistema.

A continuación, en el capítulo 2 se deconstruye una promesa central, la de una economía verde. Critico, entre otras cosas, que no se cuestione el imperativo de crecimiento capitalista y sus relaciones de producción subyacentes, y menos aún el modo de vida imperial. Lo vemos actualmente en las estrategias de descarbonización, que conducen a una nueva ronda de explotación de las personas y la naturaleza para hacerse con materias primas estratégicas: litio, cobre, cobalto, tierras raras. Por eso se habla a menudo de “extractivismo verde” o —en términos Norte-Sur— de “colonialismo verde”. En este sentido, las propuestas de una economía verde, por ejemplo, en el contexto de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), se convierten en un mero sedante, pero sin detener el frenesí destructor.

En el capítulo 3, basado en un texto escrito al comienzo de la

pandemia de coronavirus, he intentado obtener alguna claridad sobre aquella constelación históricamente única, especialmente en el contexto de la crisis ecológica y las posibilidades de una política emancipadora. Para ello, me planteo una serie de preguntas en particular, entre ellas: ¿qué se puede hacer para que la vida social, el trabajo, las instituciones y las infraestructuras sociales, la democracia y la relación entre la sociedad y la naturaleza cambien de forma permanente? ¿Cómo puede aprovecharse la sensibilización sociopolítica, que de repente hizo posible lo antes impensable en las crisis sanitarias, para bregar por una sociedad más justa y democrática, aunque esencialmente por una sociedad que también permita a las generaciones futuras vivir una vida plena en nuestro planeta? ¿En qué medida pueden reforzarse, en el proceso, las ideas y prácticas del bien común y su protección político-institucional? Algunas respuestas provisionales van en la dirección de una economía orientada al bien común, el refuerzo de las infraestructuras socioecológicas y las iniciativas políticas que urge adoptar para no dejar este campo en manos de la derecha política antiecológica.

Un campo esencial de las transiciones socioecológicas es el de la producción y el trabajo. Aspectos subestimados en muchos debates sobre la sostenibilidad y el poscrecimiento. Pero es precisamente aquí donde radican múltiples bloqueos, resistencias y temores, y no solo por parte del capital ligado directamente a la era fósil, sino también entre muchos sectores asalariados. Aquí es donde entran en juego los partidos antiecológicos de derechas y de extrema derecha. Al mismo tiempo, en cuanto a sus estrategias de política medioambiental, los sindicatos se mantienen, en su mayoría, en el sendero de una modernización ecológica del capitalismo —y aquí me refiero principalmente a las experiencias en Alemania y Austria —. Por lo tanto, una ecología del trabajo, tal como la presento brevemente en el capítulo 4, debería convertirse en un componente central de los procesos de transición emancipadores.

Junto con Christine Schickert, investigadora en la Universidad de Jena (Alemania), reflexiono, en el capítulo 5, sobre la importancia que el enfoque del poscrecimiento pueda tener para un renovado socialismo ecológico. Mucha gente sigue asociando el socialismo con el modelo de Estado autoritario del siglo XX. Pero no se trata de

eso, sino de una configuración colectiva y democrática de la sociedad y de sus relaciones con la naturaleza. Esto también es importante para el "más allá del crecimiento económico" como perspectiva político-social. El momento socialista consistiría en el desarrollo de alternativas emancipadoras radicales para el conjunto de la sociedad, y no quedarse en los nichos. Esto nos lleva a los temas "clásicos", indispensables para nosotros, a saber: el Estado y los actores capitalistas privados; la disposición de los medios de producción y las decisiones sobre las inversiones —y las relaciones de poder que ello implica—, y las reglas y normas sociales. Ahora bien, todo ello no se contrapone a los conflictos y las luchas a pequeña escala. Intentamos precisar algunas cuestiones al respecto y dar unas primeras respuestas.

El horizonte de una sociedad más allá del imperativo de crecimiento capitalista, según el punto de partida del capítulo 6, debe concretarse en áreas específicas, como la alimentación, la movilidad o la vivienda; en ámbitos de la vida como el trabajo o las actividades de ocio, y a nivel local. Solo entonces, este nuevo horizonte podrá ser experimentado por la gente y, posiblemente, convertirse en atractivo. El capitalismo y los modos de vida imperiales se condensan particularmente en las ciudades. Abordaré cuáles podrían ser los puntos de partida para promover un modo de vida solidario en el contexto urbano.

En el capítulo 7 retomo este hilo y desarrollo ideas en el contexto de un posible horizonte de transformación global, que podría denominarse realpolitik revolucionaria (Rosa Luxemburgo), reformismo radical (Joachim Hirsch) o doble transformación (Dieter Klein). Se trata de vincular las cuestiones sociales y ecológicas y no, como ocurre tan a menudo, de utilizar intencionadamente unas contra otras. El actor sería una izquierda transformadora que trascienda las fronteras partidistas y establezca dicha conexión, tanto en lo conceptual como en lo político-práctico. Para ello es fundamental un modelo alternativo de bienestar y prosperidad. En este capítulo también presento algunas ideas sobre la transformación del mundo del trabajo. En el último capítulo del libro retomo este hilo.

El último capítulo, sobre qué hacer, presenta algunas alternativas

que ya existen o que habría que fomentar y generalizar. En particular, en el futuro se tratará, cada vez más, de que sea la sociedad la que recupere su autonomía, estableciendo los límites y perfilando los contornos del deseado cambio ecosocial. Yo presento tres ideas. A pesar de la policrisis y, sobre todo, de la preocupante aceleración del cambio climático y la relacionada emergencia climática, insisto que existen muchísimas alternativas al capitalismo (verde) e iniciativas anti y poscapitalistas. Segundo, presento brevemente una reivindicación que seguramente va a ganar importancia: se trata del reclamo de reparaciones climáticas. Y, por último, ahondo en la idea de que una intervención política de primer orden/primordial puede —y debe— poner límites al capitalismo y su lógica crecentista

Este libro ofrece reflexiones analíticas y político-estratégicas sobre el estado del mundo y las posibles salidas emancipadoras de la policrisis. Los capítulos de este libro pueden leerse todos por separado.

Por último, quiero dar las gracias a cuatro personas. A Christine Schickert, por su permiso para utilizar nuestro texto conjunto en este libro. Marisa García Mareco y Stefan Armborst, por la excelente edición de los textos en su versión en castellano. Su apoyo y nuestra reiterada colaboración forman parte de nuestra larga amistad y de nuestro camino político compartido. Y un agradecimiento muy especial a Monica di Donato, de FUHEM-Ecosocial, que tomó la iniciativa de este libro y me sugirió combinar en un solo libro textos aún no publicados en español. Mónica ha acompañado el proceso de elaboración de este libro de forma muy profesional, aportando muchas sugerencias. Esto demuestra su gran deseo de que FUHEM, entre otros con la serie Economía inclusiva, y la editorial Los Libros de la Catarata, con la publicación de análisis críticos del presente, contribuyan a procesos de clarificación política en estos tiempos confusos y a que las estrategias de transformación socioecológica sean mejores. Y que las propuestas debatidas internacionalmente se acerquen al público hispanohablante.

Espero que este libro cumpla con lo que se propone, y deseo que la lectura sea estimulante.

Capítulo 1

¿Cómo salir de la policrisis? Los contornos de una teoría crítica de la transformación socioecológica*

Introducción

Hace unos años, el programa científico “Evaluación de los Ecosistemas del Milenio” (EME), auspiciado por Naciones Unidas, ofreció una visión general de los problemas ecológicos más acuciantes. Entonces, el concepto crucial para entender el cambio global era el de los impulsores de cambio (drivers) directos e indirectos, es decir, “cualquier factor natural o inducido por el ser humano que provoque directa o indirectamente un cambio en un ecosistema” (MA, 2005; véase también UNEP, 2007 o European Communities, 2008). En el diagnóstico en absoluto se utilizaron conceptos como el de transformación, sino el de cambio (ambiental) global (Adger y Brown, 2010).

Pocos años después, el mundo cambió drásticamente y con él, esta interpretación. El concepto de transformación es la estrella ascendente en los debates socioecológicos. Informes emblemáticos de instituciones internacionales y grupos de reflexión hacen referencia a él (WBCSD, 2010; NEF, 2010; DESA, 2011; WBGU, 2011). Los programas de investigación en ciencias sociales lo llevan en el título (JPI Climate, 2011; Hackmann y St. Clair, 2012; WSSR, 2013; Driessen et al., 2013). Y ha surgido un gran abanico de debates científico-sociales[6].

En este texto sostengo que el uso en auge del término transformación está relacionado principalmente con el creciente reconocimiento de que la crisis tiene múltiples características y de que existen límites para la gobernanza medioambiental mundial (Conca et al., 2008; Driessen et al., 2013; Newell, 2012; Brand y Wissen, 2013a). Cada vez se tiene más conciencia de que para hacer frente, al menos, a las dimensiones ecológicas de la policrisis, hacen falta cambios profundos (NEF, 2010; WSSR, 2013). El Panel Internacional de Recursos del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) describe de forma impactante el enorme crecimiento del uso de los recursos para materiales de construcción, combustibles fósiles, biomasa y minerales durante el siglo XX (PNUMA, 2011). Además, se hace hincapié en las

interrelaciones entre el cambio climático, la erosión de la biodiversidad, la acidificación de los océanos, los cambios en el uso del suelo y otras dimensiones ecológicas (Rockström et al., 2009). Esto va acompañado de la idea de que un tratamiento de la crisis centrado en un problema específico —el cambio climático o la erosión de la biodiversidad— está simplificado en exceso. Los enfoques políticos adecuados a los problemas deben tener en cuenta las complejas articulaciones y el peligro de desplazar las consecuencias negativas de un ámbito a otro (por ejemplo, producir cultivos para agrocombustibles fomentando la agricultura industrializada y el desalojo de familias campesinas de sus tierras).

O'Brien (2012: 668) aboga por unas políticas adecuadas en materia de cambio climático y adaptación que impliquen "un cuestionamiento de los supuestos, las creencias, los valores, los compromisos, las lealtades y los intereses que han creado estructuras, sistemas y comportamientos que contribuyen al cambio climático antropogénico, la vulnerabilidad social y otros problemas medioambientales". En palabras de Driessen et al. (2013: 1), el concepto de transformación de la sociedad se refiere, entre otras cosas, "a las alteraciones de las características sistémicas de la sociedad y engloba cambios sociales, culturales, tecnológicos, políticos, económicos y jurídicos".

El debate sobre la transformación también puede leerse como un intento de comprender mejor los ejemplos positivos y las posibilidades, así como los resultados imprevistos, de los procesos que conducen a un mundo más sostenible, así como los problemas y obstáculos en este camino. Los análisis de los cambios actuales y futuros profundamente arraigados no pueden separarse por completo de las afirmaciones visionarias y estratégicas sobre la dirección en la que debería desarrollarse el mundo[7]. Sin embargo, existe cierta confusión entre el uso más bien analítico y descriptivo del concepto, por un lado, y el más visionario y estratégico, por otro. La claridad aparentemente analítica se ve a menudo superada por las orientaciones visionarias y estratégicas. Por lo tanto, no deben evitarse las afirmaciones visionarias y estratégicas (véase el apartado "Debate y perspectivas"), pero pueden correr el peligro de restar importancia a las relaciones socioeconómicas, políticas, culturales y subjetivas profundamente arraigadas, así como a las

relaciones sociales con la naturaleza que deben transformarse.

Por lo tanto, el concepto de transformación necesita una aclaración teórica. Sostengo que una fundamentación histórico-materialista del término transformación es la forma más plausible de entender las principales fuerzas motrices de la transformación de las sociedades modernas, sus efectos estructurales y los espacios de acción para los actores, las formas en que se reconocen las preocupaciones medioambientales y otros problemas, y dónde residen las potencialidades y los problemas de las visiones y estrategias hacia sociedades más sostenibles o la sociedad global.

¿Por qué me refiero al materialismo histórico? Muy a menudo, se responsabiliza al marxismo del pensamiento, las estrategias y las prácticas de las sociedades actuales que pretenden poner en práctica el socialismo. Normalmente se han centrado en el productivismo económico y en un desarrollo, a veces brutal, de las fuerzas productivas, en la dominación y destrucción de la naturaleza que en muchos casos era incluso peor que la apropiación de la naturaleza en los centros capitalistas (Bahro, 1977; Havemann, 1980; Altvater, 1993)[8]. Sin embargo, la interpretación no dogmática del marxismo en la que se basa este artículo tiene algo más que ofrecer. Aquí me refiero a la teoría de Marx sobre el modo de producción capitalista, a la regulación y a la teoría gramsciana de la hegemonía, y las combino con la teoría crítica del Estado y de la gobernanza, igual que con las ideas de la ecología política. Esto nos ayuda a comprender mejor las oportunidades y los problemas del cambio transformador previsto o ya en curso.

Una última observación introductoria: no existe una definición verdadera o correcta de lo que es la transformación. Los conceptos, especialmente cuando adquieren relevancia, son contenedores más o menos amplios, o terrenos epistémicos, en los que entran diferentes comprensiones y en los que podría surgir una comprensión básica común (cf. sobre el concepto de desarrollo sostenible: Brand, 2010). Esto depende de los supuestos teóricos implícitos o incluso explícitos, pero también de los intereses cognitivos. La validez de un concepto depende de su plausibilidad y de su aplicabilidad para comprender mejor los fenómenos y problemas sociales y socioecológicos.

El texto tiene la siguiente estructura: en primer lugar, argumento que un concepto integral de transformación socioecológica debería conceptualizar de forma más sistemática los sujetos y los objetos de la transformación (apartado “Requisitos para un concepto amplio de transformación”). Para ello me remito a los conceptos y enfoques teóricos mencionados (apartados “Teorización de la transformación socioecológica” y “La ecología política y la regulación de las relaciones sociales con la naturaleza”); y a continuación expongo una conclusión y una perspectiva (apartado “Debate y perspectivas”). Me centro en estas consideraciones teóricas y no valido el argumento frente a enfoques recientes, que giran en torno a los debates sobre el crecimiento verde, la economía verde, el capitalismo climático y el capitalismo ecológico (en el apartado “Debate y perspectivas” hay algunas breves observaciones y referencias al respecto).

Requisitos para un concepto AMPLIO

de transformación

La hipótesis inicial de este documento afirma que una perspectiva histórico-materialista de la transformación puede contribuir al debate en un doble sentido. En primer lugar, conceptualizando un sujeto central del proceso de dirección, es decir, el Estado o las estructuras y procesos de gobernanza. Dentro del debate más amplio, un supuesto común es que los responsables políticos —y tras ellos los Gobiernos o Estados— son los principales responsables de iniciar y promover los procesos de transformación. En este caso, se considera que el Estado y la gobernanza tienen interés en gestionar los problemas colectivos y, por tanto, en crear bienestar general (por ejemplo, WBGU, 2011).

Soy consciente de que la literatura sobre transformación (y transición) tiene una comprensión mucho más amplia de los sujetos del cambio: distinguiendo entre agentes de cambio y pioneros, por ejemplo. La perspectiva multinivel se centra en los nichos (Geels, 2010); la escuela de gestión de la transición busca un "modo novedoso de gobernanza para el desarrollo sostenible" y las respectivas alianzas (Loorbach y Rotmans, 2010; Frantzeskaki et al., 2012; visión general en Wesely et al., 2014)[9]. Las opciones y los potenciales se ven a menudo en el drástico aumento de la eficiencia y en innovaciones como las tecnologías, los métodos de producción y el fortalecimiento de las economías de flujo circular, o en desarrollos sociales como la transformación de los valores hacia sistemas de valores posmaterialistas, o en intentos de autolimitación (suficiencia).

En segundo lugar, existen distintas determinaciones en cuanto a las características del contenido social de los problemas o crisis que hay que abordar, es decir, las características del objeto de la transformación. En el plano descriptivo, los sistemas globales son

objetos de referencia excesivamente utilizados, como la superficie terrestre, o los depósitos de elementos naturales, la atmósfera o los océanos. Los problemas se asumen como dados y como problemas de la humanidad; y necesitan ser resueltos por la humanidad. El tono dominante es una especie de régimen de verdad naturalista: se considera que las ciencias naturales nos describen el carácter de la crisis (de forma destacada: Rockström et al., 2009; PNUMA, 2011; crítica de los "límites planetarios" de Geden y Beck, 2014).

Otra forma de entender el objeto de la transformación es el concepto de megatendencias, como las tendencias demográficas, la globalización de la producción, el comercio y los mercados financieros, los modos de producción y de vida intensivos en recursos, la urbanización, la industrialización en los países del Sur global, el aumento del uso y los precios de los recursos, el progreso tecnológico y la digitalización (Comisión Enquete, 2013: 368-377; WBGU, 2011). Aquí se parte de la base de que hay que dar forma a esas megatendencias.

La perspectiva multinivel (Geels, 2010) se centra en las trampas (lock-ins) que ya se han consolidado y en las decisiones tomadas a lo largo del camino acerca de los sistemas sociotecnológicos existentes, como la energía, el transporte, la vivienda o los sistemas agroalimentarios, que están constituidos por tecnologías, mercados, políticas, prácticas de los usuarios y significados culturales. Este planteamiento parte de la base de que la innovación radical surge en nichos sociales y es impulsada por actores comprometidos. La innovación en estos ámbitos específicos puede llegar a ser relevante en la teoría de los regímenes políticos o incluso en el paisajismo.

En este contexto, un doble reto para un concepto analítico crítico de la transformación reside, en primer lugar, en la conceptualización del objeto de control, es decir, de aquello que debe cambiarse en el proceso de transformación ecológico-social (el objeto no es algo tangible). A pesar del destacado debate sobre el "Antropoceno" y la fuerza geológica de la humanidad (Crutzen y Stoermer, 2000; cf. Baskin, 2015), y de largos debates actuales en el ámbito de la ecología política y social, el modo de pensamiento predominante sigue yuxtaponiendo un sistema natural global en peligro —descrito por la ciencia— con sistemas sociales que producen problemas y

crisis. Sin embargo, no se presta suficiente atención a la sociedad como tal, a sus estructuras y fuerzas motrices, factores estabilizadores y crisis, y a sus actores, con sus condiciones de existencia y recursos para la acción, o incluso constelaciones de actores o relaciones de fuerzas. Cualquier concepción sofisticada de la sociedad y de las relaciones de naturaleza social queda enmascarada por términos como problemas, megatendencias o humanidad.

El segundo punto clave reside en una comprensión teóricamente informada de la dirección política, es decir, de las estructuras y procesos de gobernanza. La investigación crítica sobre el Estado y la gobernanza debería aportar más información al respecto. Esto debe vincularse a las prácticas sociales dominantes o incluso hegemónicas y a las racionalidades, valores y discursos. Las estructuras y procesos de dirección política o gobernanza deben entenderse como coconstitutivos con los procesos y estructuras sociales e incluso con las relaciones sociales con la naturaleza (por ejemplo, Mitchell, 2009, con su denominación democracia del carbono). Sostengo que existen conceptos teóricos prometedores que pueden emplearse para captar este carácter coconstitutivo. Esto ayuda a comprender por qué la política sigue estando estructuralmente articulada con las relaciones sociales y estas con la naturaleza, que son múltiples y están conformadas por la dominación, y que la perspectiva visionaria y estratégica de una profunda transformación socioecológica debe tener en cuenta.

Una perspectiva relacional es la diferencia específica para un concepto analítico crítico de transformación. Enfatiza que la actual policrisis desde un punto de vista socioecológico (y su origen) está configurada por estructuras y relaciones de poder y dominio, así como por relaciones hegemónicas, todas las cuales tienen que ser abordadas. Por ejemplo, también se considera el mercado como una relación social históricamente específica, es decir, como parte de las relaciones sociales de producción (de consumo y de vida) y de las relaciones de poder sociales. Tal perspectiva es fructífera no solo para el carácter capitalista de las relaciones sociales, sino también para las patriarcales, imperiales y neocoloniales.

Teorización de la transformación socioecológica: conceptos teóricos

En este apartado me gustaría introducir algunas categorías teóricas que son clave para un concepto crítico de la transformación: modos de producción, regulación capitalista, Estado y gobernanza, así como hegemonía. Una teoría que pretenda comprender la dinámica social y socioecológica de la transformación debería centrarse en el todo estructurado y estructurante de las múltiples relaciones sociales. Debería ser capaz de conceptualizar sus interconexiones y contradicciones, así como los mecanismos que crean esas interconexiones y la capacidad de la sociedad para hacer frente a las contradicciones y que podrían dar a esas relaciones cierta continuidad a lo largo del tiempo, o no hacerlo y generar así crisis. Una perspectiva histórico-materialista tiene mucho que ofrecer aquí.

El materialismo histórico asume la coexistencia de diferentes modos de producción (por ejemplo, el modo de producción capitalista) y sus especificaciones espaciales y temporales (por ejemplo, el fordismo para este último; sobre los conceptos modo de desarrollo y modo de regulación, véase más adelante). Estos modos de producción —o, en un sentido más amplio, modos de (re)producción y de vida— no determinan todos los aspectos de la vida social y siguen siendo controvertidos. En su teoría de los modos de producción, Marx señaló la conexión entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción, y esbozó un modelo de fases de desarrollo histórico. Según Marx, los modos de producción corresponden a las "relaciones de producción, relaciones en las que entran los seres humanos durante el proceso de la vida social, en la creación de su vida social" (Marx, 1998: cap. 51). El concepto se centra en las estructuras y procesos mediante los cuales la sociedad organiza sus bases materiales (incluido su metabolismo con la naturaleza), socioeconómicas, políticas, culturales y subjetivas. Identifica las estructuras y los procesos

sociales dominantes y su reproducción necesariamente contradictoria e impulsada por la crisis.

En las sociedades bajo el dominio del modo de producción capitalista, una poderosa "gramática" o lógica de desarrollo de la sociedad consiste en la obtención de beneficios, la acumulación de capital y el poder social del capital relacionado con ella. El capital monetario previamente invertido necesita incrementarse mediante procesos de producción que creen plusvalía, o mediante procesos de valorización derivados de la plusvalía. Según Marx, el capitalismo representa una formación social cuyo desarrollo está impulsado por el deseo insaciable del capital de aumentar los beneficios mediante estrategias de inversión más intensivas o extensivas. El imperativo de la acumulación, por lo tanto, tiene implicaciones fundamentales y de largo alcance relacionadas con la transformación de la sociedad: una primera es que "[l]a burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, y con ello las relaciones de producción, y con ellas todas las relaciones de la sociedad" (Marx y Engels, 1998: 243). Esto va de la mano de la tendencia del capital a convertir las relaciones sociales y la naturaleza en mercancías y a generar dinámicas a través de procesos permanentes de acaparamiento, apropiación y expolio del otro no-capitalista (Landnahme) (Dörre et al., 2009: cap. 2; en referencia a la teoría del capitalismo, Luxemburg, 1951[1913]).

Así pues, el primer punto es la naturaleza intrínsecamente revolucionaria de las sociedades dominadas por el modo de producción capitalista. Una segunda consecuencia es la tendencia del capital a crear un mercado mundial (cf. Marx, 1973: 408). La acumulación extensiva y la producción de valor de cambio a través de las mercancías y la competencia representan el trasfondo material sobre el que la burguesía cultiva una orientación cosmopolita.

Sin embargo, el término abstracto producción capitalista dice poco sobre las relaciones sociales concretas y múltiples, ya que estas son históricamente variables y se articulan con otros modos de producción no capitalistas, como, por ejemplo, el trabajo de cuidados no remunerado[10]. El desarrollo capitalista se produce de forma desigual, tanto en el espacio como en el tiempo, y es

inherentemente propenso a las crisis, también en lo que respecta a su relación con la naturaleza. Se basa en una "sombra de externalización". Es decir, la dinámica capitalista y el proceso de valorización y acumulación de capital se basan en aspectos que a menudo se niegan o se pasan por alto, especialmente el trabajo no remunerado y la naturaleza (Biesecker y Hofmeister, 2010; también Marx, en su famoso capítulo 24 sobre la "llamada acumulación primitiva" en El capital, vol. 1).

Además, los distintos modos de producción siempre coexisten y se coconstituyen mutuamente. René Zavaletta (2009) y Luis Tapia (2010) utilizan el concepto de sociedad abigarrada para indicar que existen complejas articulaciones de diferentes modos de producción. Su punto de referencia son las comunidades indígenas y las economías de subsistencia, que no desaparecen, sino que se moldean con la introducción del modo de producción colonial y capitalista. Por otra parte, el modo de producción capitalista funciona de forma diferente en contextos históricos diversos.

Estas breves y abstractas reflexiones nos llevan a una dimensión crucial de cualquier debate sobre la transformación (ecológico-social). Desde una perspectiva histórico-materialista, la cuestión no es si la transformación de la sociedad y las relaciones entre la sociedad y la naturaleza se transforman, sino qué lógica dominante subyace a esa transformación. Esto debería hacerse explícito en los diferentes enfoques que abordan la transformación.

Además, para un concepto crítico de transformación, es necesario añadir una dimensión temporal, es decir, una periodización del desarrollo de la sociedad en un sentido amplio. ¿Se produce la transformación, como algo que está ocurriendo o como un proyecto previsto, dentro y bajo las condiciones del modo de producción capitalista, o debe la transformación trascender el capitalismo y lo hace? Esto último se refiere a otro modo de producción, lo que Karl Polanyi (2001 [1944]) llamó la "gran transformación" y con la que designó el establecimiento del capitalismo industrial; hoy la gran transformación significaría alejarse de dicho capitalismo.

Desde la década de 1980, diversos enfoques que hacen referencia a la teoría de Marx sobre el modo de producción capitalista han desarrollado propuestas sobre cómo entender la continuidad y la

discontinuidad dentro de las formaciones sociales dominadas por el capitalismo[11]. La teoría de la regulación afirma a nivel teórico-social lo siguiente: históricamente, las relaciones capitalistas contradictorias, incluidas las relaciones sociales con la naturaleza, han adoptado formas muy diferentes debido a los desarrollos tecnológicos, socioeconómicos, culturales y políticos y a los resultados contingentes de las luchas sociales[12]. Las múltiples relaciones pueden estabilizarse temporalmente y crear así el contexto social para un proceso relativamente permanente de acumulación de capital. Como hemos visto a menudo a lo largo de la historia y como experimentamos actualmente, la acumulación de capital también puede tener lugar en condiciones inestables y en periodos de crisis.

Sin embargo, las estructuras y los procesos socioeconómicos funcionan mejor cuando existen ciertas regularidades; en lo que respecta a estructuras sociales como la clase o el género, los compromisos y el consentimiento pueden lograrse mejor en condiciones más o menos estables. La reproducción de la sociedad en su conjunto se manifiesta continuamente a través de las acciones de individuos que persiguen estrategias totalmente distintas y disponen de recursos de asignación y autoridad muy diferentes. Por esta razón, la reproducción de la sociedad sigue siendo un proceso precario, aunque la capacidad de planificar y manejar dinámicas puede desarrollarse mediante el establecimiento temporalmente firme de relaciones sociales[13].

A nivel abstracto, la teoría marxista se centra en el modo de producción capitalista, a nivel concreto en las formaciones sociales (es decir, normalmente las sociedades nacionales). La invención de la teoría de la regulación consistió en introducir un nivel intermedio de abstracción para identificar desde la aparición del capitalismo diferentes fases más o menos estables en las distintas formaciones: es decir, modos de desarrollo como el fordismo. El concepto modo de desarrollo considera más elementos históricamente concretos, como la producción y el consumo de masas, que el término más abstracto modo de producción.

La coherencia macroeconómica —un “régimen de acumulación” que funciona— está arraigada institucionalmente a través de un “modo

de regulación". Este engloba "la totalidad de formas institucionales, redes y normas explícitas o implícitas que aseguran la compatibilidad de los comportamientos en el marco de un régimen de acumulación conforme al estado de las relaciones sociales y, por tanto, a su carácter conflictivo" (Lipietz, 1988: 24). Esta estabilización se produce a través de valores sociales ampliamente compartidos y de la institucionalización temporal de las relaciones sociales en forma de modos de regulación. Boyer (1990: 42 y ss.) describe las características del modo de regulación: asegura la reproducción de las relaciones sociales fundamentales a través de todas las manifestaciones concretas de formas institucionales; "dirige" la reproducción del régimen particular de acumulación; y por último, garantiza la compatibilidad dinámica de una amplia gama de procesos descentralizados de toma de decisiones por parte de individuos o instituciones sin tener que tener en cuenta la lógica de todo el sistema. La permanencia relativa de las relaciones sociales significa no solo el refuerzo de las instituciones, sino también la estabilización de las expectativas y prácticas vitales de los individuos, así como de los actores colectivos, como los sindicatos.

Un desarrollo más o menos estable, que sin embargo implica crisis menores e incluso protestas masivas pero ningún cambio fundamental en la dirección en la que se dirige una sociedad, constituye un "modo de desarrollo" o, en términos gramscianos, un "bloque histórico" (Gramsci, 1991 y ss.: 1045, 1688). La comprensión del periodo actual es crucial para la evaluación de estrategias y propuestas, así como para el análisis de los procesos de transformación histórico-reales. Por ejemplo, cualquier contribución al debate sobre las estrategias o el posible surgimiento de una economía verde o un capitalismo verde se beneficiaría de las ideas regulacionistas (Brand y Wissen, 2014).

Como hemos visto, una conceptualización regulacionista del desarrollo social es más amplia que una comprensión estrecha del Estado que se supone que "dirige" la sociedad, como Gobierno/Estado o en el modo de gobernanza[14]. En la investigación crítica sobre la sostenibilidad, se define con precisión el problema de muchas perspectivas de gobernanza:

Los enfoques convencionales [de la gobernanza] pueden sostener el mito de un mundo manejable a través de instituciones y distinciones ordenadas entre Estado, sociedad civil e internacional, a través de conocimientos científicos y a través de enfoques uniformes de la evaluación de problemas y riesgos basados en visiones singulares de la evidencia. [...] Aunque estos mitos pueden sostener de forma conveniente una sensación de orden y control, al menos a corto plazo y al menos para algunos, a menudo se trata de un orden frágil, problemático y, en última instancia, ilusorio (Leach et al., 2007: 24).

De acuerdo con esto, una teoría histórico-materialista del Estado y la gobernanza ofrece herramientas analíticas útiles. En ella, el Estado no se considera una entidad neutra, sino una relación social. Por lo tanto, las estructuras y acciones del Estado y los modos de gobernanza no pueden explicarse por sí mismos, sino a través de la consideración de las prácticas y fuerzas sociales, el contexto social (cambiante), las funciones o tareas impugnadas del Estado en la reproducción de la sociedad, otras dimensiones del modo de regulación y las formas de reproducción socioeconómica, es decir, el régimen de acumulación históricamente concreto[15].

Se considera que el Estado y la gobernanza no son un mero instrumento del capital o de las fuerzas sociales dominantes. Sin embargo, deben entenderse en relación con ellas. Una perspectiva histórico-materialista del Estado y la gobernanza como relaciones sociales pretende determinar el carácter de dominación de la política estatal y la gobernanza como patrón estructural de las sociedades modernas. Las estructuras y los procesos insostenibles están profundamente arraigados en el aparato estatal, su personal y sus normas, sus métodos de funcionamiento y sus conocimientos, y sus modos y prácticas. Esto apunta al carácter coconstitutivo de la sociedad y la política estatal o la gobernanza, es decir, a una economía política cultural en sentido amplio (Brand, 2013b).

Además, para comprender las constelaciones y dinámicas sociales existentes, es importante darse cuenta de que el Estado es crucial

para dar cierta durabilidad a los intereses y constelaciones de fuerzas, para organizar compromisos y alianzas y una posible hegemonía. El Estado también traza los múltiples terrenos de lucha en las relaciones de producción, a través del proceso educativo, las asignaciones de los papeles de los individuos, etc. Por lo tanto, el Estado es un lugar central o "campo estratégico" (Poulantzas, 2002: 168) en el que tratar los múltiples conflictos y facilitar la creación de consenso mediante relaciones de fuerzas y compromisos estabilizados y cambiantes con sus medios de fuerza, leyes y reglamentos, discursos y legitimidad, y recursos materiales e inmateriales[16].

En ese sentido, la afirmación estadocéntrica y voluntarista del informe del Consejo Consultivo Científico para el Cambio Global (WBGU, por sus siglas en alemán) sobre la transformación "¡Es la política, estúpido!" (WBGU, 2011: 200) puede situarse en un contexto más amplio: cuando el Estado se considera parte de la sociedad a diferentes escalas (mundial, nacional, local e incluso translocal) (cf. Demirović, 2011; Brand et al., 2011) con sus fuerzas sociales, relaciones de poder, discursos y economía política cultural, puede entenderse como "una relación de fuerzas o, más precisamente, la condensación material de tal relación entre clases y facciones de clase, tal como esta se expresa en el Estado de forma necesariamente específica" (Poulantzas, 2002: 159). Esta perspectiva teórica ayuda a afinar la comprensión del Estado y la gobernanza, la acción gubernamental y las políticas públicas dentro del debate sobre la transformación. Las formas estatales específicas históricamente concretas privilegian estrategias, intereses, alianzas, formas de acción y discursos particulares y se articulan con ciertos modos de acción y poder en los diferentes aparatos estatales (Jessop, 2007). Además, en momentos de crisis y de disminución de los mecanismos hegemónicos, el Estado adquiere importancia como un poder disciplinario (Gramsci, 1991 y ss.: 1502, 1637).

Paso ahora al concepto de hegemonía. Las posibilidades y los obstáculos de la transformación deben entenderse sobre el trasfondo del carácter más o menos ampliamente aceptado y cotidianamente vivido de las relaciones sociales. En este punto, el concepto de Gramsci es útil porque precisamente pretende detectar los patrones y mecanismos de dominación socioeconómicos, políticos e

ideológicos universalizados (no homogeneizados). Gramsci pretendía dilucidar, en profundidad, los complejos mecanismos del "acuerdo de voluntades sociales asociadas" (Gramsci et al., 1991: 1536; Buckel y Fischer-Lescano, 2009). En contraste con el diagnóstico del WBGU (2011: 67 y ss.) de que experimentamos una transformación mundial de los valores sensibles a las cuestiones ecológicas, una perspectiva regulacionista y gramsciana apunta más al modo de producción y de vida social y ecológicamente problemático. Al mismo tiempo, este modo de producción y vida industrialista-fosilista resulta atractivo, es decir, imperial (Brand y Wissen, 2012, 2013a). Un modo de vida en el que no solo se profundiza, sino que también se potencia y se extiende a los países de la semiperiferia capitalista. Además, teniendo en cuenta las dinámicas capitalistas de acumulación y mercantilización, podemos entender mejor por qué las políticas medioambientales tienden a privilegiar los mecanismos de mercado para abordar los problemas medioambientales. En este contexto, el concepto gramsciano de revolución pasiva (Gramsci, 1991 y ss.: 966) subraya el hecho de que, bajo condiciones del modo de producción capitalista y las respectivas relaciones de poder, una probable gestión de una crisis, o de ciertas dimensiones de la policrisis, se mantiene en la línea de las relaciones sociales existentes.

El elemento pasivo consiste en integrar los intereses de los segmentos subalternos manteniéndolos en una posición subalterna e impotente, y en absorber a sus intelectuales y dirigentes en el bloque de poder, privando al mismo tiempo a los subalternos de su liderazgo (transformismo). [...] Lo decisivo para el bloque de poder no es eliminar o resolver las contradicciones, sino gestionarlas para que permanezcan bajo control. Así, tal concepto de hegemonía no pide la estabilidad de un determinado orden, sino formas de lidiar con las contradicciones (Candeias, 2011: 2-3).

Esta dimensión estratégica y de poder de un concepto de transformación, o, mejor dicho, de fuertes obstáculos a la misma, está ampliamente ausente en el debate sobre la transformación.

La ecología política y la regulación de las relaciones sociales con la naturaleza

A continuación, argumento que la ecología política aporta importantes ideas sobre la transformación socioecológica, especialmente mediante su concepto de relaciones sociales con la naturaleza (gesellschaftliche Naturverhältnisse)[17]. Un punto de partida para un concepto crítico de transformación es la crítica ecológica de la economía política (Altvater, 1993, 2005; Foster, 2000; resumen en Dietz y Wissen, 2009). Esta sostiene que el metabolismo de la sociedad humana con la naturaleza, que está esencialmente mediado por el trabajo, asume una forma particular en las sociedades capitalistas: la producción de valores de uso en aras del valor de cambio o el beneficio; una división jerárquica del trabajo entre el capital y el trabajo asalariado, así como otras formas de trabajo. Además, se desarrolla un Estado moderno separado de la economía capitalista y de las relaciones de clase. La "colonización de la naturaleza" es una tendencia en todas las sociedades humanas (Haberl et al., 2011). Sin embargo, en las condiciones del modo de producción capitalista dominante, esta va unida a la fuerte tendencia a la mercantilización.

A nivel ontológico, la ecología política socava la dicotomía entre lo social y lo natural. Desde esta perspectiva, el problema histórico-mundial al que nos enfrentamos hoy en día no es, pues, en primer lugar, la sobreexplotación de la naturaleza "de ahí fuera", en la que incide la sociedad, esa naturaleza que utiliza, y a menudo sobreexplota y destruye, es decir, sus recursos, ecosistemas y sumideros[18]. Esta es también la perspectiva sistémica predominante que adopta también la economía ecológica, si bien considera que el medioambiente abarca la sociedad y la economía de mercado formal (Common y Stagl, 2005; Daly, 2007; visión general y crítica en Spash, 2012b). En cambio, desde la perspectiva de la ecología política, la naturaleza se constituye y es apropiada por la sociedad (es decir, socioeconómica, tecnológica, cultural y política/

institucionalmente). Lo que se examina no es el “medioambiente”, el “espacio medioambiental”, los “límites planetarios”, ni siquiera la sobreexplotación de recursos, ecosistemas y sumideros. Lo que interesa son más bien las formas capitalistas, imperiales y patriarcales de apropiación de la naturaleza: es decir, las formas en que se satisfacen necesidades sociales básicas como la alimentación y la vivienda, la movilidad y las comunicaciones, y la salud y la reproducción. En consecuencia, el acceso y el control de la naturaleza o los recursos son decisivos para las relaciones sociales (Becker et al., 2011; Görg, 2011; Brand y Wissen, 2013a).

No se trata de negar las peculiaridades materiales de los procesos biofísicos que, en determinadas circunstancias, pueden dejar de ser reproducibles y desembocar en crisis más o menos graves. Sin embargo, la sociedad y su peculiar organización les dan forma y los ponen en peligro, y más aún en el Antropoceno[19]. Y a la inversa, la materialidad de la naturaleza da forma a los procesos sociales.

Con respecto a la crisis socioecológica, y en consonancia con la teoría de la regulación y la hegemonía, no existe una dicotomía clara entre las relaciones sociales estabilizadas y las crisis. Desde el inicio del capitalismo industrial, los modos de producción y de vida capitalistas, patriarcales e imperiales adquirieron cierta estabilidad y hegemonía a costa de la destrucción del medioambiente. Sin embargo, las relaciones sociales con la naturaleza se estabilizaron, especialmente durante el fordismo, debido a su carácter ambientalmente insostenible. Múltiples instituciones sociales, como el mercado y el Estado capitalistas, aseguran cierta hegemonía de unas relaciones sociales destructivas y dominantes (Mitchell, 2009; Altvater, 1993; Brand y Wissen, 2013a). La regulación social, entendida como un modo de hacer frente a las contradicciones de las relaciones sociales con la naturaleza capitalistas, es posible y, de hecho, se produce; aquí radica una dinámica central de la política (Görg, 2011; Wissen, 2011, Brand et al., 2008; Brand y Wissen, 2012).

En el centro de muchos problemas actuales se encuentran las contradicciones del modo de producción industrial-fosilista y capitalista. Las formas fordistas de producción y consumo de masas, los compromisos sociales más o menos funcionales y las

instituciones estables de bienestar se convirtieron –y siguen siendo– en una orientación fuerte y atractiva en las sociedades del Norte global; y también en el Sur global. Precisamente esta constelación de lo ambientalmente destructivo y lo socioeconómicamente atractivo, que se creó durante el fordismo tras la Segunda Guerra Mundial, es uno de los principales motores del debate sobre la transformación. En la crisis actual, los patrones fordistas se prolongan y, en parte, se hacen más profundos a través de una intensificación de los patrones insostenibles de producción y consumo. Este proceso se conforma parcialmente mediante una modernización ecológica selectiva bajo el encabezamiento de una economía verde (véase el apartado “Debates y perspectivas”).

Por tanto, un punto principal para un concepto crítico de transformación es que la regulación capitalista de las relaciones sociales con la naturaleza no conlleva la abolición de formas tendencialmente destructivas de apropiación de la naturaleza. La destrucción de la naturaleza no se convertirá necesariamente en un problema urgente para el desarrollo capitalista general; es decir, los peligrosos impactos negativos pueden externalizarse espacialmente y posponerse temporalmente. Esto puede observarse en el cambio climático, muchos de cuyos efectos negativos se están produciendo y se producirán en lugares más vulnerables y en el futuro, sin que esto implique necesariamente un cuestionamiento de las estructuras fundamentales y la dinámica de desarrollo del capitalismo.

Debate y perspectivas

El debate sobre la transformación intenta analizar los cambios actuales y futuros a la luz de las afirmaciones visionarias y estratégicas de que el mundo necesita un cambio. Sin embargo, estas aserciones no deberían sustituir la ardua labor teórica y empírica de comprender la dinámica social actual y las relaciones entre las sociedades. Lo que quiero decir no es que deban evitarse las afirmaciones y motivaciones visionarias y estratégicas, sino que corren el peligro de orientar el análisis de lo real hacia los resultados deseados y pasar por alto las relaciones sociales, socioeconómicas, políticas, culturales y subjetivas profundamente arraigadas, así como sus contradicciones y contingencias, que es preciso transformar.

Las reflexiones teórico-sociales y los correspondientes diagnósticos temporales no contribuyen directamente al desarrollo de estrategias políticas. Sin embargo, pueden agudizar la comprensión de las limitaciones estructurales, las contradicciones, la improbabilidad del funcionamiento de la reproducción de la sociedad y los problemas y el posible agotamiento del dominio hegemónico. Daré algunos ejemplos y mencionaré algunos retos analíticos.

La perspectiva propuesta socava la dicotomía de los enfoques desde abajo hacia arriba (bottom-up) y desde arriba hacia abajo (top-down) de la sostenibilidad. Analizar formas históricamente concretas de hegemonía y regulación capitalista significa considerar cómo el corredor de alternativas (de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba) tiende a reducirse sistemáticamente, en el mejor de los casos, a formas de modernización ecológica capitalista. Queda por ver si proyectos como la ecologización de la economía o el capitalismo verde serán potencialmente capaces de marcar el comienzo de una nueva dinámica de acumulación cambiando la base energética y de recursos, y si pueden ser algo más que una revolución pasiva (Brand, 2012; Dellheim et al., 2012; Spash,

2012a; Wallis, 2010; Newell, 2012; Koch, 2012; Brand y Wissen, 2014). Siguen existiendo poderosas estructuras, intereses y dispositivos del capitalismo del mercado financiero. Muradian et al. (2012: 559) sostienen que especialmente la dinámica económica en los nuevos centros económicos "constituye el comienzo de una nueva fase histórica del capitalismo moderno".

Un concepto crítico de transformación socioecológica implica analizar (y criticar en la práctica) las múltiples formas de dominación de la sociedad. Desde una perspectiva histórico-materialista, una aporía crucial de la transformación socioecológica reside en el hecho de que un mundo nuevo, sostenible, democrático, justo y libre debe hacerse a partir de las formas existentes de (re)producción y dominación de la sociedad, y debe trascenderlas. Como Marx argumentó al comienzo de El 18 Brumario de Luis Bonaparte (1963 [1852]): "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su antojo; no la hacen bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias ya existentes, dadas y transmitidas desde el pasado". Marx subrayó que de la crítica (práctica) del "viejo" mundo puede surgir uno nuevo. A un nivel más concreto, las estrategias socioecológicas deben ir más allá de cuestionar el statu quo y crear alternativas progresistas "arraigadas en reformas concretas" y potencialmente capaces de "neutralizar la estrategia de gestionar el cambio promoviendo una revolución pasiva" (Showstack Sassoon, 2001: 13).

El debate sobre alternativas y prácticas afines se ha intensificado en los últimos años. Ya he mencionado los debates en torno al decrecimiento (véase la nota 2, p. 25). Inspirada en el materialismo histórico, existe una larga tradición de pensamiento y estrategias ecosocialistas[20]. Aparte de sus muchas diferencias, un punto crucial es que es necesario superar el control sobre los medios de producción cada vez más centralizados, el imperativo de la acumulación de capital y una disposición profundamente inscrita que ve la naturaleza como algo que debe ser dominado y explotado.

No tenemos (ni deberíamos tener) un plan maestro, pero sí podemos, como Theodor W. Adorno no se cansó de subrayar, tomarnos en serio las experiencias alternativas y yuxtaponerlas a los principios dominantes (como la política de austeridad o la

economía verde como las supuestas únicas formas posibles de hacer frente a la crisis). Esto abre el espacio para vincular los análisis a las alternativas existentes, en desarrollo o deseadas. Por lo tanto, un concepto de transformación basado en las perspectivas teóricas presentadas —incluidas las perspectivas de género y racismo, las estructuras y procesos imperiales y neocoloniales, las relaciones entre la sociedad y la naturaleza— no ignora las formas de socialización no capitalistas o poscapitalistas ya existentes o posiblemente emergentes (en el lenguaje de la ecología política: "La pluralidad de las relaciones sociales con la naturaleza").

El propio debate sobre futuros, visiones y caminos es un terreno de contestación (Rilling, 2014; Kammerlander et al., 2013). ¿Cómo pensar hoy en futuros posibles y deseables, integrarlos en estrategias y luchas, arrojar particularmente una luz sobre lo actual, en el sentido de la "utopía real" de Ernst Bloch, indicar posibles direcciones y criterios de cambio y fomentar un sentido de lo posible, y movilizarse para acercarse a esos futuros? Rilling (2014: 42) sostiene que vivimos en una sociedad que integra (e históricamente ha integrado) el acceso a los futuros en su propio modo de funcionamiento y pautas de acción, en la reflexión y la política debido a su permanente y acelerada transformación. Sin embargo, esta transformación entendida como "futurización" es un proceso en gran medida impulsado por el poder (¿quién tiene los recursos para desarrollar escenarios sofisticados?). La futurización no se centra en los futuros posibles, sino que se pregunta cómo se integran esos futuros imaginados en las sociedades actuales. En ese sentido, futurizar significa captar e interpretar futuros, imaginarlos y, por tanto, convertirlos en objeto de (no)decisión y (no)acción actuales. Los debates sobre la transformación, la gestión de la transición, la anticipación o la resiliencia implican "el intento de ocupar el continente ausente del futuro, una apropiación y usurpación de futuros e incidentes que aún deben actualizarse" (ibid.: 32; cursiva en el original).

Una consecuencia de este controvertido proceso consiste en hacer más explícitos los valores medioambientales y sociales. La dimensión visionaria y estratégica de una sociedad sostenible debe vincularse al proyecto (siempre ambiguo) de la Ilustración, es decir, a la cuestionada realización de la autonomía y la

autodeterminación; de la libertad y la justicia; de formas de trabajo, producción y consumo que no se basen en la dominación de la sociedad ni la estabilicen. La cuestión de una configuración democrática de la sociedad y de las relaciones sociales con la naturaleza parece ser crucial. Esto implica el control democrático de los recursos, pero también de los múltiples procesos de producción y consumo. Se trata de una importante perspectiva de investigación: ¿cuáles son las formas democráticas ya existentes de control de los recursos, qué luchas han sido y serán necesarias para hacerlas realidad y cómo se estabilizan institucionalmente? ¿Qué exigencias pueden plantearse en un sentido amplio para la estructuración democrática de la interacción de la sociedad con la naturaleza? En ese sentido, los debates sobre el decrecimiento y la pretensión de formular un proyecto político constituyen una perspectiva alternativa a las formas dominantes de futurismo.

Sería interesante un examen detallado del contenido social ecológico de las diversas protestas, revueltas y procesos de cambio que se están produciendo en todo el mundo, con el objetivo de determinar en qué medida la crisis ecológica y las perspectivas de transformación socioecológica son un factor en ellos. En algunos países de América Latina, como Bolivia y Ecuador, esto es evidente en los debates sobre alternativas al extractivismo de recursos dominante (Lang y Mokrani, 2011; Gudynas, 2011, Svampa, 2012a). Pero también la resistencia contra la minería del oro en Grecia puede entenderse en este contexto. Estas experiencias, junto con muchas otras a menor escala, como el movimiento de las ciudades en transición, pueden ayudarnos a comprender mejor que la transformación socioecológica tiene que ver con la emancipación social y debe rechazar cualquier forma de ecoautoritarismo (cf. Shahar 2015; véase también el capítulo 5 de este libro).

Capítulo 2

Economía verde y capitalismo verde.

El modo de vida imperial como límite

de la modernización ecológica*[21]

Los graves problemas ecológicos exigen nuevos planteamientos y un intercambio transnacional de ideas en estos tiempos críticos que vivimos. Al reflejar la evolución actual, los estudiosos críticos podrían contribuir a aclarar las condiciones sociales para la necesaria transformación hacia una sociedad justa, democrática y ecológicamente sostenible en la que todo el mundo disponga de las condiciones adecuadas para procurarse un buen vivir que no sea a costa de los demás ni de la naturaleza.

Al principio me gustaría subrayar que el trasfondo de mi argumentación es Europa, en concreto Europa occidental y, particularmente, Alemania y Austria. Estoy familiarizado con algunas dinámicas en América Latina. Esta afirmación es importante porque —como todos sabemos— el capitalismo global se desarrolla de manera muy desigual en el espacio y en el tiempo. Cuando hablamos de una grave crisis del capitalismo neoliberal en Europa y de la política de austeridad predominante, debemos tener en cuenta las diferencias con China, América Latina o incluso Estados Unidos.

A continuación, me gustaría esbozar el concepto y la estrategia que se desarrollaron antes de la llamada Conferencia sobre el Desarrollo Sostenible (Río + 20), celebrada en Río de Janeiro en junio de 2012, para hacer frente a los aspectos ecológicos, así como a las dimensiones económicas y financieras, de la policrisis en que estamos inmersos. Me refiero al concepto y la estrategia de una economía verde —también se utilizan conceptos relacionados como economía climática baja en carbono—, que está estrechamente vinculada a las estrategias de crecimiento verde. Las sitúo en su contexto y argumento que, dadas las estructuras sociales existentes, con sus relaciones de poder y estrategias políticas y económicas dominantes, no se lograrán los objetivos de largo alcance de una economía verde.

Argumento que existen obstáculos de gran envergadura que impiden fuertemente la consecución de la sostenibilidad. A continuación, muestro que tales barreras son, entre otras: las relaciones capitalistas e imperiales (neocoloniales) existentes; tendencias como la orientación al crecimiento, además de las fuerzas sociales y políticas relacionadas con ella; la política de austeridad impuesta en muchos países y la estrategia de un desarrollismo desenfrenado en otros. Además, es un obstáculo importante el hecho de que se mantienen unas relaciones sociales con la naturaleza destructivas, para las que la naturaleza es un mero recurso o un lugar para verter residuos, un objeto separado que debe ser dominado y explotado por los seres humanos y las sociedades. Me centraré en un hecho muy relevante, y a menudo descuidado, que podemos llamar el modo de vida imperial.

Sin embargo, y en ello consistirá mi argumentación hacia el final de esta contribución, las estrategias de la economía verde podrían contribuir a una ecologización parcial y selectiva del capitalismo. A esta nueva formación social, posiblemente de carácter fluctuante, la quiero llamar capitalismo verde.

Economía verde

En los últimos años, podemos observar una paradoja: por un lado, un nivel de conciencia relativamente alto respecto a la actual crisis ecológica y una toma de conciencia de la interconexión de las distintas manifestaciones de la crisis; por otro lado, el hecho de que el cambio social que debería acompañarla está muy lejos de resultar suficiente. Podemos ver esto muy claramente en China, donde el concepto de "ecocivilización socialista" (Wang et al., 2014; Fullerton, 2015; Huan, 2026) fue introducido por el Gobierno actual, pero —como muchos saben y experimentan en su vida cotidiana— el cambio más allá de ciertas formas de modernización ecológica es obviamente muy difícil. El necesario cambio del modelo socioeconómico, político y cultural implicaría no entender las cuestiones ecológicas como un añadido, es decir, no como unas soluciones de etapa final (end-of-pipe) de un modelo de desarrollo que en sí no se pone en entredicho. Una civilización ecológica debería transformar el núcleo del modelo existente.

Parte de esta concienciación es el concepto y la estrategia de una economía verde. Surgió antes de la conferencia Río + 20 de 2012 —fuertemente impulsada por los Gobiernos de Brasil y de China— y está estrechamente vinculada a las estrategias de un crecimiento verde.

El concepto de economía verde parece prometer una orientación atractiva para salir de la profunda crisis de funcionamiento y legitimación en que está inmerso el neoliberalismo en los países occidentales, la que se manifestó en 2008 y que golpeó, en particular, a los países y a los grupos sociales más vulnerables. Sin embargo, también en países como China, que no introdujeron políticas neoliberales, el concepto de economía verde está ganando protagonismo.

La economía verde se articula con tendencias ya existentes y con prácticas emergentes, las cuales integra y justifica. En Europa y en

otros lugares, la forma dominante de gestionar la crisis ecológica se articula con una razón de peso: descubrir nuevas oportunidades de negocio. La movilidad eléctrica, los biocombustibles y otras energías renovables, la alimentación ecológica y los estilos de vida sostenibles se consideran campos prometedores para obtener beneficios económicos.

¿Y después del desarrollo sostenible?

Hace unos 15 años, Wolfgang Sachs calificó el concepto de desarrollo sostenible como un oxímoron. Quería indicar que su significado específico siempre ha variado y ha servido a intereses y políticas concretas muy diferentes tratando de cuadrar el círculo, es decir: "¿Cómo podemos proteger la naturaleza mientras seguimos compitiendo y creciendo económicamente?" (Sachs, 1999: xii).

El desarrollo sostenible fue una estrategia política de gestión global de los recursos y de modernización ecológica y, al menos al principio, un intento de conciliar los problemas medioambientales con los del desarrollo económico. Y formaba parte, justo después de 1989, de cierto optimismo en que los problemas globales podrían resolverse ahora de forma cooperativa. Sin embargo, las estrategias de desarrollo sostenible han fracasado porque no ha habido suficiente(s) fuerza(s) económica(s) relevante(s) para de verdad poder impulsar esta estrategia. La "economía marrón" siguió siendo dominante. A pesar de todos los éxitos parciales, en los últimos 20 años la utilización de recursos, ecosistemas y sumideros a nivel global ha aumentado drásticamente. Las políticas de desarrollo sostenible han fracasado en gran medida, siendo la más visible la crisis de las instituciones de Río, en particular la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC).

¿Es el concepto de economía verde el próximo oxímoron? En diversas conceptualizaciones programáticas, la economía verde se ha proclamado recientemente como un enfoque para superar las múltiples crisis existentes.

No es posible dar una definición precisa de la economía verde. Existen muchas diferencias en cuanto al alcance, los instrumentos propuestos y la valoración de los actores del proceso de transformación. Sin embargo, todas las propuestas coinciden en que la economía verde constituye una situación social, ecológica y económica beneficiosa para todos. El respectivo debate se centra

actualmente en el papel de la política, en el sentido de que se requiere un marco diferente para productores y consumidores; considera las normas y los valores, y se fija en las innovaciones tecnológicas, a veces también en los cambios en las sociedades.

Las propias Naciones Unidas afirman en el primer documento preparatorio de la conferencia Río + 20: "El enfoque de la 'economía verde' pretende, en principio, reunir bajo un mismo estandarte todo el conjunto de políticas económicas y modos de análisis económico pertinentes para el desarrollo sostenible. En la práctica, esto abarca una gama bastante amplia de literatura y análisis, a menudo con puntos de partida algo diferentes" (secretario general de la ONU, 2010: 15).

Así, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), junto a todas las oportunidades de mejora medioambiental y de crecimiento económico, predice, en particular, la posibilidad de reducir la pobreza y de aumentar la equidad entre el Norte y el Sur globales. El crecimiento puede conciliarse con objetivos medioambientales y sociales: la ecologización de las economías se considera un nuevo motor de crecimiento, empleo y eliminación de la pobreza persistente (PNUMA, 2011b, 3). La Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) (2011) ve en la ecologización de la economía una "doble estrategia de innovación y de prevención de crisis". Y un estudio realizado para el Ministerio Federal de Medio Ambiente alemán indica que —debido a las inversiones realizadas (por ejemplo, en el sector de la construcción)— una política climática ambiciosa daría lugar incluso a un mayor crecimiento que el business as usual (véase Jaeger et al., 2011).

En los últimos años se han publicado varios estudios que sugieren que la crisis económica y ecológica puede superarse fomentando una economía verde. El PNUMA comenzó, en 2009, con su "Iniciativa de Economía Verde". En 2011, publicó el informe Hacia una economía verde en el que afirmaba:

El auge reciente del concepto de economía verde se ha visto favorecido, indudablemente, por el desencanto general con relación

al paradigma económico dominante, una sensación de cansancio que se desprende de las numerosas crisis y fracasos del mercado que se han producido durante la primera década del nuevo milenio, en particular la crisis financiera y económica de 2008. Sin embargo, al mismo tiempo se tiene cada vez mayor evidencia de un camino a seguir, de un nuevo paradigma económico en el que la riqueza material no se ha de obtener forzosamente a expensas del incremento de los riesgos ambientales, las escaseces ecológicas o las disparidades sociales (PNUMA 2011a: 8).

La Comisión Europea (2010) fomentó el desarrollo de un plan de crecimiento sostenible: la promoción de una economía que utilice menos recursos, que sea ecológica y competitiva. En una comunicación de septiembre de 2011, la Comisión de la UE consideró necesario transformar radicalmente la economía europea en el plazo de una generación. La reducción del uso de recursos y el aumento de su eficiencia se consideran mecanismos clave para hacer frente a los problemas medioambientales y a la escasez de recursos y, al mismo tiempo, reforzar la competitividad europea (Comisión Europea, 2011).

El plan de la Comisión Europea coincide en gran medida con la Estrategia de Crecimiento Verde de la OCDE, que se “centra en aspectos de la política económica y medioambiental que se refuerzan mutuamente” y hace hincapié en la innovación como medio “para desvincular el crecimiento del agotamiento del capital natural” (OCDE, 2011: 10). Existe una necesidad ampliamente reconocida de “desvincular” el crecimiento y la riqueza del uso de los recursos (PNUMA, 2011b).

¿No era esta la formulación hace 20 años, cuando se promovió por primera vez el término desarrollo sostenible? En aquella época, la atención no se centraba tanto en el crecimiento económico como, desde la publicación del Informe Brundtland, en la suposición generalizada de que el crecimiento económico es la base del desarrollo sostenible.

Evaluación de la estrategia

Voy a esbozar una interpretación de los recientes debates sobre la economía verde[22].

Los diagnósticos de los problemas esbozados en las contribuciones dedicadas a la economía verde son bastante similares: el desarrollo económico dominante se vuelve problemático dado el crecimiento previsto de la población mundial hasta 9.000 o incluso 11.000 millones de personas en 2050, la imposibilidad del escenario business as usual y la globalización de los modelos occidentales de producción y consumo intensivos en recursos. A menudo se recurre al conocido argumento neoclásico de que los precios de los productos no reflejan los "verdaderos" costes medioambientales. Al mismo tiempo, se reconoce la necesidad de una normativa política (no demasiado estricta): "No todas las situaciones se prestan a los instrumentos de mercado. En ciertos casos, una regulación bien diseñada, políticas activas de apoyo tecnológico y actuaciones voluntarias pueden ser más apropiadas o un complemento importante de los instrumentos de mercado" (OCDE, 2011: 12).

Los objetivos y estrategias son comunes: una economía baja en carbono y eficiente en el uso de los recursos, inversiones verdes, innovación tecnológica (por ejemplo, la OCDE 2009 apunta a la "ecoinnovación") y más reciclaje, empleos verdes, bienestar, erradicación de la pobreza e inclusión social.

Se hace especial hincapié en un marco político adecuado. El secretario general de las Naciones Unidas (2010: 15-16) resume las estrategias políticas hacia una economía verde de la siguiente manera:

Conseguir precios correctos para internalizar las externalidades, apoyar el consumo sostenible e incentivar las decisiones

empresariales.

Políticas de contratación pública para promover la ecologización de las empresas y los mercados.

Reformas fiscales ecológicas.

Inversión pública en infraestructuras sostenibles y capital natural, para restaurar, mantener y, cuando sea posible, aumentar las reservas de capital natural.

Apoyo público específico a la investigación y el desarrollo de tecnologías respetuosas con el medioambiente.

Inversión estratégica mediante desembolsos para el desarrollo del sector público.

Políticas sociales para conciliar los objetivos sociales con las políticas económicas existentes o propuestas.

Estos conceptos se corresponden en gran medida con un enfoque que durante mucho tiempo ha operado dentro del debate de las ciencias sociales bajo el nombre de modernización ecológica; sin embargo, plantean problemas similares (Mol et al., 2009; Huber, 2011; para China, Huan, 2008). Por un lado, casi todos los conceptos presuponen una fuerte capacidad de dirección política del Estado o de gobernanza: por ejemplo, en la Estrategia de Crecimiento Verde de la OCDE (2011: 10) encontramos la afirmación de que “una buena política económica está en el centro de cualquier estrategia de crecimiento verde”. También se destaca en gran medida la importancia de la cooperación internacional, en forma de acuerdos multilaterales sobre medioambiente, como el Protocolo de Kioto de la CMNUCC (véase PNUMA, 2011b: 33 y ss.).

Las fuerzas políticas en torno a las estrategias de la economía verde pueden denominarse reformistas verdes (Thie, 2013). No solo se organizan dentro de los partidos verdes. En países como Austria, Alemania o los Países Bajos existen y actúan en todo el espectro de partidos políticos. Sería una línea de investigación de suma

importancia identificar la existencia, las estrategias y las repercusiones de los reformistas verdes en China, al menos para detectar las diferencias y coincidencias de las fuerzas sociales y políticas que promueven una transformación socioecológica más profunda.

En mi opinión, todos los estudios y documentos estratégicos consideran que el crecimiento económico es deseable y necesario. Sin embargo, lo que se suele describir es el potencial de una economía verde, y apenas se tratan los obstáculos y los intereses contrapuestos. Existe la creencia, similar a la del inicio del discurso sobre el desarrollo sostenible hace 20 años, de que deben promoverse situaciones globales en las que todos salgan ganando. Asimismo, existe una firme confianza en que las instituciones y élites políticas y económicas existentes son capaces y están dispuestas a guiar este proceso.

Obstáculos estructurales

a una economía verde

A continuación, me gustaría destacar algunos elementos estructurales que hay que considerar seriamente —y que hay que cambiar si se quiere tomar en serio la necesaria transformación socioecológica—. Una vez más, no estoy familiarizado con la evolución actual en China. Sin embargo, sostengo que algunos aspectos son aplicables a la situación allí y merecen atención y debate.

Voy a formular cierto escepticismo, empíricamente evidente, de que los objetivos declarados de una economía verde puedan realizarse. Esto tiene que ver con las instituciones políticas existentes —y considerando incluso unas ligeras modificaciones de las mismas—, como los Estados nación orientados principalmente hacia la competitividad global y los intereses geopolíticos; con las poderosas instituciones internacionales que promueven el libre comercio; con el mercado capitalista y el desarrollo de tecnologías impulsado por el afán de lucro; con unas orientaciones sociales y tendencias dominantes, tales como el crecimiento económico a cualquier precio y el creciente expolio de los recursos naturales; con la destrucción ambiental y social que conlleva; y finalmente, con unas relaciones de poder bajo el dominio de élites que pretenden mantener su estatus a toda costa.

Existen dos importantes paralelismos entre aquel debate inicial en torno al desarrollo sostenible en la década de 1990 y el llevado a cabo en la actualidad. A principios de los noventa, se pasó por alto un importante acontecimiento mundial: el creciente papel de los conflictos militares en el mundo que, al menos en parte, están impulsados por la competencia por los recursos. Solo 16 meses antes de la Conferencia de Río, en junio de 1992, tuvo lugar la segunda guerra del Golfo; sin embargo, este tema no se trató en

absoluto en Río. La militarización de la política mundial se ha acentuado desde entonces. Otro aspecto al que se restó importancia en torno a 1992 fue la intensificación de la globalización liberal, con su enorme aumento del uso de los recursos y la introducción de sumideros naturales como medio para equilibrar las emisiones. La Ronda de Uruguay y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) se encaminaron hacia la consolidación de la globalización liberal —y la fundación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995—, pero esos desarrollos importantísimos tampoco se incluyeron en las deliberaciones de Río. Hoy en día, sí que se están considerando los problemas derivados del régimen de globalización neoliberal, pero sigue siendo una cuestión abierta si de hecho pueden debilitarse las fuerzas económicas y políticas que lo promueven, organizan y sustentan.

Sin embargo, como ya se ha dicho, nos enfrentamos a una nueva situación histórica que refleja limitaciones estructurales a las ambiciosas propuestas de una economía verde.

En primer lugar, con la aparición de países como China, India y Brasil como economías fuertes y conscientes de su potencial, observamos de hecho nuevas rivalidades geopolíticas por los escasos recursos. El Gobierno chino, por ejemplo, prohibió la exportación de determinados minerales raros, para utilizarlos en procesos de producción en China. La Comisión Europea (2011) también se refiere explícitamente a la creciente competencia por los recursos a nivel mundial. No creo que esta tendencia sea el trasfondo idóneo para impulsar unas relaciones sociales con la naturaleza diferentes, capaces de encarar los acuciantes problemas de degradación medioambiental[23].

En segundo lugar, las propuestas para promover una economía verde requieren unos marcos reguladores sólidos. Se trata de una importante condición previa para cualquier vía alternativa —y estoy seguro de que volveremos sobre ello al evaluar la reciente política china—. Sin embargo, sobre todo desde una perspectiva crítica frente al Estado y la gobernanza, hay que ver que los marcos reguladores existentes promueven principalmente aquellas prácticas de producción y consumo que son insostenibles. “Política y Estados”

no suelen ir en contra de “mercados y capital”, porque están intrínsecamente relacionados entre ellos. Como tendencia general, las estrategias económicas y políticas se centran en la disponibilidad barata y estable de recursos. En caso de un conflicto, el Ministerio de Medio Ambiente suele perder contra el Ministerio de Hacienda o el de Economía, contra aquellos en los que están representados los intereses económicos insostenibles. Lo mismo ocurre a nivel internacional: las políticas financieras y económicas suelen ser más poderosas que las que abogan en pro de la sostenibilidad. Hasta ahora, las posiciones que defienden dicho marco regulador adecuado parecen un poco voluntaristas y ciegas frente a las relaciones de poder dominantes. E igualmente ciegas frente a la emergencia de una forma de Estado que Joachim Hirsch (1997) denominó Estado nacional de competencia y que hoy crecientemente puede denominarse Estado de competencia autoritario —el cual incluye cada vez más elementos transnacionales (Oberndorfer, 2014; Sandbeck y Schneider, 2013) —. En la crisis actual, los marcos reguladores tienden a desarrollarse en una dirección autoritaria para garantizar el acceso a los recursos a determinados países o regiones.

En tercer lugar, la mayoría de los análisis y documentos estratégicos equiparan la noción de economía verde con el crecimiento verde. Especialmente, desde 2008, podemos observar que las políticas públicas están muy preocupadas por el mantenimiento del crecimiento económico y el empleo. El crecimiento económico, principalmente insostenible, en las sociedades capitalistas no solo asegura beneficios para los propietarios de activos y puestos de trabajo para las capas asalariadas, sino que también constituye la base fiscal del Estado. En 2008/2009 vimos que las estrategias de crisis no iban de la mano de una profunda reorientación de los modelos de producción y consumo. Sin embargo, existe un grave conflicto debido a que ya no funciona la estrategia del business as usual, es decir, del “todo continúa igual”, y se hace cada vez más evidente que ha entrado en crisis su misma gestión.

En cuarto lugar, las políticas liberales de mercados abiertos y competencia feroz han conducido a la desindustrialización en muchos países del Sur global. Este desarrollo ha empujado a muchos países a actualizar la antigua estrategia del extractivismo de

recursos. En la mayoría de los países de América Latina, esta parece ser la única estrategia de desarrollo viable para aliviar la pobreza. Este es el caso incluso en Brasil, donde todavía existe una industria fuerte. Por ejemplo, la industria maquiladora de México, dependiente de Estados Unidos, perdió su ventaja competitiva con la adhesión de China a la OMC en 2000. Hoy en día, la mayor parte de la dinámica económica de México tiene lugar en el sector minero (Veltmayer, 2013; Burchardt y Dietz, 2014). El extractivismo de recursos es la otra cara de la moneda de una economía intensiva en recursos en los países industrializados y en vías de industrialización, y es la otra cara de la economía verde, ya que los metales preciosos para productos de alta tecnología también proceden de países del Sur global.

En quinto lugar, hay una barrera estructural a una realización integral de la estrategia de la economía verde. La globalización implica una profundización de lo que puede denominarse el modo de vida imperial, o más exactamente: el modo de producción y de vida imperial. Esto significa que los modelos predominantes de producción y de consumo dependen desproporcionadamente de la fuerza de trabajo, los recursos y los sumideros mundiales. El arraigo de estos patrones se refleja en las posiciones particulares de los actores políticos y sociales, en las relaciones de poder entre ellos, así como en las prácticas cotidianas, especialmente en los países del Norte global. El concepto contribuye a explicar tanto la continuidad como la crisis de las "relaciones sociales con la naturaleza" imperantes. Sin embargo, desde que el modo de vida imperial se ha ido extendiendo a importantes países del Sur global, se están intensificando sus contradicciones y están cobrando importancia las luchas sobre la futura configuración de las relaciones sociales con la naturaleza.

Como he argumentado anteriormente, el modo de producción capitalista tiene un carácter expansivo y está orientado hacia el incremento continuo de la plusvalía, la producción y el consumo. Esto va de la mano de una extensión del mercado (mundial) capitalista que cada vez se amplía a más ámbitos de la vida. La ciencia y la tecnología desempeñan un papel importante en ello, y el aumento de la productividad constituye una dinámica central. La teoría de la regulación (Aglietta, 1979; Boyer, 1990) distingue entre

acumulación intensiva y extensiva. La acumulación intensiva, dominante durante el fordismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, implicaba una organización o intensificación de los procesos laborales que permitía altas tasas de aumento de la productividad. El tamaño global de la tarta crecía y, especialmente en Europa occidental y Norteamérica, estaba asegurada la participación de las capas asalariadas de la población en esta creciente riqueza mediante unos compromisos de clase institucionalizados y las políticas en el marco del Estado de bienestar.

Es importante subrayar que esta acumulación intensiva y la consiguiente reestructuración del modo de vida de las personas de clase obrera —basado en bienes de consumo de masas asequibles y estandarizados (alimentos de supermercados, coches o electrodomésticos)— generaron un alto nivel de consenso social. Esta fue y sigue siendo la base del atractivo mundial del "modo de vida occidental", cuya contrapartida siempre ha sido la consolidación de las relaciones patriarcales de género, así como de las relaciones de explotación entre sociedad y naturaleza que dependen de la utilización cada vez de más recursos (fósiles). Más recientemente —comenzando con la crisis del fordismo a principios de los años setenta y acelerada aún más por los procesos de globalización desde 1989/1990— podemos observar una tendencia hacia un régimen de acumulación más extensivo que, en contraste con la acumulación intensiva, se basa menos en el aumento de la productividad que en la prolongación de la jornada laboral y en la penetración de las relaciones laborales capitalistas en nuevos espacios sociales y geográficos (por el momento, especialmente en los llamados mercados emergentes).

Sin duda, el paso a un régimen de acumulación más extensivo no ha supuesto en absoluto una ruptura con el modo de producción y de vida fosilista-fordista, que de hecho se está expandiendo poderosamente en algunas partes del Sur global. Las crecientes clases medias y altas de los mercados emergentes en vías de industrialización están adoptando los modos de vida de las clases correspondientes del Norte global. Todas juntas constituyen una "clase consumidora transnacional".

Aunque los mercados emergentes se caracterizan por unas enormes desigualdades sociales, y pesar de que los hábitos de consumo de la clase media china siguen siendo muy diferentes de los de la clase media estadounidense, se trata de una evolución extremadamente problemática porque el modo de vida del Norte global no puede continuar, y mucho menos generalizarse a escala mundial, sin provocar graves perturbaciones políticas, socioecológicas y económicas. Los fenómenos de crisis ecológica, como la pérdida de la biodiversidad y el cambio climático, han sido provocados por la generalización de modelos de producción y consumo que se basan fundamentalmente en un acceso ilimitado a los recursos, al espacio, a la fuerza de trabajo y a los sumideros, lo que implica una apropiación globalmente desigual de la naturaleza. El acceso exclusivo a los recursos, garantizado por contratos o directamente a la fuerza, y la externalización de los costes socioecológicos que conlleva el uso de esos recursos, son la conditio sine qua non del modo de producción y de vida del Norte global, que por ello puede calificarse de imperial.

Quisiera subrayar que el carácter imperial del modo de producción y de vida no es en absoluto nuevo:

La apropiación desigual de la naturaleza es al menos tan antigua como la oposición entre ciudad y campo, y fue una característica central de la era del colonialismo en el siglo XVI, del capitalismo liberal en el siglo XIX y del imperialismo entre 1875 y 1914. Sin embargo, lo que distingue el modo de vida imperial fordista y posfordista de sus predecesores es que, con la generalización de la relación salarial, las prácticas de consumo intensivas en recursos y emisiones se han convertido en fenómenos de masas, es decir, se han vuelto elementos centrales de la reproducción no solo de las élites, sino también de las clases subalternas del Norte global. Como consecuencia, su impacto socioecológico se ha incrementado y la crisis medioambiental se ha agravado, lo que se hará aún más profundo con la actual generalización de las prácticas de consumo “fosilistas” en las clases altas y medias de los grandes países en desarrollo (Brand y Wissen, 2013a: 699).

Además, el modo de vida imperial no es socialmente neutral. Las personas con elevados niveles de educación, ingresos relativamente altos y gran conciencia medioambiental son las que más recursos per cápita utilizan, mientras que las clases con menor conciencia medioambiental, pero también menores ingresos, los utilizan menos.

En tercer lugar, el modo de vida imperial se está extendiendo por todo el mundo, especialmente en países como China, Brasil e India, lo que supone una fuerte dinámica de desarrollo. Los países con economías emergentes compiten con los países capitalistas del Norte global, cuyo desarrollo se ha basado hasta ahora en su acceso desproporcionado a los recursos, los sumideros y la fuerza de trabajo a escala mundial, asegurado por el poder económico, político y militar. Así pues, las tensiones ecoimperiales sobre la externalización de los costes ecológicos continúan creciendo y están adquiriendo una importancia geopolítica y geoeconómica extraordinaria.

Ahora bien, la crisis de la regulación de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza es también una crisis del modo de vida del Norte global que, aunque no pueda generalizarse desde un punto de vista ecológico, se está extendiendo actualmente por todo el planeta. En este contexto, la gobernanza medioambiental se está modernizando: los acuerdos del modelo de Río se han convertido en escenarios de lucha geopolítica y económica. Por otro lado, se ve sobrecargada por la gestión de las contradicciones del modo de vida imperial, que se han intensificado con los cambios geopolíticos y económicos. Las instituciones de Río se configuraron en la década de 1990, cuando los países capitalistas desarrollados habían alcanzado una posición de poder mundial sin rival. Fueron los intereses de estos países los que configuraron la arquitectura de la gobernanza medioambiental internacional. Por lo tanto, estos últimos carecían de una autonomía relativa respecto a las relaciones de fuerzas que los habían llevado al primer plano. A primera vista, esto era una ventaja para los países del Norte global, ya que les permitía determinar la forma y el contenido de la política medioambiental internacional. Sin embargo, se convirtió en una desventaja cuando, con el ascenso de países como China e India, se modificaron las relaciones de fuerzas subyacentes a las instituciones

de Río. A diferencia de los aparatos estatales comparables existentes a nivel de los Estados nación, la arquitectura de la gobernanza medioambiental internacional no poseía la densidad institucional y la autonomía necesarias para mediar en las contradicciones socioecológicas, intensificadas además por los cambios geopolíticos y económicos. Esta es la constelación que constituye la base de la crisis de la gobernanza medioambiental y explica la paradoja de por qué cambia tan poco, a pesar de que, en general, hayan aumentado significativamente el conocimiento y la conciencia en estos ámbitos.

Sin embargo, a diferencia del concepto y la estrategia de desarrollo sostenible de los años noventa, ahora parece que el concepto de economía verde resulta tener atractivo para ciertos agentes socioeconómicos relevantes. Existen tecnologías para desarrollar fuentes de energía renovables o motores electrónicos para automóviles, y la microelectrónica desempeña hoy un papel mucho más relevante que hace 20 años. Y hay otra dinámica, a saber, la actual crisis capitalista mundial, cuya causa principal es una enorme cantidad de capital sobreacumulado que busca nuevas oportunidades de inversión. El capital financiero ha descubierto la agricultura, el suelo, las infraestructuras y los negocios con la "protección del medioambiente" como un nuevo campo de inversión, creando fuentes de beneficio para unos pocos y amenazando las condiciones de vida de muchos, particularmente en el Sur global (Cooper, 2010; Fairbairn, 2014; Brand y Wissen, 2014).

Capitalismo verde

Quisiera introducir un tercer concepto: el capitalismo verde (cf. en detalle Brand y Wissen, 2015). Mientras que la economía verde es una estrategia, el capitalismo verde se refiere a los cambios estructurales de las sociedades capitalistas. Esta distinción es importante. El capitalismo verde no es una afirmación normativa —por ejemplo, que tendría que haber una modernización ecológica o que este sería "mejor" que el capitalismo marrón—, sino una hipótesis que una izquierda verde emancipadora debería tener en cuenta. La disyuntiva no consiste únicamente entre el sistema capitalista, imperial, patriarcal y fosilista existente, por un lado, y una alternativa como el ecosocialismo, por el otro. El capitalismo desarrolla variantes históricas y espaciales, y —este es el punto clave aquí— podría ser capaz de lidiar con ciertos aspectos de la crisis ecológica como la escasez de recursos. Pero esta "gestión" se desarrollará de forma capitalista, imperial y patriarcal: se caracteriza por cierta inclusión contrarrestada por mucha exclusión; contiene algunos componentes atractivos y productivos, pero muchos componentes violentos y destructivos; es espacial y temporalmente muy selectiva; y finalmente, incluye algunas dimensiones "reflexivas" en su relación con el entorno natural que la rodea, aunque sin cuestionar esencialmente la tendencia dominadora y destructora de las actuales relaciones sociales con la naturaleza[24].

La forma de entender la sociedad es en sí misma parte de las luchas intelectuales y políticas: ¿es la modernización un destino, que vuelve ineludible la cada vez mayor diferenciación de la sociedad? Esto es lo que nos dice la teoría de la modernización. ¿Está la sociedad formada principalmente por diferentes sistemas, teniendo cada uno sus propias lógicas, como nos expone la teoría de sistemas?

La respuesta marxista es negativa. Las sociedades capitalistas

obtienen su dinámica y sus problemas de la lucha de clases, de la reproducción del capital en constante expansión; es decir, de su acumulación, además de un Estado que en principio asegura las relaciones sociales existentes y el "orden internacional" que las apuntala. Capitalismo significa poder, dominación y división a lo largo de las líneas de clase, género, procedencia étnica y a nivel global. Estas estructuras y prácticas más o menos estables deben transformarse conscientemente, sin suponer que este cambio se efectúe a través de las crisis, las cuales suelen significar que los ya poderosos aumenten todavía más su poder y sus privilegios sociales.

Toda la historia del marxismo puede interpretarse como parte de esta lucha por entender la sociedad y por cambiarla (cf. Hudis, 2012; Eagleton, 2012).

Algunos observadores sostienen que las estrategias de una economía verde van a correr la misma suerte que el desarrollo sostenible de los años noventa, es decir, quedará en discursos políticos y no ganará impulso. Ahora bien, no estoy tan seguro al respecto. Ya se está produciendo una ecologización selectiva de la economía, especialmente en el ámbito de la producción de energía. Sin embargo, dadas las limitaciones esbozadas, es probable que las estrategias de una economía verde se realicen de forma muy selectiva en algunas ramas y algunas regiones y que —empujadas por el imperativo de desarrollar nuevos campos y formas seguras de acumulación— en el fondo se desentiendan completamente de los problemas de la degradación medioambiental y de la tremenda desigualdad social.

En países como Alemania o Austria, las estrategias de la economía verde pueden contribuir significativamente a que se establezca una nueva formación capitalista, que podría sustituir a la antigua formación posfordista neoliberal, asolada por la crisis. Junto con Markus Wissen, propongo la denominación capitalismo verde para esta nueva formación.

Un componente significativo de la gestión de crisis y también de una nueva formación capitalista emergente sería la mayor valorización de la naturaleza, debido al hecho de que esta se ubica en la interfaz de varios fenómenos de crisis. Evidentemente, estos fenómenos interactúan de tal manera que, en particular, una

dimensión de la crisis ecológica, a saber, la crisis de la energía y los recursos (incluidos también los alimentos), ofrece enfoques para superar la crisis económica, siendo ella una señal de escasez de bienes y recursos naturales importantes que podrían convertirse en mercancías (por ejemplo, la tierra que podría utilizarse para la producción de alimentos o biocombustibles, o el potencial de los bosques para absorber CO2).

El capitalismo verde implicaría un cierto "cierre" de los circuitos de capital. Esto implica, por un lado, que la inversión en investigación y desarrollo y la producción de bienes de inversión (primer sector) se complementan con la producción de bienes de consumo (segundo sector); y, por otro lado, que las expectativas de beneficio sean lo suficientemente altas como para que los mercados de capitales o los bancos faciliten la inversión.

El capitalismo implica expansión, pero también ciertas formas de estabilización y una seguridad de planificación. Por lo tanto, se produciría una cierta ecologización del Estado en las ramas económicamente "prometedoras". En China y en EE UU, las políticas estatales anticrisis indican que incluso allí aumentan los intereses por una modernización ecológica.

El capitalismo significa también que la plusvalía debe realizarse en el proceso de consumo. Por lo tanto, varios aspectos de un capitalismo verde deben ponerse en concordancia con el modo de vida de la gente —sus prácticas, aspiraciones y normas— y también deben salvaguardarse a nivel estatal e institucional. Además, es necesario armonizar las áreas de producción y reproducción formales, que, a su vez, están mediadas por el dinero y adquieren la "forma de mercado", con otros mecanismos y sectores de (re)producción social.

Como ya se ha mencionado anteriormente, existen claras evidencias de que estructuralmente el capitalismo global se desarrolla de forma desigual en el tiempo y en el espacio, y que esto implica siempre la adopción de unos mecanismos de externalización. Especialmente en países como Alemania y Austria, a medio plazo, los modelos de desarrollo verde capitalista podrían llevarse a cabo siempre que —y hay algunas pruebas de ello— una serie de fuerzas sociales y de políticas concretas se reúnan en apoyo de este proyecto. Estas

fuerzas comprenden, entre otras, las fracciones “verdes” del capital y los sindicatos de los servicios públicos, además de las asociaciones ecologistas y de consumidores, todas las cuales se articulan también a través de partidos políticos y están por el momento presentes en ciertos aparatos del Estado. En sociedades con sindicatos que todavía son fuertes y políticamente relevantes, una ecologización del corporativismo sería una condición previa esencial para un capitalismo verde. En este caso se acordarán nuevos compromisos y el consentimiento por parte de los asalariados y los sindicatos.

Dado que estos nuevos compromisos sociales tendrán como trasfondo las actuales condiciones de la globalización capitalista, el peligro consistirá entonces en que la realización de algunos aspectos de una economía verde se produzca a expensas de otras regiones, por ejemplo, el aumento de las energías renovables a costa del cultivo ecológico y socialmente destructivo de aceite de palma en Indonesia o de los agrocombustibles en Brasil.

Algunas preguntas son, entonces:

¿Cuál es la dinámica de una ecologización selectiva de la economía?

¿Qué intereses están en juego?

¿A quiénes no se tiene en cuenta y, por tanto, se acaba excluyendo activamente o incluso reprimiendo?

¿Qué formas de exclusión estarán vinculadas a una economía verde?

Conclusión

El concepto de economía verde parece prometer una orientación atractiva para salir de la profunda crisis de funcionamiento y legitimación del neoliberalismo que se manifestó en 2008 y que, en particular, golpeó a los países y grupos sociales vulnerables. Surgida con la pretensión de detener la degradación de las bases naturales de la vida mediante una modernización ecocapitalista, la economía verde constituye un campo conceptual y político. Se ha convertido en la medida de lo políticamente posible y plausible. Al mismo tiempo, oscurece otras alternativas o las hace parecer inviables e irracionales.

En las mencionadas omisiones del discurso de la economía verde, y de las estrategias relacionadas a ella, reside la clave para entender los debates actuales, así como las nuevas orientaciones socioeconómicas y políticas correspondientes. Parece que la economía verde tenga algo que ofrecer a los poderosos actores políticos y sociales, y que pueda aumentar la legitimidad interna e internacional; y, por último, ella podría contribuir a un imaginario colectivo de un futuro ausente de cambios sociales sustanciales (Thie, 2013: 46). Esta estrategia podría formar parte de una revolución pasiva en el sentido que le dio Gramsci, a saber, una transformación hacia un capitalismo verde inducida por las fuerzas dominantes.

No debemos restar importancia a una función específica del concepto de economía verde: dado su amplio significado, podría orientar estrategias múltiples y específicas, es decir, funcionar como un oxímoron o, como dice Edgardo Lander (2011: 1), ofrecer “un dispositivo tranquilizante” para acallar cualquier duda y crítica.

Tomando en serio mis argumentos sobre las limitaciones estructurales y reconociendo mi posicionamiento normativo —la necesidad de afrontar las cuestiones de la distribución de la riqueza, la falta de justicia social, la enorme degradación medioambiental y

el apabullante índice general de pobreza—, no basta con establecer mecanismos de gobernanza adecuados, reforzar nuevos valores e innovaciones tecnológicas para evitar conflictos por los recursos, reducir las emisiones de gases de efecto invernadero o detener la erosión de la biodiversidad. Se han puesto de manifiesto las evidentes debilidades de la era del desarrollo sostenible. Frente a ello, será necesario remodelar estructuralmente los motores subyacentes de los modelos insostenibles de producción y de consumo, igual que las políticas que los sustentan.

Capítulo 3

La crisis del coronavirus. Oportunidades

de aprendizaje E iniciativas políticas*

Durante la crisis del coronavirus, asistimos a muchos cambios veloces y el capitalismo, en su forma más reciente, la globalizada, se vio permanentemente afectado. En este sentido, esta crisis, igual que muchas anteriores, fue un punto de inflexión y un momento para tomar decisiones[25]. En parte, permanecía incierto cuáles serían los posibles rumbos en que se moverían las condiciones sociales. Un camino podría consistir en la solidificación de un "capitalismo del coronavirus"; fue Naomi Klein (2020) la que, al principio de la pandemia, utilizó este término más bien de forma fortuita. Con él se refirió a una gestión de la crisis que favorece a los acaudalados y a los sectores económicos que más destruyen la naturaleza. Esto se hizo particularmente evidente en los "paquetes de rescate" estatales —y en la industria sanitaria privada (cf. también Solty, 2020)—. Igual que en las crisis anteriores, las recientes políticas de choque conducen al perpetuo fortalecimiento de los poderosos de siempre, de aquellos que carecen de cualquier tipo de consideración por la sociedad y la naturaleza.

Ahora bien, el concepto de capitalismo del coronavirus también indica lo siguiente: en cada crisis existen diferentes opciones o formas de gestión de esta y, a su vez, cada una de ellas influye sobre el modo de producción y de vida capitalista, y lo va modificando parcialmente.

Lo mismo puede decirse del agravamiento de la crisis ecológica, y aquí sobre todo de la crisis climática. En el verano de 2021, también en países como Alemania, sus efectos negativos se hicieron particularmente notables, tales como las lluvias torrenciales, las inundaciones y las sequías, y la conciencia sobre ellos ha entrado en la esfera pública. Al menos parte del establishment político y económico parece haber reconocido la necesidad de una transformación ecológica de la economía y la sociedad, y existen algunas iniciativas para una modernización ecológica del capitalismo (véase más adelante; en detalle, Brand, 2020: cap. 2).

Así, ante las crisis del coronavirus y la crisis ecológica —además de la crisis económica, la crisis de la democracia y otras—, a las fuerzas sociales progresistas se les plantea actualmente la siguiente cuestión: ¿qué se puede hacer para que la vida social, el trabajo, las instituciones y las infraestructuras sociales, la democracia y la relación entre la sociedad y la naturaleza se transformen estructuralmente en un sentido emancipador? ¿Cómo puede aprovecharse la actual sensibilización sociopolítica —que durante esta y otras crisis de repente ha hecho posible lo antes impensable— para bregar por una sociedad más justa y más democrática, pero, sobre todo, por una sociedad que también permita a las generaciones futuras vivir una vida plena en nuestro planeta? ¿En qué medida se inicia así un proceso donde se refuerzan las ideas y prácticas del bien común incluyendo su defensa y blindaje a nivel político-institucional?

Con estas preguntas en mente, he aquí algunos comentarios sobre las experiencias durante la pandemia. La crisis del coronavirus nos mostró muy claramente lo vulnerables que son en particular los sectores socialmente más débiles de la población, como las personas que viven en la pobreza, los empleados precarios y los refugiados. La “crisis de los cuidados” y los problemas de reproducción se hicieron especialmente visibles cuando, debido al cierre de fronteras, dejaron de estar garantizados los cuidados las 24 horas del día realizados por cuidadores inmigrantes. El trabajo de cuidados, anteriormente externalizado con bastante facilidad por las capas medias a lo largo de líneas étnicas y de clase, tuvo que renegociarse en el seno de los hogares, sobre todo en cuanto al reparto de tareas entre mujeres y hombres. En muchos sectores, las pequeñas empresas tuvieron más problemas para aguantar la crisis que las grandes.

La aparición y propagación de nuevos virus también se basa en el hecho de que la naturaleza está siendo destruida por la economía capitalista. La disminución de la biodiversidad, así como la destrucción de los hábitats de la fauna salvaje, conduce a una mayor probabilidad de la transmisión zoonótica a los humanos y de la rápida propagación de las infecciones. Estos cambios son el resultado de la agricultura capitalista que se basa en la deforestación a gran escala o en la agricultura de tala y quema. La

ganadería industrial y la reducción de la diversidad genética de los animales también favorecen la rápida propagación de patógenos y aumentan las probabilidades de que estos se transmitan de animales a humanos[26].

Paradójicamente, las emisiones mundiales de CO2 disminuyeron en 2020, aunque esto no ha sucedido gracias a explícitas medidas de política climática ejecutadas a largo plazo. Ahora bien, ello no ha inaugurado en absoluto una transformación socioecológica con justicia climática.

Por último, la cuestión de quién asume los costes tras la crisis se resolverá probablemente con base en las desigualdades y relaciones de poder existentes (Sablowski, 2020), a no ser que se activen contramedidas políticas.

Esta contribución se guía por la siguiente argumentación: en mi opinión, un posicionamiento políticamente progresista, que interviene en las discusiones actuales sobre el bien común, no debe perder de vista las constelaciones globales de desigualdad, dependencia y destrucción ambiental; y también debe comprometerse políticamente en este sentido. Porque, de lo contrario, a la hora de hacer frente a la pandemia acabaremos teniendo una desigualdad global más profunda, así como una modernización ecocapitalista selectiva de las economías en países como Alemania —las palabras claves son aquí el cambio a la automoción eléctrica y el subsecuente aumento de la demanda de cobre y litio— o en Europa con su pacto verde (green deal) europeo. Pero apenas se plantea la cuestión de dónde procederán las enormes cantidades de recursos necesarios para esta modernización y en qué condiciones sociales y ambientales se producirán y se transportarán. A ello se suma, tal vez en el futuro, la generación y el transporte de cantidades ingentes de energía —el aspecto clave es aquí el hidrógeno proveniente de países con altos índices de radiación solar—.

La crisis del coronavirus, unida a la vacunación masiva como respuesta dominante, muestra con especial claridad cuán desiguales son las condiciones globales y qué retos van unidos a ello. En muchos lugares, especialmente en Europa, vimos una enorme presencia y capacidad de acción del Estado, así como una fuerte

confianza de la ciudadanía en él. Esta actuación tuvo sus fuertes ambivalencias debido a las tendencias autoritarias existentes ("las crisis son la hora del Ejecutivo"); aun así, salvó vidas y fue económicamente decisiva para muchas personas y empresas afectadas por la crisis. En otros países, especialmente en el Sur global, con importantes excepciones como China, se hizo evidente la limitada capacidad de actuación del Estado: en muchos países los sistemas sanitarios colapsaron. Gran parte de las personas que trabajan en la economía informalizada o popular luchan cada día por asegurarse su sustento y no pueden sobrellevar la crisis solo con las escasas ayudas estatales. "Quedarse en casa" resulta totalmente impensable para ellas[27].

Con todo, se hizo evidente la urgencia de una cooperación política internacional, y esta necesidad ha sido destacada una y otra vez. Sin embargo, a pesar de los considerables esfuerzos realizados en conjunto, por ejemplo, en la Europa de la UE, en la práctica, la política anticrisis fue dirigida en gran medida por los Estados nación. Por encima de todo, el objetivo consistió en salvar la "propia" economía, aunque, en consecuencia, la UE posiblemente se debilitara aún más. En este empeño, los países europeos más ricos tuvieron más éxito que los más pobres, y ello conducirá a nuevos procesos de concentración económica. En la crisis del coronavirus, quedó notablemente manifiesto el carácter insolidario de las políticas (anti)migratorias de la UE, que posiblemente son también expresión del temor, por parte de los políticos gobernantes, a un acelerado auge de las fuerzas de extrema derecha (por ejemplo, Dörre, 2020).

Apenas existen mecanismos internacionales de compensación eficaces. Durante los últimos años, la elaboración de normas internacionales ha estado muy orientada a garantizar los intereses de los actores poderosos, por ejemplo, mediante políticas de libre comercio. Otros mecanismos y organizaciones internacionales de coordinación, como los que garantizan una paz duradera o apoyan la equiparación de las condiciones de vida, se han debilitado considerablemente.

La desigualdad global se ha hecho claramente visible en el ámbito de la fabricación y la distribución de las vacunas desde principios

de 2021, puesto que estas son producidas en condiciones capitalistas y están protegidas por patentes, lo que las somete a la lógica de obtener beneficios. Las propias vacunas forman parte de un "nacionalismo vacunal" o tienden a ser utilizadas diplomáticamente como armas en las luchas por conseguir la dominación regional y mundial.

A pesar de ello, la dimensión mundial de la crisis del coronavirus también creó una mayor conciencia acerca de las condiciones (sobre todo sanitarias) reinantes en otros países. De hecho, en Europa hubo acciones de apoyo y —aunque solo tras muchas semanas de indecisión— un aumento de la ayuda financiera a los países del Sur global. Como respuesta solidaria a la crisis se exigió incluso la condonación de la deuda de los países más pobres, pero esto aún no se ha llevado a cabo.

Crear un bien común global y garantizar unos derechos sociales globales, como elementos esenciales de un proyecto sociopolítico integral, debe cambiar las lógicas y relaciones de desigualdad en el interior de las sociedades, que están estrechamente vinculadas a las relaciones y estructuras capitalistas de poder y propiedad; pero también debe subvertir aquellas que predominan a nivel internacional. En ese sentido, esto es lo que pretende indicar el término glocal: se trata de enfoques analíticos y de transformaciones que van desde el nivel local al internacional.

Análisis críticos para una política

orientada al bien común

Desde hace un año y medio, la pregunta acuciante es: ¿cómo se concretaría una política progresista orientada al bien común en tiempos de la crisis del coronavirus, pero también contra un "capitalismo de coronavirus" que posiblemente se consolide y en el que se perpetúen y tiendan a reforzarse la desigualdad, la destrucción de la naturaleza y el autoritarismo? ¿Qué ofensivas podrá lanzar tal política en tiempos en los que todos los actores políticos actúan en gran medida a la defensiva? A pesar de toda la confusión, especialmente al principio de la pandemia: el pensamiento crítico y las estrategias de la izquierda deberían, según el Instituto de Análisis Social de la Fundación Rosa Luxemburgo,

aprovechar la ventana de oportunidad y al mismo tiempo, señalar y discutir sobre una perspectiva más amplia, organizándola. No se trata de una disyuntiva entre "grandes saltos" voluntaristas, por un lado, y "pequeños pasos" pragmáticos, por el otro, sino de la vinculación entre prácticas de resistencia y proyectos iniciales concretos, unidos a unas perspectivas estratégicas (Institut für Gesellschaftsanalyse, 2020: 7).

Los distintos elementos de la crisis se articulan entre sí de manera muy heterogénea y es difícil predecir cómo lo hacen.

Este proceso de "establecer conexiones" está teniendo lugar en unas condiciones de gran incertidumbre. En vista de la profunda crisis de las relaciones sociales con la naturaleza, Christoph Görg aboga, por tanto, por una "nueva forma de afrontar las incertidumbres" y, al mismo tiempo, por una política transformadora ofensiva: "Más bien

el reto consiste justamente en lo siguiente: justificar la necesidad de una gran transformación del modelo capitalista de prosperidad aduciendo precisamente los peligros que ha desencadenado su intento de controlar las relaciones con la naturaleza mediante una estrategias de dominación de la misma" (Görg, 2020: 1f). No se trata de más seguridad, sino de abordar, de forma reflexiva, las causas de la pandemia y su carácter amenazador, "justo porque el virus no puede ser controlado del todo" (ibid.) Este es un punto de partida importante para la política progresista.

Especialmente desde el comienzo de la pandemia, muchas personas no solo tienen una fuerte necesidad de información, sino también de clarificación y de orientación, aunque no sea como clarificación crítica, como demuestra el auge de las teorías de la conspiración debido al deseo de disponer de explicaciones simplificadoras. Ahora bien, para una comprensión crítica de la situación resulta necesario analizar los actuales cambios dinámicos, pero no arbitrarios (no arbitrarios, porque el modo de vida imperial tiene una impronta poderosa). Al hacerlo, también es necesario señalar las absurdidades inherentes a la producción capitalista, las que, aún estando firmemente ancladas, no dejan de ser evidentes como tales, y las que en la crisis actual podrían percibirse bajo una luz distinta. La publicista Kathrin Hartmann (2020) nombró uno de estos absurdos del mercado mundial capitalista, que se hizo evidente con la crisis de las cadenas de suministro globales: aunque Alemania podría tener una autosuficiencia alimentaria en un 90%, el país es el tercer importador mundial de productos agrícolas y de alimentos. La razón es que la agricultura en Alemania está fuertemente orientada a la producción y exportación de carne y productos lácteos.

Además, se trata de esclarecer la conexión entre las diferentes dimensiones de la crisis: la pandemia del coronavirus se convirtió aún más en una crisis integral, porque ya en 2019 se vislumbraban graves problemas económicos; porque ya estaba en crisis la reproducción social de cada vez más personas concerniente a los ámbitos del cuidado y de la educación; porque ya existían fuertes tendencias autoritarias, y porque, a pesar de las experiencias con la crisis financiera y económica de hace una buena decena de años, la Unión Europea seguía aferrándose a las políticas de austeridad favoreciendo sobre todo a los ya acaudalados.

Sin embargo, la crisis del coronavirus también adquirió una dinámica específica por el hecho de que el modo de vida imperial había sido politizado, especialmente por el movimiento de justicia climática, y porque, por lo menos parcialmente, había surgido un debate sobre la urgente necesidad de aplicar políticas adecuadas como respuestas a la crisis climática. Esto se puso de manifiesto en las controversias en torno al Pacto Verde Europeo y al paquete de rescate europeo Next Generation EU, con su alta prioridad para los proyectos de política climática. Esto también se hizo evidente en el verano de 2020, cuando se debatió en la esfera pública la demanda de que los paquetes de rescate para las industrias aeronáutica y automovilística se vincularan con criterios sociales y ecológicos.

Promover iniciativas concretas

Esto me lleva a un segundo ámbito que, además del análisis crítico, es importante para la política orientada al bien común: el de las iniciativas políticas en pro de la creación y la consolidación del bien común que tengan en cuenta la dimensión global del mismo. Frente a las estructuras de poder económico y político existentes, además de lo profundamente arraigado que es el modo de producción y de vida imperial, se necesitarán múltiples propuestas e iniciativas para evitar que las decisiones venideras se tomen únicamente en interés de los ricos y los poderosos y para reforzar los elementos potenciales para una transformación socioecológica verdadera.

Robustecer el bien común forma parte del desarrollo de un modo de vida solidario global: en particular, tanto mediante la desmercantilización de la provisión de medios de vida como a través del despliegue de infraestructuras sociales y públicas en ámbitos como la sanidad, la asistencia social, la educación y la movilidad.

Como respuesta a la actual crisis, se han promovido en Alemania unas iniciativas de reforma, tales como: el aumento del subsidio por jornada reducida para los grupos con bajos ingresos; el aplazamiento en cuanto al pago de alquileres de vivienda; la prohibición de desahucios y de cortes de electricidad, y unos subsidios extraordinarios para el personal sanitario en situaciones laborales de riesgo —todo ello en el sentido de un "paraguas protector para el pueblo" (Institut für Gesellschaftsanalyse, 2020: 12 y ss.)—.

En la crisis del coronavirus se puso de manifiesto el estado actual real del sector sanitario, además de la situación de las infraestructuras públicas en general, y se elaboraron propuestas concretas de mejora. En el momento de redacción de este texto, con huelgas en los hospitales de Berlín, se estaban exigiendo unos salarios más elevados y mejoras de las condiciones laborales.

También hubo peticiones para vincular los paquetes de rescate de grandes empresas, como aerolíneas o compañías automovilísticas, al cumplimiento de condiciones sociales y ecológicas[28]. Algo que requiere de mucha creatividad política y de propuestas bien elaboradas que muestren el camino hacia el desmantelamiento de determinadas industrias de forma socialmente aceptable (Candeias, 2021; Dörre et al., 2020).

En vista de las relaciones de fuerza existentes y teniendo en cuenta las experiencias tras la crisis económica y financiera de 2008/2009, existe la amenaza de una política de austeridad que se intensifique significativamente. Desde el verano de 2020, muchos municipios se han planteado posponer las inversiones necesarias debido a las cargas económicas extraordinarias impuestas por la situación. Frente a ello, Attac Österreich (2020), por ejemplo, lanzó una campaña para pedir una "compensación de cargas del coronavirus", es decir, un mecanismo de solidaridad mediante el cual las fortunas de 5 millones de euros o más deberían tener un gravamen fiscal único del 10%; las fortunas de 100 millones de euros o más, del 30%; y las fortunas de 1.000 millones de euros o más uno, del 60%. Esto habría generado entre 70.000 y 80.000 millones de euros adicionales para las arcas del Estado, habría reducido la desigualdad y al menos, en cierta medida, habría estabilizado los mercados financieros (similar para Alemania: Hickel, 2020). Se trataba de una propuesta especialmente plausible para países como Alemania y Austria, caracterizados por una concentración de riqueza muy elevada.

Para concluir, quisiera volver a mi consideración inicial: la política progresista orientada al bien común es una política internacionalista, en el sentido de solidaridad que también defiende la mejora de las condiciones de vida de las personas en otros países y en otras regiones del mundo. A escala global, la crisis del coronavirus puso de manifiesto lo desigual que los seres humanos están siendo afectados por la policrisis. Tras siglos de desposesión colonial, ahora se ha aumentado enormemente el número de personas que viven en condiciones sumamente precarias cayendo rápidamente en la penuria existencial una vez que les falten los ingresos salariales. La salud no equivale simplemente a la ausencia de enfermedad, más bien implica una situación social que crea las

condiciones para una vida decente y libre de miedos y de preocupaciones materiales, sin que esto dependa únicamente de los ingresos propios. Especialmente en los países del Sur global, las infraestructuras públicas son aún más débiles que en el Norte global. Además, la condonación de la deuda externa y el abandono de las políticas de libre comercio son las condiciones previas indispensables para unos modelos de desarrollo más independientes.

Así pues, tras la pandemia, urgen iniciativas financieras y políticas que frenen los efectos negativos de la crisis del coronavirus en los países del Sur global. Además, y mucho más ahora, resulta preciso transformar el orden económico y político global, con el objetivo de garantizar unos derechos sociales otorgados a nivel planetario. Para ello, es necesario reconocer las diferentes experiencias de crisis, pero también el gran número de alternativas existentes[29].

Se trata, entre otras cosas, de posibles o ya incipientes alianzas entre actores progresistas de partidos políticos y movimientos sociales, sindicatos y asociaciones, personas progresistas en el mundo académico, en la Administración pública y en la gestión empresarial, con el fin de propulsar políticamente iniciativas progresistas. El grado de consolidación de un capitalismo del coronavirus, y sus secuelas nefastas, dependerá no solo de unos buenos análisis, sino también de buenas iniciativas y luchas que logren intervenir en los discursos sociales dominantes y subvertir las relaciones de poder.

Capítulo 4

En la trampa del crecimiento.

Los sindicatos y el cambio climático*[30]

Como demuestra el notable éxito de Fridays for Future, con mayor presión que nunca, el cambio climático se está abriendo paso en la agenda. Esto es urgentemente necesario, porque la ventana de oportunidad para evitar sus peores efectos se está cerrando rápidamente (IPCC, 2018). Sin embargo, el "cada vez más y cada vez más rápido", que dicta el aumento permanente de la productividad, sigue impidiendo una forma de producción y de vida ecológicamente compatible. Por lo tanto, hoy en día ya no es solo cuestión de una política medioambiental adecuada. Más bien, requiere que esté a la orden del día una organización completamente diferente de la economía, la política y la sociedad, la cual incluye el establecimiento de nuevas relaciones entre el ser humano y la naturaleza.

Hasta ahora, los sindicatos y el sector asalariado en general no han desempeñado un papel central en esta controversia. El debate tiende a centrarse más en los consumidores a los que hay que concienciar ecológicamente, en las políticas estatales y las empresas, igual que en las innovaciones o inversiones realizadas por el management en los sectores supuestamente "verdes" de la economía. Además, los sindicatos suelen ser vistos como fuerzas que más bien están frenando los avances en materia de política medioambiental y climática. Esta percepción queda ejemplificada en el informe de 420 páginas con el título La gran transformación —publicado por el Consejo Consultivo Científico para el Cambio Global (WBGU), un organismo de asesoramiento científico del Gobierno federal de Alemania creado en 1992—, el cual, durante varios años, ha sido objeto de un intenso debate. Allí se habla mucho de "pioneros del cambio", "gobernanza global" y "el papel rector del Estado". Los sindicatos, sin embargo, aparecen en todo el texto solo brevemente, y es justamente bajo el subtítulo "Fuerzas opositoras y de resistencia: grupos de presión y otros grupos de interés". Se critica, por ejemplo, que durante la crisis posterior a 2008 los representantes sindicales, junto con las federaciones

industriales, hicieran una campaña exitosa a favor del plan de primas por el desguace de automóviles privados antiguos (WBGU, 2011: 201f).

Es cierto que los sindicatos deberían adoptar una orientación socioecológica más firme. Sin embargo, los sindicatos industriales en particular se enfrentan aquí a un dilema[31]. Por un lado, muchos puestos de trabajo bien remunerados y con un fuerte poder de organización sindical —que juntos han posibilitado un alto nivel de prosperidad material— se encuentran especialmente en aquellas industrias que no son ecológicamente sostenibles. Al mismo tiempo, en ciertos sectores las perspectivas a medio plazo son más bien inciertas, y eso a pesar de la situación económica relativamente estable de Alemania. En primer lugar, está la industria automovilística, que emplea a más de 870.000 personas en Alemania, incluidos los proveedores. El IG Metall alemán (la Unión Industrial de Trabajadores del Metal) agrupa a casi medio millón de personas en este sector, una buena quinta parte de sus casi 2,3 millones de afiliados actuales. Dado que, en tiempos neoliberales como los actuales, el IG Metall —como todos los sindicatos agrupados en la Confederación de los Sindicatos Alemanes (DGB)— está sometido a presiones políticas, estas personas afiliadas son un apoyo decisivo para poder imponer sus reivindicaciones.

Otros sectores de la economía tendrían mayores probabilidades de beneficiarse de una reestructuración socioecológica. Por ejemplo, la ingeniería mecánica o la industria eléctrica, ambas también con un alto nivel de afiliación sindical.

Desde una perspectiva políticamente progresista, no puede haber ningún interés en debilitar aún más a los sindicatos. Al contrario, una tarea del siglo como la transformación socioecológica solo tendrá éxito si en ella participan también actores tan relevantes como los sindicatos. Inversamente, esto significa que las tareas socioecológicas deben convertirse en preocupaciones centrales de ellos, pues la crisis ecológica tiene una dimensión de clase (global): los ricos pueden protegerse mejor de los efectos del cambio climático y otros cambios medioambientales, mientras que las clases bajas ya están experimentando sus consecuencias de forma más directa (Wissen y Brand, 2019).

Inquietud política: ¿qué habrá OCURRIDO en 2030?

Lo que motiva estas reflexiones es una especie de inquietud histórica. Existe una narrativa dominante acerca de cómo han sido abordados los problemas medioambientales en los debates sindicales[32]. Esta reza más o menos así: ya en la década de 1970 se discutieron cuestiones medioambientales en los lugares de trabajo y en los sindicatos, pero pasaron a un segundo plano debido a la crisis económica mundial de 1974, el inicio del desempleo masivo y las estrategias neoliberales, incluyendo el comienzo del desmantelamiento de los sistemas de seguridad social públicos.

La segunda mitad de la década de 1980 se percibe de forma similar. Tras el accidente del reactor de Chernóbil en 1986, se produjo un cambio gradual de postura en los sindicatos, que hasta entonces se habían mostrado mayoritariamente favorables a la energía nuclear. También se prestó más atención a los peligros para el medioambiente y la salud, por ejemplo, las sustancias y los materiales tóxicos en la producción. Sin embargo, la situación cambió otra vez con la unificación alemana y sus problemas, la creciente orientación de las empresas hacia los beneficios de los accionistas y la deslocalización de áreas de producción a otros países. Entonces la protección de los puestos de trabajo y las cuestiones salariales volvieron a ocupar un lugar destacado; y los años noventa fueron una “década perdida” en términos de política laboral y medioambiental (Pickshaus y Waclawczyk, 2019).

A partir de finales de los noventa, los sindicatos retomaron las cuestiones ecológicas y consiguieron, por ejemplo, que la protección del medioambiente en el lugar de trabajo quedara consagrada en la Ley alemana de comités de empresa. Sin embargo, la crisis económica de 2007/2008 hizo que los sindicatos volvieran otra vez a su “cometido social original”.

Desde hace algunos años, las cuestiones socioecológicas están recibiendo de nuevo una mayor atención, por ejemplo, a raíz del

escándalo de emisiones contaminantes de la empresa automovilística Volkswagen y los debates sobre la crisis climática y la electromovilidad, además de la aprobación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU en 2015. Ahora bien, la pregunta que causa mi inquietud política frente al futuro es la siguiente: ¿qué pasaría si la narrativa sindical, esbozada hasta ahora, dijera en el año 2030 que —frente a las inciertas perspectivas del proceso de reestructuración, así como a la crisis a partir de mediados de la década de 2020— los sindicatos han retornado de nuevo a su "misión social fundamental", es decir, a la defensa de los puestos de trabajo y la representación de intereses en el sentido estricto?

Con esta inquietud como trasfondo, me gustaría contribuir a unos intercambios que, desde una perspectiva decididamente socioecológica, tienen como objetivo contrarrestar a esta debilidad estructural de los sindicatos. Hans-Jürgen Urban, miembro del comité ejecutivo del IG Metall y uno de los estrategas sindicales de izquierdas más importantes en el ámbito alemán, caracteriza esta debilidad de la siguiente manera: "Lo que todavía no existe es una comprensión analítica de las dimensiones de la problemática ecológica y una estrategia correspondiente (también) por parte de los sindicatos"[33].

Ecología del trabajo

En los sindicatos y en el mundo de las empresas en general existe actualmente cierta conciencia hacia los problemas ecológicos, incluyendo los aspectos sociales relacionados con ellos. Al menos entre sus partes con mayor sensibilidad socioecológica, parece cada vez más posible llegar a un consenso de que se trata de "encontrar, y de consolidar, una vía de desarrollo eficiente en recursos y neutra en gases de efecto invernadero que permita a la creciente población mundial tener un buen vivir y una distribución más justa de las ganancias de prosperidad", según el vicepresidente del IG Metall, Wolfgang Lemb. Una transformación de la sociedad industrial capitalista debe ser socialmente justa, es decir, no debe hacerse a costa de quienes, ya de por sí, sufren penurias materiales e inseguridad laboral. Sin embargo, esto conduce a objetivos contradictorios, como demuestra la siguiente declaración de Lemb: "Para el IG Metall, los puestos de trabajo estables y las buenas condiciones laborales garantizadas por convenios colectivos son, por tanto, el centro de una buena política industrial" (Lemb, 2019: 74 y 77). Es decir, el conflicto anteriormente esbozado se resolvería, por el momento, priorizando la garantía de los puestos de trabajo. Sin embargo, frente a los retos de una tan necesaria política ecológica y climática efectiva, esto no es suficiente.

Por todo ello, resulta realmente positivo e interesante que en el mundo sindical se esté debatiendo sobre el concepto de ecología del trabajo. Ella abarca "aspectos laborales y empresariales, pero también aquellos aspectos de la utilización y regeneración del trabajo humano que atañen a la reproducción social y a la relación con la naturaleza"; además, incluye las estrategias para un "buen trabajo" (remunerado) y se sitúa en el contexto de una estrategia de reestructuración socioecológica (Schröder y Urban, 2019; Müller et al., 2018: 15). Según el diagnóstico correcto, tanto los ciclos de materiales de la naturaleza como la fuerza de trabajo humana están más que nunca sobrecargados y sobreexplotados, lo que pone en

peligro la reproducción de la fuerza de trabajo y de la naturaleza y, por tanto, el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. El objetivo es, por consiguiente, en primer lugar, "ecologizar la producción, el consumo y la distribución"; en segundo lugar, establecer "un nuevo régimen de distribución de la renta, la riqueza y las oportunidades de existencia social", y en tercer lugar, democratizar "las decisiones y las estructuras económicas" (Müller et al., 2018: 30). Esto requiere amplias alianzas que puedan hacer frente a los conflictos y también sobrellevarlos Wissen y Brand (2019).

Estos importantes impulsos provenientes del debate sobre una ecología del trabajo señalan, al mismo tiempo, algunos problemas inherentes al debate progresista relacionado con las cuestiones socioecológicas: en primer lugar, las perspectivas políticas tienden a estrecharse hacia una "modernización ecológica", por lo que no responden adecuadamente a las exigencias sociales y, sobre todo, ecológicas reales de transformación. En segundo lugar, los sindicatos siguen aferrados a la orientación exportadora del tradicional modelo de producción alemán; en consecuencia, apenas ponen en tela de juicio la priorización absoluta del aumento de eficiencia y el imperativo de la competitividad internacional. En tercer lugar, las perspectivas políticas sindicales, formuladas con intenciones transformadoras, se quedan claramente cortas respecto a los importantes resultados frutos de unos debates que critican el crecimiento económico como tal. Y en cuarto lugar, según mi percepción, sugiero firmemente que los sindicatos —partiendo del análisis de la situación actual y asumiendo de verdad las contradicciones que los caracterizan como "descendientes del capitalismo industrial"— se conviertan cada vez más en intelectuales orgánicos de un buen vivir para las personas dependientes de los salarios[34].

Para los cuatro puntos mencionados, que trataré con más detalle a continuación, se aplica una consideración básica: como respuesta a exigencias socioecológicas más radicales, a menudo se escucha en los sindicatos que estas podrían alejar a una parte considerable de la propia membresía afiliada, lo que a su vez conduciría a su debilitamiento como organizaciones. Sin embargo, se podría argumentar, a la inversa, que muchas personas de la clase

trabajadora ciertamente ya han desarrollado una conciencia acerca de la actual crisis y de la necesidad de cambios fundamentales, y que este grado de sensibilización supera con creces al que le suelen atribuir los mismos líderes sindicales. Además, si los sindicatos elaboraran y pugnasen por unas posiciones socioecológicamente creíbles y verdaderamente acordes con los problemas acuciantes existentes, ellos mismos aumentarían su propia capacidad para formar alianzas y su visibilidad en la sociedad en general, acrecentando así su influencia en ella.

Consecuentemente, a los sindicatos, por idiosincrasia, les debería interesar alejarse de una idea demasiado estática acerca de lo que son los intereses de todas las personas que se han unido a sus filas. Por el contrario, estos intereses son dinámicos y pueden modificarse a través de procesos de aprendizaje y de espacios para nuevas experiencias. Resultando que esta reorientación también requeriría la voluntad de renunciar a cierto control interno jerarquizado y, obviamente, de participar en un proceso abierto, lo que siempre supone un cierto reto para las organizaciones.

Más allá de la modernización

ecológico-capitalista

El primer problema de la política progresista es que los sindicatos siguen muy apegados a la estrategia de "modernización ecológica"[35]. Así lo demuestran claramente las posiciones del IG Metall, que aboga por seguir aumentando la eficiencia de los motores de combustión interna y la paralela expansión de la movilidad eléctrica. Sin embargo, los coches eléctricos tampoco son sostenibles, además de que requieren mucha energía y recursos, necesitan infraestructuras en forma de carreteras y, por lo tanto, no ofrecen una respuesta a la crisis climática y tampoco una solución para la escasez de suelo urbano (Hartung, 2018; Kerkow et al., 2012).

Sin embargo, toda esta problemática también se refleja en el diagnóstico central: por un lado, es encomiable que los sindicatos se estén dedicando al tema de la crisis climática; por otro lado, existe una dimensión importante para la producción industrial que ellos infravaloran, es decir, la cuestión de las materias primas. Estas se cubren casi todas por importaciones; existe una enorme presión de costes sobre los productores de materias primas, y bastantes veces su extracción va acompañada de considerables conflictos debido a la justificada resistencia de la población local afectada, a la que se le priva de sus medios de subsistencia, tales como el agua potable o las tierras fértiles. Esta reproducción biofísica de la naturaleza ha sido hasta ahora una "'tierra incógnita' para una política que defiende los intereses sindicales", como señala acertadamente Hans-Jürgen Urban (2018: 339). Los sindicatos prestan muy poca atención a los insumos materiales que requiere el modelo de producción alemán, sean los internos, o sean, sobre todo, los internacionales (Umweltbundesamt, 2016). Si tuvieran más en cuenta esta circunstancia, tendrían que llegar a la conclusión de que la fabricación industrial —pero también la actividad en sectores

industriales de servicios como los vuelos— debe reducirse considerablemente.

No obstante, estas reflexiones apenas encuentran eco en el mundo sindical. Wolfgang Lemb, por ejemplo, sostiene que para alcanzar el objetivo que de aquí a 2050 se reduzcan las emisiones de CO2 en un 80%, sería necesario equipar el 90% de la industria alemana con tecnologías de eficiencia y mover eléctricamente dos tercios de los turismos existentes, es decir, 26 millones[36]. Aparte de que la denominación tecnologías de eficiencia resulta bastante poco específico, la propulsión eléctrica no bastará desde luego para reducir no solo las emisiones, como tampoco el consumo de materias primas. Al fin y al cabo, se requerirán más materias primas para las nuevas líneas de fabricación, igual que para el mantenimiento de las infraestructuras existentes. Por tanto, es ecológicamente imperativo disminuir drásticamente los insumos biofísicos.

¿Cómo será posible convertir

al campeón de las exportaciones

en campeón socioecológico?

En segundo lugar, las economías altamente internacionalizadas como la alemana dependen esencialmente tanto de la afluencia permanente de materias primas como de mercados de venta estables en el exterior. Sin embargo, los sindicatos no abordan suficientemente estas interdependencias internacionales, y menos sus implicaciones ecológicas. Es cierto que reclaman una "sostenibilidad competitiva en el sentido de una regulación política del proceso de transformación, la que no ignore los condicionantes económicos manifiestos, es decir, las coacciones del mercado y la presión de la competencia, pero que haga valer frente a aquellas las necesidades del trabajo, de la sociedad y de la naturaleza" (Urban, 2018: 337). Ahora bien, ¿qué significa esto a escala internacional y en relación con las regiones menos competitivas? ¿Cómo se tiene en cuenta analítica y políticamente el hecho de que las cadenas de valor son a menudo "cadenas de destrucción de valor"? (según el sociólogo alemán Stephan Lessenich).

Los sindicatos también reclaman unas condiciones marco reguladoras dentro de Alemania que "conduzcan a un régimen competitivo de índole transformadora y eviten la competencia salvaje" (Lemb, 2019: 79). Pero también a escala internacional, las empresas de los países con altas cuotas de exportación se imponen sobre las empresas e industrias de otros lugares. Y el modelo exportador alemán se orienta casi exclusivamente hacia la producción industrial. Así, por ejemplo, entre 2002 y 2016 solo la industria del automóvil aumentó su participación en el valor añadido bruto de la industria manufacturera alemana del 13% al 18%. Mientras que la fabricación de vehículos aún representaba un 16% de las exportaciones totales en 1993, su cuota aumentó al 22%

en 2016[37].

En este contexto, otro supuesto poco cuestionado se convierte en un problema. Hablo de la falsa certeza de que los procesos de producción y distribución sean de por sí "eficientes" y que la solución para los problemas ecológicos yazca en las "tecnologías eficientes". Desde una perspectiva ecológica, esto tiene una trampa que consiste en lo siguiente: aunque sea verdad que el aumento de la eficiencia tienda a reducir los costes de producción y a abaratar los productos finales, los ingresos liberados se destinan entonces a un consumo adicional. Se trata aquí del típico efecto "rebote" perjudicial para el clima[38].

Algo similar puede observarse en relación con la división espacial y funcional del trabajo: la especialización industrial y la tendencia a la deslocalización son, en efecto, "eficientes" porque generan ventajas comparativas de costes. Sin embargo, el valor agregado generado por ellas es convertido en producción adicional. Por esta razón, una economía más compatible con el medioambiente debería acortar considerablemente las cadenas de valor y controlarlas socialmente. El reto, por tanto, consiste en lograr que los aumentos de la eficiencia no vayan acompañados por un incremento material, pero sí permitan efectos redistributivos. Hasta ahora, sin embargo, la competencia en innovación ha funcionado más bien como impulsora del crecimiento. Esto tiene otra consecuencia: "Si la responsabilidad de todas las consecuencias del proceso en tu totalidad se distribuye entre un número suficientemente grande de competencias parciales, queda, por así decirlo, extinguida" (Paech, 2016: 136).

El crecimiento: el punto álgido

de una economía socioecológica

En tercer lugar, la inmensa mayoría de los ámbitos sindicales sensibles a las problemáticas socioecológicas abogan por un "crecimiento sostenible"[39] y por la "relegitimación del crecimiento económico en el marco de un nuevo modelo de desarrollo" y, por tanto, por un "crecimiento lento, cualitativo, selectivo y democrático"[40]. Hans-Jürgen Urban incluso declara que la cuestión del crecimiento es la "cuestión de Gretchen", es decir, la cuestión política crucial de los sindicatos. Esto también refleja la falta de complejidad analítica y estratégica que caracteriza a los debates entre las filas sindicales.

Elmar Altvater ha señalado varias veces que la cuestión del crecimiento capitalista tiene que ver con la conexión entre el beneficio, la rentabilidad y el rendimiento, por un lado, y la utilización de combustibles fósiles, por otro (Altvater, 2005: 99). Y es precisamente esta conexión la que los sindicalistas con visión socioecológica deben considerar de forma crítica. Hoy en día, en vista de los cada vez más acuciantes problemas ecológicos, pero también teniendo en cuenta el descenso de las tasas de crecimiento en Occidente, podemos argüir que nada resulta menos imprescindible que un cuestionamiento fundamental del imperativo del crecimiento capitalista.

Por lo tanto, les toca ahora a los sindicatos retomar con más ahínco los impulsos del debate crítico sobre el crecimiento, en vez de denunciarlo como una estrategia de "austeridad ecológica" (Dörre y Becker, 2018: 49). Pues el movimiento en pro del decrecimiento "problematiza en su núcleo la lógica de escalación inherente a las sociedades del Norte global"[41], de la que los sindicatos ciertamente forman parte.

Desde una perspectiva socioecológica, en cambio, se trata de la calidad social y ambientalmente compatible de la producción, la distribución y el consumo. Que la economía nacional crezca en el proceso es una cuestión secundaria. Más importantes son, por ejemplo, la ampliación de los servicios de interés general, la reducción de la agricultura industrial y un proceso en que la sociedad se libere a medio plazo de la movilidad motorizada, por ejemplo, mediante la reducción de la "movilidad obligada" cotidiana y el cambio al transporte público. Al principio, esto conduce a grandes inversiones, las que a su vez producen crecimiento, pero después a una estabilización y reducción de las actividades económicas.

Lo que se aspira desde la perspectiva del decrecimiento es un modelo de bienestar y de prosperidad que satisfaga las necesidades individuales y colectivas de forma social y ecológicamente compatible, es decir, no a costa de los demás y de la naturaleza. Esto supone un gran reto, ya que existen necesidades muy diferentes. Por lo tanto, además de la redistribución, la cuestión principal es cómo se produce la riqueza. Una crítica del imperativo del crecimiento bien elaborada se ocuparía, en consecuencia, tanto de la disposición sobre los medios de producción como del carácter y del diseño de las inversiones: la propiedad comunitaria es una condición necesaria para reducir la dependencia del crecimiento impulsado por el capitalismo[42].

Para los sindicatos, esta crítica del crecimiento también podría resultar enriquecedora porque en las negociaciones colectivas se abre más la disyuntiva entre "más tiempo o más dinero". En los grupos salariales medios y altos la respuesta está clara: quieren una reducción del tiempo de trabajo. El IG Metall lo ha anclado firmemente en su actual convenio colectivo, lo que abre una importante ventana de cara al futuro. No solamente unos ingresos más altos tienden a conducir a un mayor consumo, sino que una política de tiempo de trabajo solidaria estará de todos modos a la orden del día debido al imperativo de empezar a reducir la producción industrial en sectores como la industria del automóvil; y también tiene sentido para las empresas que se enfrentan a una escasez de personal cualificado. El IG Metall se inscribe así en una tradición progresista: ya hace 40 años, el periódico sindical Die

Mitbestimmung decía:

El trabajo debe tener sentido y sus resultados deben satisfacer las necesidades humanas. No siempre es así. Mientras que ciertos productos son en sí cuestionables, peligrosos y sin sentido, otros productos, a partir de cierto volumen de producción (por ejemplo, los automóviles), alcanzan unos límites críticos. Cambiar a productos socialmente útiles, lo que se denomina conversión de productos, es una respuesta parcial necesaria a la crisis ecológica y social y a las áreas problemáticas relacionadas a ella (Hildebrandt y Spitzley, 1982).

Por tanto, "¿cómo lo llevas con el crecimiento?" es una pregunta equivocada. Hay otras dos preguntas más importantes. La primera es: "¿Cómo lo llevas con las relaciones sociales con la naturaleza?", es decir, con las condiciones previas biofísicas y las consecuencias concretas del modo de producción, de vida y de trabajo. La segunda recuerda el internacionalismo del movimiento obrero: "¿Y cómo lo llevas con una sociedad solidaria?", es decir, con el compromiso de que emerja una sociedad (mundial) en la que todas las personas puedan vivir de forma suficiente, socialmente segura y con sentido, pero no a expensas del resto de los seres humanos y de la naturaleza. Este enfoque crítico con el capitalismo y con la dominación política que lo sustenta abre un margen de reflexión y acción sobre cuestiones de reconversión industrial y, por ende, de política estructural (Grabietz y Klein, 2019; Burmeister, 2018). Con tales consideraciones estratégicas, los sindicatos volverían a ser parte activa en los debates sobre el futuro. También plantearían la cuestión de qué industrias y servicios se quieren y necesitan como socialmente necesarias y ecológicamente sostenibles en el futuro. Los sindicatos no deberían permitir que sean las personas gestoras y propietarias de las empresas las únicas que den una respuesta a estas preguntas.

¿Sindicatos por el futuro?

En cuarto lugar, lo que prevalece actualmente dentro de los sindicatos es un interés más corporativista por el mantenimiento del statu quo, a menudo bajo la forma de cogestión. En sus debates, abundan las referencias generales a "los" supuestos intereses en la conservación de ingresos y empleo del conjunto de personas asalariadas. Las cuestiones relativas a los márgenes de maniobra individuales y sociales tienden a reducirse a la capacidad de negociación, las condiciones de trabajo y los ingresos; apenas se ponen en tela de juicio las relaciones de dominio en el interior de las empresas y el disciplinamiento social, más bien parece que estos hayan sido completamente asimilados. Así, los sindicatos se enfrentan con la amenaza de que ellos mismos abandonen del todo una perspectiva más amplia de participación o incluso de emancipación. Esto tiene consecuencias dramáticas. Pues una transformación socioecológica debe concebirse y diseñarse como un proyecto en el que se sondean y se reflejan los intereses tanto sociales como individuales (Grabietz y Klein, 2019).

¿Y quién sería más adecuado para ello que los sindicatos? Aparte de la representación directa de intereses, las personas activas en sus filas son, al fin y al cabo, también "intelectuales orgánicos" en el sentido de Antonio Gramsci. Particularmente en tiempos confusos como los de ahora, son capaces de ofrecer orientación, ayudando a procesar demandas y experiencias que pueden ser contradictorias entre sí. Parece que en ámbitos relevantes del mundo de las empresas ya existe una pronunciada conciencia de la crisis actual y de los cambios que se precisan para enfrentarla. Por tanto, el activismo sindical comprometido podría politizar las promesas sociales e individuales de libertad incumplidas, las cuales, en su mayoría, se ahogan en el sometimiento y el consumismo. De este modo podría reforzarse la autoconfianza colectiva de las personas asalariadas.

Ahora bien, si esto no se consigue, los sindicatos se quedarían estancados en el modo de funcionamiento que se limita a la mera representación, corriendo el riesgo de que, de forma unilateral o incluso excluyente, hagan hincapié en los supuestos "intereses" consistentes únicamente en la conservación de los empleos. Frente a este posible panorama, la izquierda sindical también debería plantearse abiertamente la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto los sindicatos y sus altos cargos están implicados en, y demasiado comprometidos con, el actual marco institucional que les confiere poder? ¿Están demasiado cerca de los intereses de sus socios negociadores en las direcciones empresariales, las que, por ejemplo, en la industria del automóvil quieren a toda costa seguir con el rentable motor de combustión interna? ¿Están subestimando el potencial de conciencia existente en la actual fuerza obrera que ya desde hace tiempo está abierta a alternativas verdaderas?

En cualquier caso, un punto ciego de los sindicatos es que no interrelacionan el modo de vida y el modo de producción. Sin esta visión global, apenas será posible pensar en perspectivas socioecológicas viables, siendo ello fundamental para dar una orientación socioecológica a la demanda, frecuentemente expresada, de una ampliación de la codeterminación en las empresas o incluso de una democracia económica real. De lo contrario, no está en absoluto garantizado que una mayor participación conduzca también a la necesaria reducción del consumo de naturaleza.

Por ello, los sindicatos deberían, al menos, acompañar abiertamente los cambios culturales existentes y futuros. Podrían apoyar el movimiento de huelga climática como "Sindicatos por el futuro". También podrían hacer hincapié en que las nuevas carreteras generan más tráfico rodado y, obviamente, no solo son desastrosas desde el punto de vista de la política climática, sino que también suponen más contaminación acústica y atmosférica para los residentes, a menudo personas asalariadas. Así pues, los sindicatos ganarían credibilidad si apoyaran las necesarias prohibiciones de circulación en las ciudades o también los domingos sin coches, y con ello la protección de la salud y la calidad de vida. Esto no iría dirigido principalmente contra los intereses del colectivo obrero en la industria automovilística, sino que reforzaría la demanda de una

reestructuración del sector del automóvil políticamente bien flanqueada.

Por tanto, los sindicatos deberían tomarse más en serio las reivindicaciones socioecológicas, y así podrían ganar credibilidad social y poder social al mismo tiempo. El capitalismo nunca se ha centrado en las necesidades de las personas, sino en los beneficios. Siempre ha habido que arrancar al capital unas condiciones de vida dignas y decentes. Esto se agrava en tiempos de crisis ecológica, causada esencialmente por el paradigma del crecimiento capitalista: hay que luchar por un giro socioecológico contra el capital y los políticos que lo apoyan. Para ello es fundamental politizar cuestiones como la reducción de la jornada laboral o una mayor orientación de la producción hacia el valor de uso, por ejemplo, en forma de un sector público fuerte. Aquí es donde podrían confluir los movimientos por el clima, el movimiento por el decrecimiento y el movimiento obrero.

Para que esto tenga éxito —y en esto tienen razón las críticas que los sindicatos hacen a muchos movimientos sociales—, los movimientos ecologistas también deberían comprometerse con las realidades de existencia y las opiniones de las personas asalariadas, y de sus familias, en los sectores del carbón, del acero, de la química o de la automoción. Solo esto sentaría las bases para luchar juntos por una transformación radical del modo de producción y de vida. Y solo así se garantizará una vida digna, la participación política y la preservación de las bases naturales de la vida de las que dependemos todas y todos.

Capítulo 5

¿El ecosocialismo como proyecto de transformación? Reformismo radical, decrecimiento y democracia*[43]

Explorar nuevas perspectivas emancipadoras

Tras los tiempos políticamente difíciles de la década de 1990 —en la que la tesis del "fin de la historia" de Francis Fukuyama (1994) y el eslogan político "No hay alternativa" se convirtieron en conceptos rectores ampliamente aceptados—, en los últimos años se ha producido un renacimiento del pensamiento y la acción que apuntan más allá de las condiciones capitalistas. Por un lado, a partir del cambio de siglo, emergió el movimiento crítico con la globalización, un actor heterogéneo que unió la crítica radical del capitalismo con la perspectiva práctica de abordar su superación, actuando simultáneamente en muchos lugares y en distintos ámbitos de la sociedad. Por otro lado, a raíz de las crisis económica y financiera a partir de 2007/2008 y el empobrecimiento de muchas personas que conllevaron, se hicieron más fuertes las voces críticas con la crisis y la inestabilidad de las dinámicas del crecimiento y de la acumulación capitalistas, que expropian y depredan cada vez más a las sociedades y el entorno natural. Por lo tanto, el momento parece propicio para reflexionar otra vez, más intensamente, sobre modelos sociales alternativos.

Compartimos la pretensión de Klaus Dörre de "sondear qué ideas son adecuadas para una perspectiva neosocialista" (2019b: 18)[44], aunque no consideramos que el término socialismo en sí sea central[45]. Más bien, queremos poner en primer plano nuestra intención de formular perspectivas poscapitalistas viables que abordan las múltiples dimensiones de la crisis y de cómo ha sido experimentada. Klaus Dörre elabora sus tesis sobre el neosocialismo sobre el trasfondo particular de lo que él denomina la "crisis-tenaza ecológica y económica" (ibid: 21)[46]. Sostiene que "el medio más importante que existe hasta ahora para superar las crisis económicas —la generación de crecimiento económico— se está convirtiendo cada vez más en destrucción ecológica, así como en crecimiento socialmente destructivo" (ibid: 22). En consecuencia, "las legitimaciones que el tipo de crecimiento basado en la energía

fósil pueda aducir de cara a la sociedad civil [se vuelven] cada vez más frágiles" (ibid.).

Ahora bien, en Dörre los aspectos específicos de la crisis ecológica siguen siendo poco claros (aunque aparecen con más detalles en Dörre, 2019a); además, en sus propuestas políticas, particularmente en sus cinco "proyectos centrales" (Kernprojekte), los aspectos ecológicos no desempeñan un papel sistemático. A lo sumo se insinúan, por ejemplo, cuando se trata de "romper con el consumismo superfluo" (ibid: 25).

Sin embargo, hacer frente a la crisis ecológica debe ser un componente central de todos los diseños de alternativas, sean estas poscapitalistas o también neosocialistas. En nuestra opinión, existe una apasionante vertiente de discusión que se ignora en gran medida en la argumentación de Dörre —igual que en aquellos debates sindicales que resultan relevantes para las perspectivas críticas al capitalismo—, pero que proporciona importantes estímulos para unas perspectivas neosocialistas que toman en serio la emergencia ecológica: se trata de los recientes debates sobre la transformación socioecológica.

Primeramente, se abordarán aquí justamente estos debates y, particularmente, sus aportaciones crítico-emancipadoras. Segundo, nos parece muy relevante la perspectiva política formulada por Dörre, porque esta se centra primordialmente en la necesaria transformación —y también democratización— de las instituciones, en los individuos impulsores del cambio y en los principios correspondientes, entre ellos los derechos a una vida buena y a una igualdad sustancial. Sin embargo, lo que según nuestra opinión se subestima en Dörre es la importancia de modificar los hábitos sociales, las "normalidades" sociales existentes y los imaginarios colectivos. Aquí nos referimos, entre otros, al concepto de los proyectos iniciales (Einstiegsprojekte), desarrollado en el entorno de la Fundación Rosa Luxemburgo. En tercer lugar, y relacionado con lo dicho hasta ahora, tendría sentido un examen más preciso de los mecanismos concretos del crecimiento impulsado por el capitalismo y de sus efectos. Es lo que Dörre trata demasiado superficialmente con su mención de una supuesta necesidad de un crecimiento del 1%. Con este telón de fondo, abogamos finalmente

por una comprensión más procedimental de las estrategias ecosocialistas, los conflictos y los desarrollos generalizables, y en contra de un concepto de neosocialismo, el cual nos parece semánticamente demasiado modélico y rígido[47].

Los debates sobre la transformación socioecológica, ¿en pro de la emancipaciÓn

o ciegos frente al poder?

En septiembre de 2015, la Asamblea General de la ONU adoptó 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) como parte de la Agenda 2030. Lo que pretende no es poco: "Transformar nuestro mundo". El trasfondo de estos objetivos parece ser la sensación entre las élites políticas globales de que los mecanismos clásicos del mercado mundial capitalista y la política imperial están funcionando menos que en el pasado: las crisis, con sus efectos más negativos, tienden a trasladarse —y a externalizarse— tanto a otras regiones como al futuro, lo que se puede observar de forma destacada en el caso del cambio climático o la energía nuclear[48].

Estos ODS, con sus proyecciones de largo alcance, son solo los más destacados entre muchos. Trátese de la transformación socioecológica, la transformación social o la gran transformación (aludiendo conscientemente a la descripción, hecha por Karl Polanyi, de la transición al capitalismo industrial), la "transformación" parece haberse convertido en un término paraguas (véase con más detalle el capítulo 1 de este libro).

Los debates actuales sobre la transformación socioecológica parecen cumplir una función similar a aquellos sobre el desarrollo sostenible en la década de 1990: la crisis ecológica se sitúa en un contexto más amplio y se amplían significativamente las competencias políticas, incluyendo aparatos especializados —como los ministerios de medioambiente y sus respectivas entidades de ejecución—, los departamentos especializados de las empresas y las organizaciones no gubernamentales pertinentes.

En esta constelación, el concepto de transformación apunta, entre otras cosas, a un disenso en el seno de las élites, en las que algunas

partes de estas aparentemente reconocen que las orientaciones neoliberales van por mal camino. Esto abre una ventana de posibles negociaciones, al menos en lo que respecta al cambio climático y la crisis ecológica, sobre la necesidad de un giro radical y sobre posibles medidas políticas que vayan más allá de la corriente hegemónica de la política climática. Por último, el término permite señalar los límites de la perspectiva política medioambiental todavía dominante, la cual se centra en una modernización ecológica del capitalismo. Desde hace varios años, esta perspectiva se condensa, de forma destacada, en el concepto de economía verde (PNUMA, 2011; crítica en Brand, 2013a), depositando una gran confianza en las instituciones políticas, económicas y culturales existentes. A través del concepto de transformación, ahora es posible aclarar el alcance de los cambios necesarios que no pueden lograrse únicamente con el principio "todo un poco más ecológico".

El concepto implica también un desafío fructífero para la perspectiva que la izquierda clásica ha mantenido acerca de las crisis, la cual, más bien, toma como referencia el paradigma keynesiano de crecimiento y distribución, devaluando otras dimensiones. Además, abre la posibilidad de que el compromiso ecologista tradicional se amplíe por las cuestiones de distribución y de justicia, y vincule de este modo la ecología con la justicia social. El término es importante desde una perspectiva emancipadora y crítica del capitalismo, porque insiste en alternativas necesarias que, además, ya están emergiendo. Como profundizaremos más adelante, el concepto actual de transformación, en este sentido, no solo contiene enfoques analíticos, sino también político-estratégicos. Se basa en el consenso de que las sociedades existentes deben cambiar desde sus fundamentos. Esto no es tarea fácil viendo los tiempos de crisis y de dinámicas impredecibles que corren y cómo particularmente las élites —pero también, por ejemplo, la mano de obra privilegiada de las industrias con altos salarios— se inclinan hacia unas políticas de defensa del statu quo y de la preservación de sus posiciones de privilegio.

El debate se caracteriza por una gran falta de claridad. Se abre el interrogante sobre el significado y el alcance exactos de la transformación social, socioecológica o la gran transformación que vaya más allá de un vago denominador común. Como suele ocurrir

con los términos nuevos poco concisos, la dinámica del término surge justamente de su enfoque impreciso y permite enlazar con discursos bastante heterogéneos. Muchos actores se refieren al término para situar sus objetivos bajo esta perspectiva, aunque, tras un examen más minucioso, se revelan fuertes diferencias y a veces incluso posiciones opuestas. Esto concierne, por ejemplo, a la evaluación de los problemas esenciales que hay que tratar: en muchas contribuciones al debate sobre la transformación se hace hincapié en los problemas y la crisis ecológicos, mientras que apenas se mencionan, o no se mencionan en absoluto, los procesos de crisis económica y financiera o la crisis de la democracia. Asimismo, varían las valoraciones en cuanto a las causas y las dinámicas de crisis en estos últimos ámbitos, igual que en cuanto al papel que ejercen —y la responsabilidad que tienen para la emergencia y la gestión de las crisis— tanto las empresas capitalistas privadas y el Estado como el modo de producción y de vida. Algunos enfoques dan preferencia a las estrategias de abajo hacia arriba o bottom-up, mientras que otros se centran en el liderazgo político por parte del Estado y de las instituciones políticas internacionales, en el cambio de valores hacia la sostenibilidad que supuestamente ya se está produciendo, al igual que en el papel de las empresas o en el cambio tecnológico.

Esto apunta a una tensión constitutiva inherente a la mayoría de los usos del término. Un diagnóstico radical, especialmente en lo que respecta a los problemas ecológicos, suele ir acompañado de ideas más bien modestas sobre cómo abordarlos. A primera vista, esto resulta sorprendente, ya que la comprensión de situaciones de crisis y problemas socioecológicos profundos debería, después de todo, conducir a perspectivas de cambio de gran alcance, especialmente en lo concerniente a la eliminación de las causas.

Ahora bien, existe una razón para dicha tensión: en la corriente principal de la discusión sobre la transformación, parece haber una especie de “sobrecarga político-estratégica” que incentiva el debate, al mismo tiempo que corre el riesgo de subestimar las causas profundamente arraigadas de los problemas y las crisis (cf. más recientemente, Schneidewind, 2018). Parece que en gran parte persiste —aunque mayormente de manera implícita— la perspectiva de que, dadas las relaciones de poder y las instituciones

existentes, los cambios deben originarse desde esas últimas. Algo que no es erróneo, aunque lo consideramos políticamente insuficiente. En resumen, debido a determinadas formas de reduccionismo, el debate dominante corre el riesgo —quizás incluso en contra de su propio interés— de contribuir, en el mejor de los casos, a una modernización ecológica parcial del capitalismo (véase el capítulo 2 de este libro sobre la economía verde y el capitalismo verde; cf. También Brand y Wissen, 2013b).

Por un lado, la mayoría de las contribuciones a la controversia sobre la transformación pueden describirse como radicales en su diagnóstico de la crisis ecológica, apuntando normativamente a un cambio de gran alcance; pero, por otro lado, se caracterizan por la falta de análisis de las estructuras de poder y dominio, mostrando poca comprensión de la dinámica de la crisis político-económica (cf. Brand, 2016, sobre el la denominación nueva ortodoxia crítica).

Por lo tanto, para actualizar o perfilar mejor el concepto de neosocialismo, proponemos referirnos explícitamente a las contribuciones crítico-emancipadoras dentro del debate sobre la transformación socioecológica. Ellas combinan ambas cosas: por un lado, el análisis sistemático de los desarrollos predominantes y sus dinámicas de transformación inherentes, incluyendo aquellas que obstaculizan la emergencia de alternativas; y, por otro lado, también los enfoques que apuntan a otras formas de socialización más solidarias y no destructivas que habría que promover a partir de crisis, contradicciones y luchas.

En este sentido, la investigación del enfoque crítico-emancipador sobre la trasnformación, llevada a cabo en el ámbito de la lengua alemana, se apoya, en gran medida, en el concepto de “doble transformación” propuesto por Dieter Klein (2013). En la tradición de la realpolitik revolucionaria de Rosa Luxemburgo o del reformismo radical de Joachim Hirsch (Hirsch, 1990; visión general de Roth, 2018), este concepto vincula las actuales iniciativas de reforma progresista con la perspectiva de una transformación mucho más amplia (cf. también Thomas, 2016).

La elaboración del concepto de reformismo radical, a mediados de los años ochenta, tuvo lugar con el trasfondo de dos experiencias trascendentales, con las que se había de enfrentar la política

emancipadora de aquel entonces. Por un lado, se trataba del fracaso del socialismo real, que ya era evidente en aquella época y, por otro, de los límites evidentes de la socialdemocracia. Ambas tradiciones de izquierda tenían algo en común: querer lograr una transformación fundamental de la sociedad capitalista a través del Estado, fuera mediante la toma revolucionaria del poder estatal, fuera mediante elecciones y el consiguiente cambio económico-social.

Ahora bien, una transformación fundamental no puede lograrse principalmente a través del Estado. El dominio de clase capitalista y su modo de producción subyacente no pueden ser abolidos por la política estatal, porque el Estado no es un actor neutral, sino en sí mismo un Estado de clase capitalista, que también tiende a asegurar las relaciones racistas y patriarcales, así como el modo imperial de producción y de vida a través del dogma aparentemente inamovible de la competitividad.

Los recursos financieros y el grado de legitimidad del propio Estado dependen esencialmente de la prosperidad de la economía capitalista: esta es una conclusión importante viendo las desigualdades actuales en una Europa en la que ciertos países privilegiados, como Alemania o Austria, siguen con un mayor margen de maniobra estatal debido a su caudal de ingresos fiscales.

Siguiendo el enfoque del reformismo radical, cualquiera de los procesos de transformación profunda debe iniciarse primero contra las instituciones dominantes; una orientación poscapitalista se fundamenta, ante todo, en diversas luchas y orientaciones contrahegemónicas. Esto implica también expresamente luchas contrahegemónicas en los aparatos del Estado y en el espectro político partidista, en las empresas, en las organizaciones de la sociedad civil y en la esfera pública en general. Lo que se manifiesta aquí no es una perspectiva antiestatal abstracta, sino más bien la reticencia de considerar el Estado como actor central de la transformación.

Bini Adamczak (2018: 266 y ss.) sostiene, en consecuencia, que un componente central del cambio radical de la sociedad reside en un nuevo “modo de relación” basado en la solidaridad, que sustituye al “modo de relación atomizador y competidor del capitalismo”. Por

consiguiente, “el cambio debe entenderse como el resultado de una práctica colectiva plural, es decir, no como gobierno de un sujeto estatal constituido de forma centralista ni como la acción voluntarista de individuos resistentes” (ibid: 256). Así se trasciende la disyuntiva entre Estado e individuo.

El concepto de la doble transformación aboga por “dos procesos entrelazados” (Klein, 2013). Uno apunta más allá del capitalismo y conduce a un modo de producción y de vida solidario y ecológicamente sostenible, el que Klein denomina “socialismo verde democrático”. La otra cara de la transformación se basa en cierta realpolitik cuando reconoce que, en las condiciones dadas, se vuelven urgentemente necesarias alianzas que den un giro al desarrollo capitalista actual. Para Klein, el ampliamente debatido nuevo pacto verde es un escenario de realpolitik que proyecta un capitalismo posneoliberal regulado social y ecológicamente[49].

Hábitos, costumbres, naturalidades e imaginarios de un mundo poscapitalista

Las reflexiones que acabamos de esbozar siguen el diagnóstico de Klaus Dörre (2019b: 25) acerca de que, efectivamente, se está extendiendo la crítica al "siempre más y nunca es suficiente", y de que sí existen reivindicaciones a favor de una igualdad real. A pesar de que el autor constata el aumento de cierto malestar cultural, nos parece que sus cinco "proyectos centrales" (Kernprojekte) siguen demasiado adheridos a la lógica de las grandes estrategias transformadoras. En nuestra opinión, tanto las estrategias críticas con el capitalismo como aquellas que enfocan un poscapitalismo deberían completarse teniendo más en cuenta la dimensión de la vida cotidiana, incluyendo el ámbito del trabajo y del empleo remunerado, es decir, la dimensión de los hábitos y costumbres, tanto los consolidados como los que están en proceso de modificación. Una transformación socioecológica emancipadora, en el sentido de un reformismo radical o de una doble transformación, implica y requiere también unos cambios de actitudes, a veces subrepticios, en los intersticios del modo de producción y de vida. Este es el caso, por ejemplo, cuando particularmente los jóvenes, y sobre todo los que viven en las ciudades, empiezan a considerar que el conducir coches ya no está de moda; cuando se come menos o nada de carne, a la vez que se da preferencia a la producción social y ambientalmente sostenible, y cuando la gente ya no recurre, sin reflexionar, al avión como medio de transporte para distancias medias.

En este contexto, Lutz Brangsch (2014: 371) sostiene que a principios del siglo XX se produjo un cambio trascendental en el movimiento obrero de orientación socialista, a saber, una disolución de la unidad entre los grandes y pequeños procesos de transformación que Marx todavía daba por sentada (para una teorización actual de esta conexión, véase Wright, 2017). Los pequeños procesos fueron cada vez menos tenidos en cuenta, tanto

en las corrientes comunistas como en las socialdemócratas, y por esto, “en la práctica cotidiana fueron reducidos a aspectos tácticos o al trabajo en ‘organizaciones de vanguardia’”. Se devaluaron las acciones de los individuos, al mismo tiempo que se revalorizaron las de los “aparatos”.

Brangsch introduce aquí el concepto de los “proyectos iniciales” (Einstiegsprojekte), sobre el que existen varios estudios empíricos exhaustivos. Aquellos se basan en el hecho de que las personas suelen comprometerse en torno a problemas, conflictos e intereses concretos. “Tales proyectos pueden tener éxito si expresan contradicciones y problemas no resueltos que afectan a los intereses de grupos sociales relevantes. Pueden desencadenar procesos de cambio fundamentales si para estas fuerzas prometen unos efectos positivos en plazos previsibles, es decir, si son factibles y, por consiguiente, si tienen un efecto movilizador” (Klein, 2013: 196). Friederike Habermann (2009) argumenta de manera similar con la expresión “penínsulas contra la corriente”[50]. Por lo general, lo nuevo no emerge de grandes estrategias, sino a menudo de forma muy práctica y a partir de problemas cotidianos. Una utopía se vuelve realista como “posibilidad significativa”, y no como “imagen de un espacio separado donde sucede algo nuevo más allá de lo normal” (Brangsch, 2014: 372).

Tales proyectos iniciales “son estrategias políticas de acción que se dirigen a la emergencia y al desarrollo de algo diferente en el marco de la calidad sustancial de las condiciones sociales haciéndolo visible. Median entre las prácticas transformadoras y la acción conscientemente política que cambia la sociedad y el poder” (ibid: 376). Ejemplos de ello proceden de los ámbitos de la economía solidaria, la autoayuda, las protestas sociales, las iniciativas de remunicipalización, las campañas en los ámbitos del transporte público, la autosuficiencia energética o la educación. Contribuyen a crear aquí y ahora las condiciones para procesos de transformación fundamentales rumbo hacia una sociedad poscapitalista completamente distinta. A veces se trata de cuestionar a los actores y sus estrategias que se han dado por sentadas hasta ahora, y también de resistencia y de reapropiación, de la “creación consciente de nuevos campos de posibilidad” (ibid: 377). Lo que parece decisivo es el reconocimiento, en absoluto arbitrario, de que

se trata de procesos de búsqueda totalmente contingentes y no siempre exitosos; esto, a su vez, "requiere rechazar la idea de una conexión lineal entre objetivo, medios y resultado" (ibid.).

Ahora bien, la interacción entre cambio social y cambio personal no es nueva y ya fue formulada de forma destacada por Marx en la tercera tesis de Feuerbach: "La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación […] olvida que son precisamente los hombres los que hacen las circunstancias y de que el propio educador necesita ser educado" (Marx 1845 [2010]: 14). Pero curiosamente, esto siempre se olvida, incluso, según nuestra opinión, en las tesis sobre el neosocialismo. Por el contrario, los "proyectos iniciales" hacen hincapié en la dimensión cultural de la transformación, a saber, la de los modos de vida, de la capacidad concreta de actuar y de las diversas iniciativas para (co)configurar las propias condiciones de existencia. Sin embargo, estos proyectos también corren el riesgo de no poner estas condiciones en relación con las estructuras de poder existentes, indagando sistemáticamente en las posibilidades de consolidarse y hacerse permanentes en la sociedad.

Ahora bien, para orientar los proyectos, de entrada se necesita también una narrativa convincente y atractiva, vinculada a experiencias y deseos, a partir de la cual se puedan procesar las experiencias y guiar la acción. Viendo tanto los proyectos sociopolíticos contrapuestos como la fragmentación en cuanto a los debates y las estrategias de la izquierda, el ya citado Dieter Klein se propone desarrollar un marco común para la acción política emancipadora que no sea rígido, sino que, a través de ideas rectoras, relacione las diferentes experiencias, permitiendo así que estas mismas se sitúen en un contexto más amplio. Estas ideas rectoras —no muy diferentes de los Kernprojekte de Klaus Dörre— incluyen la redistribución de las oportunidades de vida y del poder, la reestructuración socioecológica, la democratización de la economía y de la sociedad, junto con la solidaridad global y el mantenimiento de la paz.

Klein sostiene que para la izquierda siguen siendo importantes la crítica fundamental y las iniciativas políticas. Aunque lo que a menudo le falta es el nexo interno, una narrativa viva desde abajo,

contrarrestando los eslóganes continuistas difundidos con muchos recursos por la clase dominante. Lo que se necesita es “un puente audaz entre las necesidades más elementales de un ‘¡Sigamos adelante!’ que yacen latentes en el presente y la visión de caminos y objetivos para su realización. […] Trazar cuáles son las preguntas vitales que urgen recibir respuestas en la existencia de la humanidad y arrancar respuestas inéditas de lo no dicho…” (Klein, 2013: 61). Los seres humanos que empiezan a autoliberarse necesitan —para su propio crecimiento y para la creación de las correspondientes condiciones sociales— una visión esencial fascinante que supere el motor central que realmente impulsa la sociedad capitalista, el beneficio económico. Esta narrativa abierta permite “orientar todos los pasos y proyectos de transformación hacia unas condiciones en igualdad social para el libre desarrollo de la personalidad para todos” (ibid: 66). No obstante, no percibimos que el concepto de neosocialismo tenga actualmente esta fuerza orientadora para las diversas luchas sociales “desde abajo”.

Consideramos central que los esfuerzos de encontrar alternativas radicales, independientemente de como se llamen, no eludan la elaboración de esta perspectiva atractiva que ofrece el debate sobre la transformación. Utilizando el lenguaje de la ecología social y política, los cambios actuales y posibles pueden experimentarse concretamente en los diversos “ámbitos de previsión social” de la sociedad: la alimentación, la vestimenta, la vivienda, la movilidad, la comunicación, etc. Y aquí hay muchas iniciativas y propuestas susceptibles de convertirse en narrativa: por ejemplo, como soberanía alimentaria, democracia energética, derecho a la ciudad, movilidad solidaria, por citar solo algunos principios rectores actuales y sus múltiples concreciones. En los debates sindicales, por ejemplo, es el concepto de transición justa.

Tales denominaciones, que hacen posibles otros imaginarios colectivos, deberían condensar las experiencias, situar las contradicciones en un contexto más amplio y, como conceptos, volver a orientar las experiencias. El momento “socialista” de estos debates y conflictos podría consistir en plantear la cuestión de su generalización a la sociedad para no quedar en una posición marginal. Esto nos conduce a los aspectos “clásicos”: la naturaleza y la función del Estado y de los actores privados; la disposición sobre

los medios de producción y sobre las inversiones; las respectivas relaciones de poder; las reglas y las normas que rigen en la sociedad y su transformación, etc. Aun así, estos aspectos no se contraponen a los conflictos sociales a pequeña escala.

Decrecimiento o poscrecimiento

y estrategias ecosocialistas

La mayoría de las estrategias para superar la crisis se orientan de forma bastante clásica hacia cómo dinamizar de nuevo el crecimiento capitalista. Una experiencia importante en este sentido fue en Alemania el plan de desguace de automóviles de 2009 (llamado eufemísticamente prima medioambiental). La crisis de entonces habría abierto la oportunidad de una reorientación socioecológica, pero, por el contrario, se apuntaló la industria automovilística. Sin embargo, cada vez resulta menos posible negar las consecuencias destructivas de una política orientada primordialmente a satisfacer el imperativo capitalista de crecimiento, pues cada vez más están saliendo a la vista las implicaciones ecológicas del modo de producción y de vida dominante.

Por lo tanto, es importante un posicionamiento más acentuado sobre las "sociedades del poscrecimiento" realmente existentes (Klaus Dörre utiliza la expresión de forma descriptiva) y sobre un proyecto político que implique liberarse de las coerciones sistémicas del crecimiento capitalista. El grupo colegiado de investigación "Sociedades de Poscrecimiento", en Jena, patrocinado por la Fundación Alemana para la Investigación Científica (DFG), ha presentado importantes trabajos al respecto.

Por ello, a primera vista sorprende que Klaus Dörre, como uno de los iniciadores y responsables del mencionado grupo colegiado de investigación, apoye una propuesta que aboga por una orientación hacia un crecimiento económico anual del 1% en los países del Norte global (cf. en detalle Randers y Maxton, 2016) y critique la perspectiva del decrecimiento por propagar una especie de "austeridad ecológica" (Dörre y Becker, 2018: 49).

En nuestra opinión, se trata de un malentendido, ya que abogar por el decrecimiento como horizonte de transformación social no significa dar la bienvenida a las crisis económicas y estar políticamente satisfecho cuando la producción industrial se hunde. El decrecimiento no es sinónimo de crisis, sino un proceso hacia otras formas de producción y de vida, y sus correspondientes imaginarios colectivos: social y ecológicamente sostenibles, justos y solidarios (Kallis, 2011; Pineault, 2018). Stephan Lorenz (2014: 72) resume el decrecimiento como "movimientos de búsqueda de estilos de vida alternativos y nuevos modelos de prosperidad que ciertamente se arreglan con menos cosas, pero esencialmente desarrollan relaciones diferentes con ellas. El mero 'menos' no es en absoluto el sentido y el propósito último aquí". Se trata de una sociedad fundamentalmente diferente, no de una que solo tenga "menos" que la existente.

Por lo tanto, la perspectiva del decrecimiento no aboga por la austeridad ecológica, sino que "problematiza en su núcleo la lógica de escalada, tecnológica e institucionalmente apuntalada, de las sociedades del Norte global" (Eversberg, 2017: 232). La fuerza del enfoque decrecentista, y de la ecología política como disciplina científica, radica en ser capaz de hacer comprender, con mayor precisión, la conexión entre las formas sociales, que en gran medida están estructuradas de forma capitalista, y las materialidades biofísicas. Así pues, el núcleo de la crisis ecológica reside en la valorización y mercantilización de la naturaleza impulsadas por el capitalismo. O, como señala Alex Demirović (2012a) en el contexto de los debates sobre un socialismo verde: "Con el crecimiento, los propietarios del capital no miden la riqueza material ni la prosperidad del tiempo, la educación o la salud de los individuos, su felicidad y satisfacción, sino el promedio del aumento de los posibles beneficios".

Por lo tanto, una estrategia neosocialista, o mejor ecosocialista (para incluir conceptualmente la centralidad de la dimensión ecológica), tiene menos que ver con el crecimiento cuantitativo para mantener una supuesta capacidad innovadora. En el fondo, se trata de una reestructuración socioecológica cualitativa del modo de producción y de vida, que debe deshacerse de los imperativos capitalistas de crecimiento.

Además, también un sector público ampliado y orientado en criterios socioecológicos significa menos crecimiento a medio plazo, porque allí ya no se aplican los reclamos de beneficios o distribución de plusvalía para los propietarios del capital. Otro ejemplo: la liberación de la movilidad motorizada individual, aparte de la reducción de la movilidad "forzada" mediante el correspondiente cambio al transporte público (mucho mejor desplegado y organizado) o al uso compartido de vehículos, conllevará inicialmente grandes inversiones, pero a medio plazo supondrá un menor crecimiento medido en dinero. El abandono progresivo de la agricultura industrial también reducirá claramente el crecimiento a medio plazo. El aumento de la autoproducción y de las actividades autoorganizadas fuera de los circuitos salariales tampoco favorecerá el crecimiento.

Una amplia y bien elaborada crítica del crecimiento también llega rápidamente a las cuestiones de la disposición sobre los medios de producción y la propiedad, así como a la manera de organizar y diseñar la función de inversión. Son argumentos aducidos también en las discusiones sobre un socialismo verde:

En perspectiva, será necesaria una socialización gradual de la función de inversión, una vieja posición keynesiana, por cierto: ¿quién decide sobre el uso de los recursos en la sociedad (por ejemplo, los ecológicos) y sobre qué trabajos son socialmente necesarios? El mercado se ha descalificado completamente a sí mismo como supuesto mecanismo más eficiente para la asignación de inversiones (Candeias, 2012).

Y, por último, las experiencias en países del Sur global muestran que hay una gran diferencia si las "oportunidades de desarrollo" (Dörre, 2019a: 108) se utilizan como crecimiento impulsado por el capitalismo, por ejemplo, mediante la expansión de las plantaciones de aceite de palma en Indonesia que provocan el desplazamiento de pequeños agricultores y la destrucción de bosques primarios. También la intensificación de la extracción de materias primas minerales y fósiles significa formalmente crecimiento (que, aparte

de las cantidades, depende a su vez de los respectivos precios en el mercado mundial), pero no necesariamente una mejora de las oportunidades y condiciones de vida de amplios sectores de la población.

En resumen, las estrategias socialistas que quieran estar a la altura de los tiempos actuales, igual que una transformación socioecológica orientada hacia la emancipación individual y colectiva, han de gestar y de apoyar una gran variedad de enfoques que implican y priorizan cambios cualitativos en las formas de producción y de vida. Las cuestiones del crecimiento económico son relevantes en el sentido en que tanto el imperativo del crecimiento capitalista como las fuerzas que lo apoyan, impulsados por su afán de beneficios, deben perder su vigencia. Debe problematizarse, en lugar de afirmarse, el hecho de que en la situación actual tanto las élites políticas como determinados colectivos asalariados, y las organizaciones que los representan, estén interesados en mantener el modelo de economía capitalista y su imperativo de acumulación. Sin embargo, hace tiempo que se han establecido vínculos con ciertos debates sindicales y con las experiencias e intereses de las personas de la clase trabajadora; y estos vínculos podrían, y deberán, afianzarse convirtiéndose en propósitos y fines comunes (véase al respecto el capítulo 7 de este libro). Bajo el concepto de un buen vivir, que también encuentra resonancia en algunas campañas sindicales, pueden politizarse las demandas a favor de más tiempo libre, en lugar de más salario, o de una política laboral integral, igual que el hecho de experimentar, y sufrir, la creciente intensificación del trabajo. En dichos intercambios, también se han establecido algunos primeros puntos de convergencia acerca de la democracia económica.

Perspectivas del futuro:

por una comprensión procedimental

e internacionalista de las estrategias socialistas

No consideramos que el concepto de socialismo esté anticuado. Sin embargo, somos escépticos sobre si no es demasiado grande como -ismo, demasiado modélico, demasiado provisto de una semántica de "arriba hacia abajo", porque esa fue la experiencia central del socialismo burocrático histórico. Desde este punto de vista, abogamos por un enfoque más procedimental, es decir, por el adjetivo ecosocialista. De este modo, se puede hacer hincapié en el momento estratégico.

Para futuros debates y acciones concretas, nos parece crucial que el concepto de socialismo se vuelva decididamente internacionalista, es decir, que haga visibles y politizables las estructuras de precondicionalidad a nivel global —en gran medida normalizadas— del modo de producción y de vida. Hasta ahora, las transformaciones poscapitalistas o neosocialistas —como también señala el encomiable ensayo de Klaus Dörre— se han imaginado, al menos implícitamente, en el ámbito de los Estados nación existentes.

Sin embargo, también hay que ver que actualmente no existen mayorías para unas opciones ecosocialistas; que el modo de vida imperial tiende a ser defendido, explícitamente por la derecha política, o más bien implícitamente por una gran parte de la izquierda. Hasta la fecha, la crítica emancipadora del crecimiento, esbozada anteriormente, apenas se ha vinculado a proyectos socialistas. Por lo tanto, vale la pena recurrir a la concepción radical-reformista de que los cambios emancipadores tienden a iniciarse desde los márgenes de la sociedad y de forma experimental, para luego luchar por la generalización en toda la

sociedad.

Ahora bien, el deseo de que las cosas cambien es ampliamente reconocible: hoy en día asistimos no solo a una creciente problematización y también a cambios en muchas prácticas cotidianas, sino, al mismo tiempo, a un aumento de su politización. Aquellas incluyen cuestiones de consumo personal, así como la relación entre trabajo y tiempo libre, una movilidad diferente, una vivienda asequible y el fin de las segregaciones sociales en las ciudades (véanse al respecto las perspectivas para un modo de vida solidario en el capítulo 4 y el debate sobre las ciudades del poscrecimiento en el capítulo 6 de este libro). Parece que en estos momentos no escasean los "proyectos iniciales". Si fuera posible que estos debates e iniciativas se vinculasen más intensamente entre sí y que mejoraran su capacidad estratégica —identificando los intereses comunes para forjar alianzas más amplias (por ejemplo, con activistas sindicales o de partidos políticos) y utilizando hábilmente cierta disidencia entre las élites—, el modo de producción y de vida imperial pueda poco a poco resquebrajarse.

Capítulo 6

La ciudad del poscrecimiento. El modo de vida solidario como proyecto*[51]

En relación con el tema de las ciudades del poscrecimiento y la transformación socioecológica, la investigación sobre urbanismo y el desarrollo de las ciudades puede recurrir a un corpus increíblemente amplio, a saber, todas las investigaciones sobre las ciudades en contracción en Alemania Oriental y Europa del Este en la década de 1990. En estos años, probablemente habríamos tenido aquí muchas contribuciones sobre las ciudades en contracción. Una anécdota al respecto: recuerdo que en el año 2004 o 2005 un amigo y colega de Fráncfort del Meno aceptó un puesto en el Centro de Investigación Medioambiental de Leipzig, una ciudad ubicada en el territorio de la antigua República Democrática Alemana (RDA). Le habían ofrecido un gran número de viviendas bonitas y recién reformadas en edificios antiguos de esta ciudad, a un precio de alquiler increíblemente bajo. Los honorarios de la agencia inmobiliaria los pagaba entonces el propietario. En 2019 nos encontramos en una situación completamente diferente, en la que el problema ya no es precisamente el de las ciudades en contracción.

Aunque algo más ha cambiado. Y esa es probablemente la razón para el proyecto “Ciudades del poscrecimiento”. Existe un amplio reconocimiento científico, pero también sociopolítico, de que en tiempos de policrisis es muy importante encontrar e implementar respuestas a los retos socioeconómicos, ecológicos y políticos. Basta pensar en el movimiento Fridays for Future, que se está desarrollando de forma dinámica, con su insistencia en que las formas de política imperantes tienden a agravar la crisis en vez de desarrollar y hacer efectivas unas medidas adecuadas contra la crisis climática.

Así pues, el propósito del comité organizador de la conferencia “Ciudad del decrecimiento. Los contornos de una política urbanística solidaria” ha sido lograr que el concepto de poscrecimiento resulte fructífero para la investigación sobre el futuro de las ciudades. Se trata de un territorio nuevo. Cito un fragmento de la convocatoria de esta ponencia:

El continuismo no tiene futuro. Las crisis ecológicas, sociales y culturales dejan claro que las ciudades, moldeadas por la expansión capitalista y el modo de vida imperial, están alcanzando cada vez más sus límites. Al mismo tiempo, cada vez son más fuertes los llamamientos en favor de una gran transformación. En este contexto, hemos querido que la conferencia enfoque, desde unas perspectivas tanto activistas como académicas, las transformaciones de los espacios y las sociedades urbanos, las cuales ya se están produciendo y se están haciendo socialmente necesarias (Brokow-Loga y Eckardt, 2018).

Es algo realmente algo inédito: aceptando la evidencia de la policrisis se trata de repensar las ciudades y la urbanidad uniéndolas con el actual debate sobre la transformación. En junio de 2019, la Academia de Planificación Urbana y Paisajística organizó en Kassel (Alemania) una conferencia sobre el poscrecimiento y la transformación bajo el título "¿Más, o menos? ¡El desarrollo urbanístico y paisajístico necesita el poscrecimiento!" (Hülz, 2019). Y algunos conocerán el informe de 2016 del Consejo Consultivo Científico para el Cambio Global (WBGU), publicado bajo el título Humanidad en movimiento. El poder transformador de las ciudades, en el que el comité asesor del Gobierno alemán emite un diagnóstico verdaderamente radical: "La transformación de la modernidad, que se enfrenta a una crisis existencial, ocupa el primer lugar en la agenda global. […] Y solamente si los centros urbanos más importantes reúnen la fuerza para esta transformación, podrá tener éxito en todo el mundo" (WBGU, 2016: 4). Esta es una de las reflexiones —muy interesantes para alguien que, como yo, no es especialista en la materia— en las que se basa este texto.

Por mi parte, quisiera contribuir con algunas consideraciones relacionadas con esta temática tan relevante y actual a la vez[52]. Trato una respuesta a la pregunta: ¿qué es lo apasionante del término poscrecimiento? Hay bastantes otros términos en los que me he fijado en la contribución y que presentaré a continuación. Por un lado, recomiendo ceñirse al término poscrecimiento, pero al final sugeriré una pequeña ampliación de este concepto. Además,

me gustaría invitar a quienes se ocupan académica o profesionalmente de los cambios en las ciudades, a considerar cómo deberíamos concebir e interpretar lo urbano de una manera diferente utilizando el concepto de modo de vida imperial. Creo que se trata de un gran reto analítico y político si queremos imaginar, y hacer realidad, un modo de producción y de vida solidario, contrapuesto al modo de producción y de vida imperial. Y terminaré con algunas observaciones a modo de conclusión.

El poscrecimiento como perspectiva

tanto del activismo como de la

investigación académica

Me parece una iniciativa fecunda querer aprovechar el concepto de poscrecimiento para desarrollar un nuevo horizonte de lo urbano. En primer lugar, como Anton Brokow-Loga, soy de la opinión de que el uso del término no significa asumir que hoy ya estemos en unas constelaciones de poscrecimiento que, bajo condiciones capitalistas, necesariamente han de expresarse en forma de crisis. A mi modo de ver, el poscrecimiento no alude para nada a un cambio por desastre (cf., por ejemplo, Dörre, 2019b); en realidad se refiere más bien a un cambio por diseño, es decir, es un proyecto intencional y estratégico. Uno de los protagonistas del debate, Giorgos Kallis, argumenta que se trata de "un proyecto político polifacético que aspira a movilizar apoyos para un cambio de rumbo, a nivel macro de las instituciones económicas y políticas y a nivel micro de los valores y aspiraciones personales. En este camino, los ingresos y el confort material deben reducirse para muchos, pero el objetivo es que esto no se experimente como una pérdida de bienestar" (Kallis, 2011, cf. la visión general en Schmelzer y Vetter, 2019 y 2020). Los principios normativos, tales como la cooperación y la justicia social, se consideran aquí centrales. Este es un aspecto clave para contrarrestar a los críticos: el poscrecimiento como horizonte no significa regocijarse ante las crisis ni tampoco conformarse políticamente con el declive de la producción industrial. El poscrecimiento implica un proceso controlado hacia una forma de producción y de vida diferente, social y ecológicamente sostenible, justa y solidaria (Eversberg, 2017).

El poscrecimiento es un proyecto sociopolítico que pretende esencialmente romper con la dependencia de la coacción capitalista

a acumular, es decir, con el hecho de que nuestra sociedad, nuestras ciudades, nuestra alimentación, nuestros sistemas de movilidad y comunicación estén organizados, en primer lugar, en función de los intereses de beneficio capitalistas: Facebook, Amazon, los grandes agronegocios, las cadenas de supermercados, etc. No es factible que una sociedad del poscrecimiento funcione con corporaciones capitalistas privadas de internet o con supermercados. Tendrían que establecerse unas formas de producción y de distribución completamente diferentes, cuyos inicios ya están visibles desde hace bastante tiempo (cf. los numerosos ejemplos en Konzeptwerk Neue Ökonomie y DFG-Kolleg Postwachstumsgesellschaften, 2017). En mi opinión, los supuestos detrás del poscrecimiento tienen una clara orientación crítica con el capitalismo. Y a nivel científico, la investigación sobre el poscrecimiento o la transformación es una ciencia en estrecha interrelación con los movimientos sociales y las experiencias alternativas (activist-led science).

Este es el contexto de la "oferta" conceptual de la ciudad del poscrecimiento. Se diferencia de otras ofertas, a veces deslumbrantes, y en muchos casos las critica abiertamente. Una de ellas es la ciudad inteligente (smart city). El debate sobre la ciudad inteligente, independientemente de lo que se implante en ella, suele ser retórica verde. Se basa, sobre todo, en las tecnologías y enlaza con ciertos discursos de seguridad. Un ejemplo actual de esta fijación en la tecnología es la conducción autónoma y los coches eléctricos con sus grandes promesas. También en los debates de la ONU sobre una Agenda Urbana Global de la Conferencia Hábitat III 2016 celebrada en Quito (ONU, 2016), o en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de septiembre de 2015[53], se ve el desarrollo urbano a menudo desde una perspectiva fuertemente tecnológica y de planificación. Por lo tanto, un punto importante es que el proyecto de una "ciudad del poscrecimiento" no significa centrarse en primer lugar en la tecnología.

Otra denominación es el de la ciudad resiliente (resilient city). Se basa más bien en la suposición de que tenemos que prepararnos para peligros medioambientales, tales como inundaciones y otros, especialmente en ciudades del Sur global. Además, hay expresiones como ciudad baja en carbono (low-carbon city) o ciudad pospetróleo (post-oil city), variantes semánticas para describir el

hecho de que tenemos que reconstruir nuestra base energética.

Además, hay conceptos y enfoques cuya intención consiste en crear espacios experimentales “desde abajo”. Ejemplos de esto son las ciudades en transición (transition towns), la ciudades del compartir (sharing cities) y la minería urbana (urban mining), que se refiere al reciclaje de las materias primas secundarias en las ciudades. Todo ello es muy importante, pero existe el peligro de centrarse demasiado en las iniciativas “desde abajo” y dejar de lado los contextos políticos y económicos generales que también hay que cambiar. A la inversa, cabe reconocer que se trata de iniciativas concretas y señalan ámbitos y posibilidades de actuación (cf. Brokow-Loga, Felger, Koch y Weber, 2020, sobre los proyectos de poscrecimiento en la ciudad alemana de Weimar).

Esto me lleva a otro punto: el cambio social suele ir de la mano de conflictos y movimientos sociales capaces de iniciar nuevos proyectos de transformación. En este sentido, me parecen interesantes los movimientos por el “derecho a la ciudad”, estrechamente ligados a una perspectiva de poscrecimiento, resaltando la conexión entre ciencia y activismo. Cuando se trata de cuestiones relacionadas con la propiedad —pensemos en la petición de referéndum en Berlín a favor de expropiar a las grandes inmobiliarias—, se entra económica y políticamente en el meollo del asunto, poniendo en tela de juicio aspectos como las rentas de la tierra, la disposición sobre la propiedad y el poder asociado a ella[54]. El derecho a la ciudad y el poscrecimiento van de la mano en su objetivo de contener y hacer retroceder los intereses de beneficio capitalistas relacionados con la tenencia de la tierra y la especulación inmobiliaria.

Para concluir esta reflexión: en resumen, creo que el concepto de ciudad del poscrecimiento es, en muchos sentidos, de gran utilidad y provecho. Uno de sus puntos fuertes: es difícil de cooptar y tiene un gran potencial crítico. Sugeriría añadir al término un adjetivo: solidaria. Una ciudad del poscrecimiento solidaria: es decir, una cualidad del poscrecimiento. Porque cuando pensamos en las ciudades del poscrecimiento, fácilmente se podrán confundir con las ciudades en contracción o con ciudades que se vuelven periféricas. Pero el concepto de solidaridad hace que, desde el punto de vista

científico y político, el término sea más preciso (aunque conceptos como este nunca llegan a ser unívocos).

Hacia un modo de producción

y de vida solidario

Una conferencia de políticas urbanísticas trata de la cuestión de cómo se pueden desencadenar cambios a nivel local. ¿Cómo imaginamos las intervenciones políticas urbanas de los movimientos sociales, las institucionalizaciones sociales y políticas (en el sentido de perpetuar los logros) y otras narrativas vinculadas a ellas? Mi sugerencia para un futuro debate consiste en entrelazar la necesaria transformación socioecológica profunda a nivel local con los factores condicionantes, las estructuras y los procesos en otros niveles distintos al local. Aunque desconozco los debates urbanísticos, supongo que asumir este carácter de condicionalidad es tan obvio de reconocer como difícil de abordar en lo concreto.

Mi crítica al debate sobre el poscrecimiento es que, a menudo, se refiere al ámbito local o nacional y, como mucho, se piensa en él como un proyecto europeo[55]. Se plantean los procesos de transformación sin tener en cuenta las implicaciones para China, América Latina y otras regiones del mundo. Para entender la problemática de la condicionalidad global de lo local con mayor precisión, Markus Wissen y yo hemos propuesto la denominación modo de producción y de vida imperial (Brand y Wissen, 2017; cf. también I.L.A. Kollektiv, 2017)[56].

Un requisito para cambiar el modo (de producción) y de vida imperial hacia un modo de vida solidario es hacer visible lo que es poco o nada visible. Ahora bien, por supuesto que eso no es suficiente, porque el modo de vida está conectado con un gran poder político y con muchos intereses económicos.

Entonces, ¿qué implica el análisis exhaustivo de esta constelación para un urbanismo crítico y para un proyecto crítico de ciudades del poscrecimiento solidarias? Este es el punto de partida para

reflexionar sobre lo que Markus Wissen y yo llamamos modo de producción y de vida solidario. Un modo de producción y de vida solidario debe desarrollar un modelo de prosperidad diferente, que depende muchísimo menos de los recursos finitos. Este proceso implica necesariamente conflictos, que tendrán que ver con cuestionar y modificar la disposición capitalista de los medios de producción, de los espacios urbanos y de la tierra. El vivir de forma solidaria, el transporte solidario, el reparto solidario de las zonas verdes y los espacios abiertos, pero también las diversas formas de producción local urbana; todo ello sigue siendo indispensable en una ciudad del poscrecimiento solidaria. De igual manera, habría que rediseñar las relaciones entre las ciudades y los lugares de los que extraen sus medios de funcionamiento. Esto también implica unas relaciones de poder diferentes y otra constelación de intereses en los procesos de planificación, que siempre deben tenerse en cuenta cuando se trata de la ciudad del poscrecimiento.

Si una ciudad del poscrecimiento tiene mucho que ver con la justicia, la igualdad, la sostenibilidad ecológica, precisamente con un modo de producción y de vida solidario, se plantea —utilizando el concepto de Antonio Gramsci— la cuestión de la hegemonía. ¿Cómo se rompen los consensos existentes, como el que concierne al modo de vida imperial? En diálogo con las ideas de Michel Foucault: ¿cuál sería la voluntad de otro modelo urbano? ¿Cuál sería el deseo y la voluntad de la gente de utilizar realmente la ciudad de otra manera?

Son preguntas trascendentes para las que no tengo respuesta. A modo de conclusión, me gustaría referirme a dos aspectos.

En primer lugar, este proyecto se inició en la Universidad Bauhaus de Weimar, por lo que, además de investigación, también se trata de educación. En el proceso hacia una ciudad del poscrecimiento solidaria, ¿cómo desarrollan los individuos y los colectivos las competencias para que este nuevo modelo de ciudad se convierta en una realidad tangible? ¿Qué significa esto para los estudios de arquitectura y de urbanismo, para las ciencias políticas y para la formación en profesiones técnicas y también sociales? En mi opinión, esta pregunta sobre las competencias no se ha planteado ni respondido lo suficiente hasta ahora. ¿Cómo nos reeducamos?

¿Cómo se genera y se divulga otro tipo de conocimiento? Quizá tenga sentido que cada uno dedique unas horas al día a actividades que no forman parte de su profesión principal.

Otro punto importante que, en mi opinión, no se tiene suficientemente en cuenta es la cuestión de la politización y los conflictos que conlleva. Desde mi punto de vista, es importante lanzar iniciativas que politicen y creen conciencia sobre el modo de vida imperial de forma muy concreta, es decir, que lo convierten en un problema relevante para la sociedad y, por tanto, en objeto de disputas y de conflictos. Esto es posible también y especialmente en las ciudades. Un ejemplo es la red de ciudades solidarias creada por los Gobiernos municipales a raíz de la evidente crisis de la política europea de refugiados (Christoph y Kron, 2019).

Cuando se trata de alternativas fundamentales, su creación también va acompañada de conflictos —véanse las contribuciones de Frank Eckardt, por un lado, y Michaela Christ y Jonas Lage, por otro—. Porque, en un principio, bastantes personas no querrán participar en la creación de alternativas. Es cierto: muchos no quieren una sociedad diferente. En mi opinión, los procesos de aprendizaje social pueden iniciarse mediante conflictos emblemáticos. Se trata de disputas en las que hay mucho más en juego que el respectivo caso concreto. Un buen ejemplo de ello es el conflicto sobre la ampliación del aeropuerto de Viena: en 2017 se produjo la primera decisión mundial de un tribunal superior, en este caso el Tribunal Administrativo Federal austríaco, de prohibir la ampliación de un aeropuerto alegando que, de lo contrario, se incumplirían los objetivos climáticos de Austria. Gran parte del país —el Gobierno, los operadores aeroportuarios, los sindicatos, todos los partidos excepto los Verdes— se opusieron a la decisión, aunque de todas formas el aeropuerto actual solo funcionaba al 55% de su capacidad. Esto se convirtió en un conflicto que iba mucho más allá de la construcción de una tercera pista. Se trata del futuro del sistema de movilidad europeo. ¿Algún día se podrá negar a alguien que el fin de semana suba a un avión en Viena para ir de compras a Milán? Para ello se necesitan las condiciones marco adecuadas y el debilitamiento de los actores poderosos, en este caso los intereses de la industria de la aviación. Pero también es una cuestión de consolidar nuevas normalidades culturales: debería llegar a ser

ridículo utilizar el avión para distancias cortas o conducir grandes vehículos utilitarios deportivos (SUV). En mi opinión, abogar fuertemente por estos temas y hacer que emerjan conflictos acerca de ellos, haciéndolos productivos, podría ser muy relevante para el desarrollo de un proyecto contrahegemónico.

Capítulo 7

Más allá de la sostenibilidad. Los contornos de un modo de vida solidario*[57]

Cambio de clima y justicia

Una de las razones de ser de la política —especialmente en tiempos de crisis— consiste en asegurar a los miembros de una sociedad unas condiciones adecuadas de vida y de bienestar, protegiéndolos contra peligros, igual que contra unas crisis repentinas, y garantizando cierto grado de justicia. No obstante, en los últimos años, el cómo hacerlo se ha convertido más que antes en objeto de controversia.

El leitmotiv de la política predominante, particularmente en países como Alemania y Austria, es el "seguir como siempre". Según esta lógica, los esfuerzos de ajuste se tienen que asumir, y sufrir, en otros lugares, concretamente en los países inmersos en una profunda crisis, especialmente en el sur de Europa. Eso sí, de forma intensiva se adoptan políticas para evitar situaciones de empeoramiento para los países que hasta ahora se han visto menos afectados por la crisis, y fundamentalmente para los propietarios de las grandes fortunas. El debate público y la política dominantes se están escenificando, antes que nada, como una política de una supuesta necesidad objetiva que se expresa en el término alemán del Sachzwang. De esta manera, no parece haber alternativa a la austeridad. Esto conduce en todas partes a unas políticas de ahorro en el gasto público, al empobrecimiento de las personas, a la redistribución desde abajo hacia arriba, al desmantelamiento forzoso de los derechos sociales y de la democracia. Pero esto es solo temporal, nos aseguran. El objetivo, después de todo, es volver a la prometedora senda del crecimiento económico. Todo parece supeditado al mantra del crecimiento y de la competitividad. No existen planes atractivos para el futuro, sino que este se perfila solo como una continuación del presente. En otras palabras: "¡Adelante con lo mismo!".

Una alternativa a todo ello se está formulando en partes del espectro socialdemócrata y en el que se encuentra más a la izquierda de este; en aras de la simplicidad, defino a esta posición como keynesiana. Por ejemplo, el líder del SPD y excandidato a

canciller, Martin Schulz, defendió una política en pro de la justicia y en contra del aumento de la desigualdad. Según lo que Schulz pronunció en muchos discursos, la desigualdad conduce al estancamiento económico porque los ricos depositan su dinero en los mercados financieros y en paraísos fiscales, pero no invierten ni consumen lo suficiente. La desigualdad es, en efecto, un problema central para muchas personas, como el desempleo y las crecientes disparidades salariales, especialmente en función del género. Y, por tanto, implica también una tarea para la política progresista.

Sin embargo, en este discurso no hay referencias sistemáticas a un enfoque más amplio o alternativo acerca de lo que se puede entender como bienestar, ni se concede especial importancia a las cuestiones ecológicas. El concepto de lo económico se restringe a la economía formal de mercado, a los bienes y servicios producidos para el mismo y vendidos por dinero. Trabajo equivale a empleo remunerado.

En claro contraste con ello, se posicionan los debates ecológicos actuales, que expresan un malestar generalizado, incluso dentro del establishment, de que, en un sentido mucho más amplio, en la política no se puede seguir así. Al menos así rezan las declaraciones de cara al público en general. Se habla del cambio climático, combinado con la creciente carrera para hacerse con los restantes recursos del planeta, algunos de los cuales se están agotando, con lo que se están intensificando los conflictos por su apropiación. En tal debate de los últimos años se ha acuñado la denominación de transformación socioecológica o gran transformación (véase el capítulo 1 de este libro).

A diferencia de cambio o sostenibilidad —unos términos cada vez más vaciados de contenido— el concepto de la transformación socioecológica implica una semántica radical. La noción de gran transformación, que también se utiliza aquí, procede de Karl Polanyi (1944 [1978]), quien en su libro con el mismo título, publicado hace 70 años, analizó la transición al capitalismo industrial en el siglo XIX. La visión del futuro esbozada en el debate actual consiste en una transformación social para salir de un capitalismo basado en los combustibles fósiles, con su incesante y voraz hambre de recursos y su constante necesidad de sumideros.

Hay que dar paso a la tan postulada era posfósil. En el Acuerdo Climático de París de diciembre de 2015 y en la Cumbre del G7 de junio de 2016 en Schloss Elmau, se afirmó que es necesaria una completa "descarbonización de la economía mundial" para finales del siglo XXI, es decir, que ya no se utilicen combustibles fósiles. Como ya he dicho, este debate, y el concepto de transformación que allí se puso de relieve, se está llevando a cabo con el telón de fondo de la crisis medioambiental, climática y de recursos.

Algunos dan un paso más adelante y deliberan sobre una gran transformación en el sentido de una transformación más allá del capitalismo en su totalidad, es decir, más allá de una sociedad en la que los ámbitos centrales de la vida social ya no estarán sujetos, en primera instancia, al principio del beneficio económico y del crecimiento (Thie, 2013; contribuciones en Brie, 2014; Brie et al., 2016). En otras palabras, aquí se trata no solo de abandonar la base energética fósil de la sociedad convirtiéndola en un régimen de energías renovables. En vez de solamente debilitar los mercados financieros, sería preciso romper con el poder económico y político del capital en su conjunto, con su dominio como elemento estructurador de la sociedad.

¿Qué transformación?

Profundizando sobre el proyecto de una transformación socioecológica y buscando puntos de intervención político-prácticos, primero debemos aclararnos sobre un hecho: a la sociedad burguesa-capitalista le es inherente una lógica de transformación. Por lo tanto, no se trata de debatir sobre un sí o un no al cambio, sino de determinar la lógica del cambio o de la transformación (cf. Demirović, 2012b). Esto permite una importante especificación del concepto de transformación.

La lógica predominante sigue siendo la de obtener beneficios económicos, de la acumulación de capital y de las actividades económicas expansivas; esto va de la mano de los problemas que conocemos. La utilización perjudicial y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo humana conduce a menudo a la intensificación del trabajo, al agotamiento y, en algunos sectores, a la informalización. O para utilizar las palabras de Marx y Engels, que de nuevo se están citando cada vez más: en la era del modo de producción capitalista, que en su tiempo se iba imponiendo, existe "la perpetua transformación de la producción, la ininterrumpida sacudida de todas las condiciones sociales, la eterna incertidumbre y el continuo movimiento" (Marx y Engels, 1974 [1948]: 465). Esta permanente transformación, unida a la convulsión y el desasosiego que trae para la sociedad, conduce, en intervalos cada vez más cortos, a innovaciones considerables (por ejemplo, hoy en día, en la tecnología médica o en el campo de las tecnologías de la información y la comunicación), y van de la mano de una potenciación de los problemas ecológicos. Una dinámica que se vuelve atroz cuando faltan unos estándares sociales.

En mi opinión, es aquí donde el concepto de transformación socioecológica cobra su sentido. La lógica imperante del cambio perpetuo, de la autotransformación permanente de la sociedad burguesa, se convierte en un problema. Provoca crisis cada vez más

fuertes e incontrolables.

Además, existe una experiencia del siglo XX que plantea un gran desafío en la actualidad. Especialmente en los primeros países industrializados, la dinámica de crecimiento capitalista —así como la del socialismo real hasta los años 1970— generó la posibilidad de que sectores más amplios de la población aumentasen su consumo de bienes materiales. Se crearon ciertos consensos. Esta hegemonía social y política, en palabras de Antonio Gramsci, requiere un núcleo material (cf. GH 13: 1567). Desde una perspectiva emancipadora, se trata ahora de lidiar con conflictos en la esfera pública y de identificar supuestas "normalidades" que hay que poner en tela de juicio. Pero también, y sobre todo, significa exigir y crear unas condiciones de vida dignas que se vuelven atractivas para los seres humanos. Y todo ello frente al condicionamiento existente hoy en día debido a las fuertes restricciones ecológicas, incluidas las implicaciones que estas últimas tendrán para las estructuras de poder y la política distributiva.

Con este trasfondo, un concepto de transformación socioecológica, que enfoca la profunda reestructuración de la sociedad actual, desarrolla su pleno potencial para un proyecto progresista que esté a la altura de nuestros tiempos y que visualice una modernidad solidaria.

A esto se le podría denominar reformismo radical o realpolitik revolucionaria. Dieter Klein (2013) utiliza la expresión doble transformación. Frente a la crisis del capitalismo neoliberal, este concepto indica que hoy en día, y en términos de una realpolitik, es preciso que se fortalezcan las dimensiones progresistas bajo condiciones capitalistas, al mismo tiempo que se tiene en vista una transformación más profunda. En este contexto, las dos dimensiones de esta doble transformación no deben entenderse consecutivamente. En el camino hacia un capitalismo posneoliberal y progresista, que ya de por sí estará impregnado por arduos conflictos, aparecerán elementos de una formación social distinta, solidaria y poscapitalista, los cuales habría que reforzar. Resulta importante señalar, y esta es también la intención de este artículo, que frente a la policrisis, un proyecto progresista, con el que se relacionaría un proceso de "aprendizaje global", no debe definirse a

través del posibilismo que suele caracterizar el quehacer político diario, sino mediante una visión englobadora que aspira colocar a nuestra sociedad sobre una base diferente, con el fin de crear y asegurar el buen vivir de todas y todos. Esta es la única manera de que las fuerzas sociopolíticas progresistas puedan volver a la ofensiva ganando credibilidad y poder creativo (cf. Brand, Pühl y Thimmel, 2013).

Lo que hace falta, pues, es un nuevo modelo de bienestar, cuyos enfoques conocemos desde hace mucho tiempo. Otras formas de alimentación y movilidad, suministro de energía y comunicación, vivienda y vestimenta. No partimos de cero, hay muchos debates, propuestas y planteamientos prácticos (cf. Habermann, 2012; Felber, 2012; Haug, 2011).

Se requiere, pues, de muchos actores con enfoques, aspiraciones y acciones progresistas para impulsar un proyecto de este tipo. Se trata de movimientos sociales —a menudo ubicados en los márgenes de la sociedad—, pero también, más en el centro, de asociaciones progresistas, incluyendo, por supuesto, los sindicatos y partes del sector empresarial, igual que muchas ONG. Son personas y colectivos del mundo académico crítico, grupos de reflexión y medios de comunicación, además de empresarios conscientes. Los individuos y las organizaciones comprometidas socialmente desempeñan un papel importante en el desarrollo de las cooperativas energéticas, el avance de la agricultura ecológica y muchas otras cosas. Se trata de colectivos e individuos que, sea de una u otra forma organizada, se dedican a otras prácticas cotidianas de vivir, trabajar y consumir. Pero también reciben incentivos institucionales para realizar su trabajo, si bien todo esto no suele surgir de la nada, pues es aquí donde los partidos siguen siendo puntos de cristalización, y como expresión y parte de conflictos sociales más amplios, también posibles fuerzas motrices. Me parece importante que los partidos, como actores privilegiados del sistema político, no tengan una relación instrumental con estos actores.

Mi firme suposición es que no solo necesitamos urgentemente una transformación socioecológica, sino que, a pesar del fortalecimiento de las fuerzas populistas de derechas y de extrema derecha, sigue arraigado en la sociedad un anhelo de democracia y una mayor

justicia, de un bienestar que sea realmente sostenible ecológicamente.

En primer lugar, hay que eliminar un obstáculo central que ya he mencionado al comienzo: la política de austeridad dominante en Europa. Esta refuerza los bloqueos ya de por sí inherentes a la política, es decir, el papel de la política basada en el poder y en satisfacer los intereses dominantes; la orientación a corto plazo y el carácter reactivo que a menudo caracterizan la política, y la fragmentación generalizada de la misma en diferentes ámbitos —aquí el medioambiente y allí la economía, aquí el mercado laboral y allí la migración—.

Hay otro aspecto importante que debe tenerse en cuenta cuando enfocamos el proyecto de una modernidad solidaria que incluye una transformación socioecológica. La remodelación consciente y democrática de las condiciones sociales mundiales, el establecimiento de condiciones sociales libres y solidarias, justas y ecológicamente sostenibles, deben cambiar una constelación que Markus Wissen y yo llamamos modo imperial de producción y vida (Brand y Wissen, 2017)[58].

Politizar esta constelación, en vez de solo moralizar, es una enorme tarea. ¿Qué implicaría si, a diferencia de lo que ocurrió en Europa, allí no se impusiera la concepción del bienestar simbolizada por el aumento del consumo de carne como expresión del propio aumento de prosperidad material, creándose, en vez de ello, una conciencia social de que el consumo excesivo de carne tiene implicaciones problemáticas? Este y muchos otros campos de acción son centrales para el aprendizaje global, para el que “los conceptos de desarrollo global tendrían que fundamentarse en la imposibilidad de universalizar los niveles de consumo occidentales y en las amenazas para las bases de subsistencia” (Overwien, 2016: 237).

Entonces, ¿cómo puede concebirse y plantearse en la práctica la transformación socioecológica hacia una modernidad solidaria? (cf. en detalle Brand y Wissen, 2017: cap. 8). El horizonte de esta transformación socioecológica progresiva consiste en la reconstrucción, de gran alcance, del modo de producción y de vida más allá de las opciones tecnológicas y del mito de una posible disociación entre crecimiento económico y consumo energético (ibid.: cap 7). Esta perspectiva no pasa por alto el hecho de que el modo de vida esbozado anteriormente, aunque resulte atractivo o al menos aceptable para muchas personas, debe transformarse. Esto significa alejarse de la cultura de "la avaricia es guay" o del "comprarse la felicidad"; sobre todo, porque hasta ahora las normas de producción y de consumo han sido establecidas por las empresas con su enorme para influir sobre la sociedad y la política.

Desde una perspectiva progresista más amplia, lo que se propone aquí es una perspectiva "rojiverde" (Thie, 2013), es decir, una combinación entre planteamientos sociales y ecológicos, en vez de la acostumbrada manipulación premeditada de unos contra otros. La protagonista sería una izquierda transformadora, capaz de trascender las fronteras partidistas y establecer nuevas conexiones tanto conceptuales como político-prácticas. Para ello resulta fundamental un modelo alternativo de bienestar y prosperidad.

En mi opinión, un punto de partida central, especialmente en la crisis actual y con la espada de Damocles del aumento del desempleo y la creciente precariedad, consistiría en que una reestructuración socioecológica estuviera vinculada a una política laboral que disminuyera progresivamente el tiempo de trabajo. No

se trata solo de la reducción del número de horas extras favorecidas fiscalmente o de modelos atractivos de jornada semanal y de vida laboral. A través del tema de la política del tiempo de trabajo también se plantean apremiantes cuestiones ecológicas: ¿son la producción y el consumo fines en sí mismos? ¿Se puede permitir seguir con el imperativo de favorecer la exportación a toda costa? ¿Qué nuevo valor debe otorgarse al trabajo no remunerado de cuidados a personas menores y mayores o al compromiso social frente a la priorización absoluta del trabajo asalariado a la que estamos acostumbrados?

La transformación hacia una modernidad solidaria irá acompañada de nuevos y atractivos principios rectores: la disposición del tiempo como elemento de prosperidad; el valor de la moderación frente a las exigencias en cuanto al uso de recursos, y el cuestionamiento de la presencia diaria de los productos que el mercado mundial proporciona a bajo precio. Frigga Haug (2011) lo ha resumido bien con la expresión “perspectiva cuatro en uno”: en el centro, además del empleo remunerado, debe estar el cuidado tanto de uno mismo y de los demás como de los fundamentos naturales de la vida. Se trata de elementos que han sido formulados desde hace tiempo por economistas en el debate feminista y que ya se han materializado en muchas iniciativas concretas (cf. Biesecker y Baier, 2011).

Los logros del Estado de bienestar deben ampliarse y profundizarse, en lugar de recortarse. Sin embargo, no se trata solo de reforzar el papel rector del Estado. Hay que cambiar su base material, lo que requiere un impuesto sobre las transacciones financieras, así como un impuesto sobre el patrimonio, la erradicación del fraude fiscal y el aumento de los impuestos sobre sucesiones y altos ingresos. Pero más allá del mercado y del Estado, resulta necesario reforzar los bienes comunes de los que la sociedad se siente responsable.

Tal proceso de transformación hacia otro sistema energético y una movilidad realmente sostenible, hacia otras formas de agricultura y alimentación, hacia un cambio en cuanto a la priorización de productos duraderos, y también hacia un menor consumo material, al menos para las partes más acaudaladas de la sociedad, no debe llevarse a cabo a espaldas de la población en general. En particular, no debe dejar sin amparo a las personas con menos poder e

influencia exigiéndoles todavía más renuncias materiales, pues en ello consiste la variante más conservadora de la crítica al crecimiento.

Más aún: a aquellas personas que normalmente disponen de un margen de acción menor y que se encuentran en situaciones de mayor indefensión, habría que quitarles el miedo al cambio. Hoy en día, la mayoría de la gente asocia el término reforma con más inseguridad, más miedo al futuro y una mayor redistribución desde abajo hacia arriba. Por eso siguen siendo importantes las propuestas políticas distributivas: una distribución más justa de la riqueza y los ingresos, del poder y de las oportunidades en la vida. La diferencia específica esencial de una política progresista, en contraste con el liberalismo económico y muchos enfoques conservadores, es, justamente, exigir y realizar la redistribución desde la cúspide hacia la base de la sociedad.

El potencial de la crítica Al crecimiento

Se trata de plantear otras lógicas sociales más allá de la dependencia del crecimiento económico expansivo y de la fijación en la producción material, el consumo y el empleo remunerado. Actualmente, es en el debate sobre el "más allá del crecimiento", el "poscrecimiento" o el "decrecimiento" (cf. Brand 2014; Degrowth in Bewegung(en), 2016; Adler y Schachtschneider, 2017) donde más se cuestionan tales lógicas, abriéndose espacios para enfoques alternativos.

La constelación en la que se refleja esta veneración por el crecimiento económico es la siguiente: la fórmula de reconciliación distributiva, en las sociedades capitalistas modernas, consiste en el crecimiento económico valorado en dinero. Esto aumenta el margen de maniobra distributivo tanto del Estado como de las partes en la negociación colectiva laboral. Las luchas históricas del movimiento obrero han producido una fuerte politización de aquellas dimensiones del desarrollo social que atañen al crecimiento económico y a las políticas económicas y distributivas en general. Con ello, otros aspectos han sido marginados o, en parte, entraron solo más tarde en el escenario político: por ejemplo, los relativos ya sea a la justicia de género y al impacto medioambiental del crecimiento y el modelo de producción, o ya sea a las condiciones internacionales (imperiales), es decir, al hecho de que la gente de otros países trabaje en peores condiciones y que, a través del comercio internacional, contribuya a la opulencia en los países ricos. Especialmente en tiempos de crisis económica, se vuelve más evidente lo que implica el hecho de que el crecimiento económico no esté garantizado.

De hecho, en estos tiempos nos vemos frente a una constelación social distinta; y es esta la que primero debe ser analizada, para luego ser gestionada políticamente, por una izquierda enfocada hacia la sostenibilidad.

Especialmente en las condiciones de un capitalismo dominado por los mercados financieros, el crecimiento mismo se está convirtiendo en un factor desestabilizador. También el mayor crecimiento de la producción de bienes y servicios, en particular de bienes de vida corta o muy sensibles al desgaste, aumenta la inestabilidad potencial y real. Hay que garantizar el suministro de los recursos, lo que está provocando cada vez más conflictos. Además, el cambio climático crea muchas incertidumbres, incluidos los peligrosos puntos de inflexión de los climas locales o regionales, o el deshielo del permafrost, que libera cantidades inimaginables de gas metano.

En el debate sobre el poscrecimiento se hace hincapié en otro aspecto. Además de las cuestiones de distribución, la transformación socioecológica implica una forma diferente de producir y de vivir: menos coches, haciendo rodar aquellos que quedan con un consumo de energía significativamente más bajo, menos viajes en avión y una reducción significativa en cuanto al consumo de carne, incluyéndose el paso desde una agricultura altamente industrializada hacia una agricultura verdaderamente sostenible. Pero producir y utilizar muchos menos vehículos motorizados, iniciando aquí un proceso de reconversión, no debe llevarse a cabo a costa de las personas asalariadas (Candeias et al., 2011). Hay que reforzar otras formas de movilidad —todas ellas conocidas desde hace tiempo—, pero también evitar la llamada movilidad obligada.

Quiero avanzar un paso más. En mi opinión, el objeto esencial de crítica, inherente a una concepción progresista del bienestar y de la prosperidad, es lo que propulsa el crecimiento, es decir, el principio capitalista del beneficio y de la competencia. La dinámica capitalista se impone y se desenvuelve mediante el predominio del valor de cambio sobre el valor de uso. El capital emprende una búsqueda incansable de valorización, ya sea en los mercados financieros o a través de las inversiones en la industria o en los servicios, ya sea mediante la compra de tierras o la explotación de recursos. Inherente a la maquinaria de crecimiento capitalista es la tendencia a la sobreacumulación y a la sobreproducción. Esto lleva a que las mercancías tengan que ser vendidas mediante poderosas estrategias de marketing. Incluso, lo que también forma parte de la maquinaria del crecimiento es la dependencia del empleo

remunerado, una base importante de la financiación del Estado.

Esto nos lleva a un aspecto que apenas ha desempeñado un papel en el debate crítico sobre el crecimiento y las alternativas: la conexión entre el crecimiento económico y el dominio capitalista (Brand, 2014). Las múltiples relaciones sociales que requieren una orientación hacia el crecimiento económico, al mismo tiempo que garantizan su propia permanencia a través de él, son relaciones capitalistas de clase, étnicas y de género que se despliegan en condiciones globales altamente asimétricas y que, a su vez, son todas mediadas política, cultural y económicamente. Ahora bien, todo lo que ya no se cuestiona en el pensamiento, y en la acción, refuerza las relaciones de dominio y sometimiento, riqueza y pobreza, inclusión y exclusión. La dominación es también una determinada forma de política, es decir, aquella enfocada hacia el Estado y los partidos. Esta forma de política está fuertemente orientada hacia la creación de constelaciones propicias al crecimiento capitalista que sean políticamente apropiadas.

Para decirlo de manera más precisa: la gente está atenazada en la pinza del crecimiento capitalista, agarrada por el miedo de perder —o ser castigada por el hecho de haber perdido— su medio de vida, es decir, el empleo remunerado, aunado a la pérdida de estatus que ello conlleva. El modo de producción y de vida dominante tiene mucho que ver con el régimen de dominación. Aun siendo promesas falsas, eslóganes como “la avaricia es guay” o “comprarse la felicidad” lo están consolidando. El productivismo, bajo el dictado de la requerida competitividad global, equivale al dominio capitalista en el lugar de trabajo y fuera de él; y quisiera subrayar que la división capitalista del trabajo es también una división de género.

El movimiento del decrecimiento está abriendo nuevos espacios para pensar la sociedad de manera distinta, fuera de la idolatría del crecimiento económico. Y así va creando las condiciones sociales en las que las personas puedan desplegar y vivir su individualidad, en un contexto social solidario, que es la condición para el libre desarrollo de la personalidad.

Para cambiar las poderosas lógicas mencionadas e ir caminando, de manera unida, hacia una modernidad solidaria, se precisa una

izquierda transformadora capaz de manejar conflictos, es decir, una izquierda que no solo sepa distribuir mejor, sino que también logre intervenir en las formas de producción que caracterizan a esta sociedad. Ahora bien, las cuestiones de propiedad, como todos sabemos, son el meollo del asunto. Un ejemplo: ¿quién determina la manera en que se suministra la energía en este país, en esta ciudad?

Aquí yace el núcleo de una concepción de izquierdas acerca del bienestar y de la prosperidad que opta por el proyecto político, por la producción y el consumo ecológicamente compatibles y por la visión de una vida digna y atractiva para todas las personas: hay que cambiar las formas desestabilizadoras del crecimiento capitalista y los intereses asociados a ellas. Esto requiere poder lidiar con y resolver posibles y probables conflictos que vayan surgiendo en el horizonte de una transformación socioecológica.

La perspectiva de una democracia transformadora en pro de un modo

de vida solidario

En resumidas cuentas, mediante una gran variedad de iniciativas se trata de poner en marcha, reforzar y defender unas transformaciones socioecológicas en los partidos y los aparatos estatales, en las asociaciones y los sindicatos, en las empresas y sus grupos de interés, en los movimientos sociales y en la esfera pública en general (sobre el concepto y el actual cambio estructural de la esfera pública, cf. Steffens, 2016). No existe un plan maestro para ello; tendrá lugar de forma desigual, con saltos y retrocesos. Sin embargo, hay un proyecto que diseñar; y en este camino surgirán contradicciones y conflictos que habrá que resolver adecuadamente.

Tan amplia comprensión del necesario cambio nos lleva a otro elemento central de una política emancipadora: la democratización de la sociedad, en el sentido de un debate y de una toma de decisiones, a nivel colectivo, concerniente a todos los asuntos comunes, incluyendo unas formas transparentes de representación. ¿Quién puede opinar, decidir y gestionar conjuntamente los asuntos que atañen a toda sociedad? La democracia en tiempos de emergencia ecológica implica, además, que la ciudadanía vuelva a sentirse responsable de la sociedad en su conjunto y, por tanto, también de sus relaciones con la naturaleza.

Un proceso democrático de transformación socioecológica también requiere las "competencias intelectuales y morales de quienes tienen derecho a opinar" (Martí, 2006: 22), aunque esto debe entenderse como una indicación general y no como un criterio claro de inclusión y exclusión en el proceso de participación. No obstante, sigue siendo importante la cuestión de quién tiene los conocimientos y los recursos de poder, ya sea para impulsar, ya sea para impedir, los avances sociales relevantes. ¿Cómo se consigue

delimitar y controlar los correspondientes intereses poderosos, poniendo en tela de juicio sus fundamentos materiales en forma de influencia y patrimonio?

¿Cómo será posible, en este proceso de transformación, apoyar a las fuerzas sociales más radicales —aquellas que toman en serio la crítica al crecimiento capitalista, los modelos económicos alternativos y el sufrimiento en la vida cotidiana— abriéndoles camino en la política? ¿Cómo se pueden ganar mayorías sociales para ello? Estas son preguntas cruciales, en el sentido de que no solo se reacciona políticamente ante las crisis y a las tendencias ultraderechistas, sino que se empieza a dar forma al futuro (cf. Overwien, 2016: 243).

Se trata de transformar democráticamente el modo de vida imperial y de reemplazarlo por un modo de vida solidario[60]. Los cambios en el modo de vida imperial tienen que empezar en diferentes puntos: aquí resulta central establecer otras reglas políticas y generalizar otros modelos y "normalidades" que debiliten la dinámica expansiva capitalista y la continua ocupación de lo otro no-capitalista (Landnahme), estableciendo las bases para un modo de vida solidario. Además, son importantes la transformación de las subjetividades, la paulatina eliminación de la injusticia, experimentada diariamente por los seres humanos, y el cambio efectivo de las relaciones de poder. Se trata de las dimensiones concretas de la vida —en los ámbitos de la alimentación, la vivienda, la vestimenta, la salud, etc.—, más allá de todas las prácticas disciplinarias que apoyan la expansión capitalista —y los múltiples acaparamientos que esta conlleva— y que jerarquizan la sociedad.

Los procesos en los que se generaliza, en la sociedad, una forma de vida basada en la solidaridad, se desarrollarán simultáneamente como transformación de las condiciones sociales y como un cambio que surge del interior de las personas incluyendo tanto su pensamiento como su acción. Para el desarrollo de alternativas resulta importante la crítica, porque, por un lado, el futuro surge del presente, y es lo existente lo que hay que comprender en primer lugar. Por otro lado, el modo de vida imperial se ha inscrito en los deseos y los cuerpos de muchos individuos, por lo que las

alternativas también surgen de la confrontación política con el propio modo de vida y de dar vía libre a experimentar (con) alternativas más allá del modo de vida imperial.

El cambio en el sentido de una transformación crítico-emancipadora significa, antes que nada, poner freno a los desarrollos problemáticos: los nuevos procesos de expansión capitalista a través del acaparamiento de tierras y recursos, unidos a la mercantilización de las personas y de la naturaleza; las políticas autoritarias de bloqueo (lock-in) neoliberal, tal y como se van a institucionalizar a nivel internacional, por ejemplo, a través del Acuerdo Integral de Economía y Comercio (CETA), el tratado de libre comercio entre Canadá y la Unión Europea, la externalización de las consecuencias negativas del modo de vida imperial, así como la creciente violencia y militarización de la resolución de conflictos.

Las propuestas alternativas y los enfoques prácticos son numerosos: el fortalecimiento de la vivienda pública y la reivindicación del "derecho a la ciudad"; las ciudades o pueblos en transición (transition towns) y el movimiento de huertos urbanos; los movimientos de justicia ambiental y climática; Ende Gelände y otros movimientos de desobediencia civil que reclaman el final de la era del carbón y, especialmente, el cierre de las las minas de lignito a cielo abierto en Alemania, así como la protección de los terrenos naturales frente a los intereses de empresas energéticas; la democracia energética y la socialización del suministro energético; la soberanía alimentaria y la agricultura ecológica; el fortalecimiento de los derechos de los animales y —provenientes de América Latina— de los derechos de la naturaleza; los comunes y las prácticas sociales de commoning, de actuar de forma conjunta, basadas en los principios de compartir, cuidar y producir en común; el concepto de trabajo decente o trabajo digno y la renta básica; el reparto solidario del trabajo reproductivo remunerado y no remunerado; el software libre y la autodeterminación informativa, y la política social como "infraestructura socioecológica". Entre las alternativas institucionales figuran los Consejos para el Futuro del Mundo (World Future Councils), que representan y reagrupan los intereses de las futuras generaciones, situándolos en el centro de las decisiones políticas; la regulación de los mercados financieros o las estrategias de "reacondicionamiento de la movilidad urbana"

después de decenios de la preferencia absoluta otorgada al tráfico motorizado. Los conceptos globales son el decrecimiento y el poscrecimiento; el posdesarrollo y el posextractivismo; la revolución de los cuidados y la huelga de cuidados; la desaceleración y la disposición de tiempo como elemento de prosperidad, la convivialidad —entendida como capacidad de los individuos de interactuar de una forma creativa y autónoma con su entorno y con los demás para satisfacer sus necesidades—; la ya mencionada "perspectiva cuatro en uno", los derechos sociales globales y el buen vivir para todas las personas, como forma de vida que permite la felicidad; y la defensa de la diversidad cultural y ambiental, en armonía, igualdad, equidad y solidaridad.

En nuestro libro Modo de vida imperial (2017), Markus Wissen y yo argumentamos ampliamente que uno de los mecanismos básicos de aquel consiste en la externalización tanto de sus condiciones previas como de sus consecuencias social y ecológicamente problemáticas. Este modo de vida y de producción produce sistemáticamente malas condiciones de trabajo y explotación, relaciones políticas y sociales autoritarias, condiciones de vida precarias y destrucción ecológica. Sin duda, la abolición de los distintos mecanismos de externalización es una de las tareas más difíciles de cara a un modo de vida solidario. Un requisito básico es hacer visible esta externalización, algo que es el propósito del propio concepto de "modo de vida imperial". Esto significa la concienciación y la comprensión de que los propios privilegios se basan en la explotación y la destrucción dentro de la propia sociedad, pero también "en otros lugares". La información sobre esto está presente todos los días, pero en la sociedad no existe un conocimiento al respecto capaz de empujarnos a la acción.

Es aquí donde yace la tarea central para una educación política integral en el sentido de un "aprendizaje global".

Capítulo 8

¿Qué hacer? Alternativas vividas, reivindicaciones emancipadoras e intervenciones políticas

En el verano de 2023 parece que algo ha cambiado en Europa. Las catástrofes de las inundaciones extremas, las sequías y los incendios forestales han provocado que, en gran medida, sea aún más evidente y generalmente reconocido que el cambio climático está teniendo lugar y tiene, a veces, efectos devastadores. Anteriormente, a muchas personas del Norte global les había parecido que los peligros para las bases naturales de la vida existían solo en otros lugares o en un futuro lejano. Ahora cada vez más gente siente las consecuencias en su propia piel.

Desde hace algunos años, especialmente el movimiento por el clima y los medios de comunicación críticos vienen señalando que en la actualidad existen muchos conocimientos verificados sobre el cambio climático. Por ejemplo, en el Sexto Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). En él se destaca que en 2020 la temperatura media mundial ha aumentado 1,1 grados desde el inicio de la industrialización. La temperatura ha subido más en tierra que en los océanos, y en Europa más que la media mundial. Esto genera estrés térmico, daños a la salud y reduce el bienestar, la productividad laboral y la capacidad de concentración y aprendizaje. Los daños y pérdidas relacionados con el cambio climático están aumentando en general (IPCC, 2022).

Las alteraciones bruscas y repentinas del clima mundial (puntos de inflexión) tienen consecuencias imprevisibles. Están provocadas, por ejemplo, por el deshielo de los glaciares, el cambio de las corrientes oceánicas o el deshielo de los suelos de permafrost y la consiguiente inmensa liberación de metano.

Una cifra del informe va más allá de lo imaginable: casi 3.600 millones de personas viven ya en contextos fuertemente afectados por el cambio climático. Esto afecta especialmente a aquella población del Sur global que históricamente ha contribuido menos al cambio climático, pero estos colectivos también existen en el

Norte global. Según el informe del IPCC, el suministro de alimentos y agua se está convirtiendo cada vez más en un problema. En determinadas regiones está aumentando la necesidad de agua para el riego artificial, especialmente para la agricultura, debido al aumento de la sequía. Y el aumento del calor extremo está elevando las tasas de mortalidad.

Crece el número de personas que, por motivos económicos, políticos y climáticos, se ven obligadas a abandonar su entorno vital, cada vez más precario, y están empujadas a emigrar o incluso a huir. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados estimó, a mediados de 2023, que más de 100 millones de personas en todo el mundo huyen de la persecución, la guerra y la violencia (ACNUR, 2023). El "verano de la migración" de 2015 supuso un primer pico de movimientos masivos de refugiados hacia Europa. Esto provoca inseguridades y temores en los países de destino, que son instrumentalizados políticamente, sobre todo por las fuerzas derechistas. La respuesta de los gobernantes es aumentar el cierre de la "Fortaleza Europa", por ejemplo, mediante la reforma del Sistema Europeo Común de Asilo (SECA) negociada en la UE, en 2023.

Estos acontecimientos son una escalada dramática de la dinámica de la crisis socioecológica que se ha analizado en este libro.

A través del concepto de modo de vida imperial se ha demostrado que la necesaria transformación socioecológica radical es una tarea de gran envergadura. Ciertas ideas sobre lo que significa "vivir bien", basadas en los correspondientes criterios para determinar el grado de "desarrollo" de una sociedad, están profundamente arraigados mentalmente, a la vez que están estrechamente ligados al interés en defender el propio poder y dominio, si es necesario, con violencia directa. Esto se revela en las prácticas cotidianas, en nuestro "hábito" (la mentalidad de exigencia interiorizada e incluso inscrita en el propio cuerpo, la insistencia en preservar los privilegios, las prioridades materialistas, etc.). El factor decisivo no es la conciencia medioambiental, frecuentemente invocada, sino los hábitos de consumo —sin tomar conciencia en la vida cotidiana de lo que realmente implican— y las condiciones marco político-económicas.

El consumo responsable es importante, pero no una solución general, y menos cuando de esta manera se transfiere la responsabilidad de la crisis ecológica de los gobernantes a los individuos. Un segundo aspecto: a menudo se alaban como alternativas la innovación tecnológica y la "revolución de la eficiencia" o "ecoeficiencia" para multiplicar la productividad de los recursos. Las tecnologías son importantes, pero en ellas están inscritas las relaciones de poder y la degradación de la biosfera. Necesitamos una comprensión completamente diferente de las tecnologías.

Sin embargo, como he argumentado repetidamente en este libro, el factor decisivo es el siguiente: de forma colectiva nos corresponde crear e interiorizar las condiciones para una existencia plena, digna y suficiente en la sociedad, para que la vida no sea a costa de otras personas y de la naturaleza. En los últimos años, 80 científicos han elaborado para Austria un informe lleno de propuestas y visiones para las "estructuras de una vida respetuosa con el clima" (APCC, 2023).

Esto no puede lograrse sin cuestionar de raíz nuestro sistema económico y social y, por tanto, nuestro modo de vida, en busca de una existencia más allá del beneficio económico. Y, por supuesto, también hay que abordar la cuestión de la propiedad. Por dos razones: por un lado, para proteger los bienes comunes y liberarlos de la dinámica del crecimiento; y por otro, para acabar con la creciente desigualdad y la instrumentalización política del poder económico. En última instancia, las luchas ecológicas también tienen que ver con la democratización de la economía.

Y no lo conseguiremos si no presionamos a la política oficial para que cumpla con lo que es su obligación. No obstante, el Estado está mayoritariamente en contra de la sostenibilidad porque se aferra, en el mejor de los casos, al sendero de la modernización ecocapitalista, y porque se suele mostrar muy poco dispuesto —y quizás también incapaz— a cambiar sus propias estructuras y a impugnar las relaciones de poder sociales existentes.

Ahora bien, hay muchos enfoques que pueden englobarse en la idea de un modo de vida solidario.

Hay muchos ejemplos y modelos de alternativas —espacios para un modo de producción y de vida solidarios—, como el principio de la economía de los cuidados, en la que las infraestructuras socioecológicas se ponen al servicio de la ciudadanía y sus necesidades sociales básicas. Hay innumerables propuestas e iniciativas que incluyen cambios concretos en los ámbitos de la alimentación y el agua, la movilidad y el transporte, la vivienda y el espacio urbano, etc.

No se trata de "renunciar" o "encogerse" (como a menudo se achaca), sino de una reestructuración selectiva de la economía y la sociedad. Desde hace algún tiempo, en América Latina existe un acalorado debate sobre "buen vivir", incluyendo un alejamiento de la economía extractiva, que lleva siglos arramblando al continente. Esto no implica en absoluto romantizar las formas de vida indígenas o de otro tipo, pero permite que otras experiencias y perspectivas tengan la palabra, incluidas aquellas que, en sus subjetividades, están menos subsumidas al capitalismo. De hecho, sí que existen unas resistencias dinámicas al modelo de desarrollo dominante, que también está cambiando actualmente, pero no para mejor, pues en muchos lugares el proyecto de modernización capitalista está siendo impulsado por Gobiernos autoritarios-progresistas.

El concepto del "buen vivir" significa defender ciertas formas de vida tradicionales, desarrollar alternativas cuando sea necesario y cambiar las condiciones internas e internacionales (Waldmüller, 2014; Acosta y Brand, 2017). El horizonte del "buen vivir" no hace una distinción tajante entre las necesidades sociales, individuales y espirituales, sino que se trata de luchar por una vida común plena en todos los sentidos. Un aspecto importante son también los derechos de la naturaleza, a los que se dio rango constitucional en Ecuador, por primera vez en todo el mundo. Esto va de la mano de los conflictos con los intereses dominantes. El 20 de agosto de 2023, en un referéndum histórico, casi el 60% de los votantes con derecho a voto en Ecuador lo hizo a favor de dejar el petróleo bajo tierra en la zona central de la Reserva de la Biosfera Yasuní. Así, una de las zonas más ricas del mundo en biodiversidad permanece intacta. Ahora cabe esperar que el Gobierno acate la decisión.

La ruptura con los modelos de desarrollo anteriores radica también

en el hecho de que se contradice la demanda, tantas veces pronunciada, de que “hay que permitir que el Sur crezca”. No se trata solo de superar las relaciones patriarcales, racistas y de clase, y de luchar por una nueva regulación del mercado mundial compatible social y ecológicamente, sino también de desarrollar una economía solidaria basada en una comprensión diferente de la naturaleza, con el fin de hacer retroceder la coacción al crecimiento que impone violentamente el sistema económico capitalista. Esta es la condición para una vida buena y digna para todas y todos.

Nos enfrentamos a un gran reto en tiempos “pospolíticos”: la gente también debe querer la transformación. Aparte de las condiciones para un “buen vivir” mencionadas anteriormente, se trata también de una cuestión de educación política, pero también del deseo de una vida suficiente y con sentido. Necesitamos sujetos políticos que no se limiten a soñar utópicamente, sino que lleven sus utopías a la práctica del trabajo y la vida cotidiana, y que se atrevan a organizarse para un futuro mejor.

El reclamo de reparaciones climáticas

En los últimos cinco años, el movimiento mundial por el clima ha conseguido que la crisis climática sea ampliamente reconocida y debatida. Pero las críticas son repetidamente cooptadas y reinterpretadas por los gobernantes. Un ejemplo destacado de esto último es el Pacto Verde Europeo anunciado por Ursula von der Leyen al inicio de su mandato como presidenta de la Comisión de la UE a finales de 2019. Se trata de un amplio programa para la descarbonización de la economía, la política industrial verde o la garantía del suministro energético ante los crecientes conflictos geopolíticos. Sin embargo, en el mejor de los casos, el plan se hará realidad en algunos sectores concretos, porque la resistencia por parte del capital es demasiado grande. Por otra parte, el acuerdo perjudica a las sociedades del Sur global, por lo que también se habla de “extractivismo verde” o “colonialismo verde”. Contra este tipo de modernización ecológica del modo de vida imperial se precisan duras críticas y resistencias.

En la política climática, actualmente están surgiendo nuevos campos de batalla. Además de mitigar o al menos reducir el cambio climático, la atención se centra cada vez más en cómo adaptarse a él. Las formas concretas de adaptación son controvertidas. ¿Son principalmente “soluciones” técnicas? ¿Qué colectivos de la sociedad tienen así la oportunidad de verse menos afectados por la emergencia climática gracias a las medidas de adaptación? ¿Quiénes ganan de verdad con estas medidas? En cualquier caso, son principalmente los habitantes del Norte global y las corporaciones financieramente fuertes quienes se benefician.

Para que los intereses dominantes de la modernización ecológica no se impongan con facilidad, se trata de plantear exigencias políticas más focalizadas y convincentes. Con ellas se puede presionar a las fuerzas e intereses dominantes y resaltar las alternativas. Me gustaría ilustrar esto con un ejemplo.

Una cuestión importante es cómo hacer frente a los daños climáticos: por ejemplo, cuando pequeños Estados insulares se hunden porque sube el nivel del mar o porque se producen inundaciones devastadoras, como las de Pakistán en el verano de 2022. En la política oficial se habla desde hace algunos años de "pérdidas y daños" (loss & damage). Rápidamente se evidencia que los actores del Norte quieren controlar los procesos a través de las medidas oficiales que toman: cuando ofrecen condonar la deuda de los países del Sur a cambio de la protección del clima, a menudo son ellos los que dictan las condiciones. No está garantizado que al final se consiga una reducción efectiva de la deuda externa, pero, en los balances climáticos del Norte, este acredita las reducciones de emisiones a su favor. La cuestión también se reduce mucho a los flujos financieros, en los que los Gobiernos del Sur también pueden tener interés, pero a menudo a expensas de las poblaciones locales de sus países.

Los movimientos sociales tienden a hacer hincapié en la existencia de una deuda climática y en demandar las correspondientes reparaciones climáticas (Bhadani, 2021). En primer lugar, se refiere sin duda a compensaciones económicas. En segundo lugar, y mucho más importante, implica demandar a quiénes son los principales responsables de la crisis climática para que asuman sus responsabilidades. Y en tercer lugar, se trata de que la gente tenga y pueda crear unas condiciones de vida adecuadas y justas: un buen sistema educativo y sanitario, por ejemplo, o poder vivir sin miedo. No hay que olvidar que muchas cosas ya no se pueden solucionar: la enfermedad y la muerte de muchas personas, la pérdida de biodiversidad, las selvas deforestadas, los lagos y ríos secos, etc. En otros casos, la restauración de las existencias individuales, de las comunidades y de los ecosistemas es posible.

Exigir reparaciones climáticas, al igual que reivindicar una justicia climática, puede convertirse en una baza fuerte de los movimientos sociales. Esta demanda puede provocar algo que los gobernantes temen: el cambio de estructuras y relaciones de poder —tales como la supremacía de los Gobiernos del Norte en muchos asuntos—, o el debilitamiento de los "delincuentes fósiles" como BP, Shell, ExxonMobil o Chevron, así como de los que los financian. que desde hace décadas saben exactamente el desastre que ellos mismos están

causando.

Esta comprensión del tema de la reparación climática enfocaría las cuestiones de la autodeterminación y la tenencia de las tierras, que a menudo se ignora en el movimiento climático del Norte. Exigiría una condonación incondicional de la deuda, porque en muchos casos las deudas de los países del Sur hace tiempo que se han pagado y son más bien un instrumento de dominación (tal como lo denunció la campaña del Jubileo 2000, o la campaña internacional por la condonación de la deuda externa del Sur).

La exigencia de reparaciones climáticas iría de la mano de cambios estructurales en los países del Sur global. Hay que abordar las causas de la crisis climática, el colonialismo climático y la insuficiente política climática internacional. Esto nos remite al modo de vida imperial. Quedan abiertas muchas cuestiones: la naturaleza de las reparaciones y de los procesos de restauración; o en el caso de los flujos financieros: ¿quién, para quién, cuánto, para qué? ¿Cuáles son las exigencias concretas y a corto plazo, cuáles son los horizontes a largo plazo de una vida buena para todos?

Las respuestas surgirán de las diversas reivindicaciones y luchas, especialmente de los movimientos sociales del Sur global (cf. Rodríguez-Labajos et al., 2019). De esta manera, las reparaciones climáticas serían así un campo de aprendizaje para un “antirracismo en acción” y para un trabajo colectivo de memoria histórica de alcance planetario, en cuyo centro se colocarían las lesiones y los daños sufridos por las personas y los colectivos afectados por el colonialismo climático. En este proceso, podría emerger un tejido de solidaridad internacional a la altura de los tiempos.

La sociedad del poscrecimiento: poner límites políticamente

Habiendo ejemplificado la importancia de unas exigencias estratégicamente bien formuladas y situadas, me gustaría referirme ahora a un debate que se viene desarrollando desde hace unos 15 años, especialmente por parte de las ciencias de la Tierra. Este ha introducido de forma destacada la expresión límites planetarios, que se utiliza mucho más allá del ámbito científico, de forma similar al término del Antropoceno.

Desde 2009, el grupo en torno a Johan Rockström, en su día investigador del Centro de Resiliencia de Estocolmo y ahora director del Instituto de Potsdam para la Investigación del Impacto Climático, ha tenido una enorme influencia en el debate sobre la sostenibilidad. No entraré en ello específicamente, más bien quisiera destacar solo dos aspectos. Primero, el concepto de los límites planetarios ayuda a ampliar significativamente el debate sobre la crisis ecológica y cómo abordarla, más allá de un enfoque cada vez más centrado en el cambio climático y la crisis climática. Segundo, el análisis científico del sistema terrestre defiende con rotundidad que el bienestar de las sociedades requiere unas condiciones ecológicas estables. Y la situación se empeoraría enormemente en este sentido si el cambio climático prosiguiera, si la biodiversidad continuara disminuyéndose al acelerado ritmo como lo está haciendo ahora, si los suelos y los océanos continuasen acidificándose, y una extensa lista más de transgresiones ambientales. En artículos posteriores, el grupo de Johan Rockström reclama más conocimientos sobre las causas sociales de la transgresión de los límites planetarios, sea la actualmente en curso o en ciernes. También debería prestarse más atención a los efectos socialmente desiguales que tiene el hecho de que se vayan sobrepasando los límites biofísicos del planeta.

Quisiera concluir este libro con unas reflexiones sobre el tema de los límites sociales, es decir, sobre los límites que hay que fijar

políticamente, siendo ello un elemento central de las transformaciones socioecológicas radicales y emancipadoras.

Los procesos históricos de transformación —los que desembocaron en el capitalismo, pero también aquellos que se desarrollaron en el interior de él— se han entendido, en su mayoría, como proceso de "superación de fronteras". Esto se aplica en particular a la supuesta disponibilidad ilimitada de recursos naturales y de energía. Incluso hoy en día, los actores económicos y políticos dominantes en los países del Norte global siguen basándose en el supuesto de que, disponiendo del necesario poder adquisitivo a través del mercado mundial, pueden asegurarse los insumos materiales y energéticos para una economía orientada hacia la expansión permanente. Lo que aparentemente justifica esta presunción es la experiencia histórica de que el capitalismo es capaz de renovarse en y a través de las crisis. Esto suele ocurrir a un gran coste, y a menudo se ve ensombrecido por guerras y otras formas de violencia extrema, si pensamos en la transición del capitalismo comercial al industrial en el siglo XIX o de este último al fordismo tras la Segunda Guerra Mundial.

Hasta ahora, la transformación permanente del modo de producción capitalista ha sido posible gracias a un continuo desplazamiento de las fronteras, históricamente sobre todo en el Norte global, pero en las últimas décadas también en muchos países del Sur global. Los dos próximos grandes desplazamientos de fronteras ya son visibles hoy: por un lado, la nueva ronda de saqueo y expolio de los océanos, especialmente de las materias primas metálicas de los fondos oceánicos profundos y, por otro, el espacio exterior. Y también las dos palabras mágicas de la doctrina y la política económicas imperantes simbolizan la permanente transgresión de las fronteras: "innovación y progreso tecnológico".

El capital, como una relación social con una poderosa fuerza de despliegue, ve las fronteras como algo a traspasar. En estas certezas prometeicas se pierde el hecho de que la capacidad reproductiva de la naturaleza sea cada vez más precaria y que la naturaleza humana forme parte de la naturaleza extrahumana, a su vez dependiente y vulnerable.

Pero, de hecho, las arraigadas pretensiones de transgresión siempre

van acompañadas de nuevas demarcaciones fronterizas. La frontera más importante, que es al mismo tiempo el condicionamiento esencial de los procesos de transformación socioecológica actualmente necesarios, es el derecho exclusivo de disposición sobre el capital y, por tanto, sobre la función de inversión social. En efecto, en muchos países el poder político pone ciertos límites al capital, por ejemplo, mediante la regulación de las formas en que este explota la mano de obra asalariada, o las restricciones para ciertas prácticas de expolio y destrucción de la naturaleza. Pero, en general, sigue férreamente el rumbo de expansión y hace todo lo posible por mantenerlo, incluso en la guerra de Ucrania[61].

Empero, no debemos olvidar que existe una fórmula de compromiso hegemónico que caracteriza a las sociedades modernas: que la expansión económica no solo satisfaga los intereses del capital, sino que también cree unos márgenes de distribución para que se beneficien también los Estados y la clase trabajadora. Si no se produce la expansión y, por tanto, la valorización del capital, tenemos en el capitalismo sobre todo lo siguiente: unas crisis. Estas, a su vez, se suelen afrontar a costa de los más débiles y conducen a una mayor concentración del capital.

Dentro de las líneas de demarcación que el régimen de propiedad privada capitalista reproduce diariamente, se producen —o se amortizan mediante rentas— aquellos bienes y servicios para los que existe una demanda con suficiente poder adquisitivo. Esto conduce a una situación de escasez artificial, a la no satisfacción de las necesidades básicas elementales de miles de millones de personas por no disponer del dinero necesario. Un enorme despilfarro, producción improductiva e ingentes cantidades de basura, por un lado, y pobreza (extrema) y existencias infrahumanas, por otro.

Pero las fronteras de los Estados nación también tienen un efecto económico y ecológico expansivo. La competencia entre los Estados nación por las inversiones, los recursos, la creación de riqueza material —y el poder político y económico que ello implica—, incluso también por la externalización de las precondiciones y consecuencias negativas de la opulencia material, conducen a una expansión permanente.

Ambas “fronteras” —la de la propiedad y del mercado, por un lado, y la de los Estados nación, por otro—, con sus aspectos productivos y sus problemáticas intrínsecas, resultan esenciales para que se mantenga y se intensifique el modo de vida imperial. Por lo tanto, es necesario señalar otra vez la ambivalencia general de las fronteras y de la demarcación de los límites.

Desde el punto de vista político-institucional, esto se refleja, por ejemplo, en una decisión que fue celebrada internacionalmente, pero que en mi opinión fue catastrófica en cuanto a sus consecuencias. A finales de 2015, el Acuerdo de París de la Convención Marco sobre el Cambio Climático sustituyó el principio de “responsabilidades comunes pero diferenciadas” por las llamadas “contribuciones determinadas a nivel nacional” para reducir las emisiones de CO_2. El mensaje de París fue que los países y los Gobiernos ya no tienen que hacer lo que es ecológicamente necesario. En su lugar, deben hacer lo que puedan o estén dispuestos a hacer.

Es cierto que los Gobiernos, sobre todo la Comisión Europea, frente a la creciente crisis climática se superan ahora a sí mismos formulando objetivos de reducción cada vez más ambiciosos. Ahora bien, esto podría resultar un intento impotente de acordar límites cuantitativos, cuyo incumplimiento no pueda sancionarse, suavizando al mismo tiempo los objetivos y compromisos cualitativos. Vuelvo sobre este punto. “¡Mala suerte, tendremos que esforzarnos más!” es lo que las élites políticas y económicas podrían decirnos encogiéndose de hombros dentro de cinco y diez años.

La ausencia de fronteras para la acumulación capitalista, combinada con su paradójico trazado de fronteras, provoca enormes problemas y crisis ecológicas y tiene efectos económicos y sociales muy desiguales. Desde hace 50 años que se habla de “los límites”, especialmente en los debates sobre la ecología, y desde hace una decena de años el concepto de límites planetarios ocupa aquí un lugar destacado.

A lo largo de este libro he expuesto los argumentos de que, para mantenernos dentro de los límites planetarios, no basta con cambiar el sistema energético, es decir, descarbonizar nuestra economía. Una transformación socioecológica fundamental requiere un cambio

fundamental del modo de producción y de vida que sea a su manera "eficiente" y atractiva, pero nunca destructiva. Requiere el desmantelamiento de ciertas industrias y de las correspondientes normas de consumo, lo que no es fácil en términos de política social y de mercado laboral. Y también hay que reducir el consumo de energía y, sobre todo, de electricidad. No debemos caer en la falsa promesa de que las energías renovables sustituirán a los combustibles fósiles. Ante el fuerte aumento continuado del consumo de energía, estas últimas han tenido hasta ahora más bien un efecto complementario.

Ello exige unos cambios profundos en el proceso de acumulación, que se materializa en la producción capitalista de mercancías y en la economía de renta, mencionada al principio de este capítulo, y que va acompañado de un enorme poder económico y político.

Sin embargo, para ello también hay que tener en cuenta el carácter hegemónico del modo de producción y de vida capitalista o imperial. A nivel global somos testigos de muchas luchas de movimientos sociales contra el capital. Por importantes que sean, apenas bastan para poner límites al actual modo de producción y de vida. O más exactamente: un modo de producción y de vida tan "productivo" en lo material —tan atractivo para algunos, pero también tan destructivo para muchos— debe "ponerse límites a sí mismo".

Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿cómo, entonces, puede iniciarse y hacerse permanente un proceso de transformación para alejarse de la dinámica destructiva en constante aumento y avanzar hacia un modo de producción y de vida no destructivo que tenga una perspectiva de un "buen vivir" para todos los seres humanos? (Kallis, 2019).

Este espacio en blanco en muchas propuestas de cambio me ha llevado, a mí y a otros, desde la Conferencia de Decrecimiento de Leipzig en 2014, a crear repetidamente espacios de discusión. En ellos hemos esbozado con mayor precisión, desde una perspectiva de las ciencias sociales y en intercambio con diferentes actores sociales, la cuestión del "trazado de límites", es decir, la de crear las condiciones previas y los mecanismos que posibiliten el "cercamiento" de la dinámica de expansión capitalista.

A finales de 2019 se formó un equipo inicial de 40 autores y autoras, 28 de los cuales publicamos un artículo en el verano de 2021 en la revista Sustainability. Science, Practice and Policy (Brand et al. 2021). En él, presentamos y evaluamos brevemente el enfoque de los límites planetarios y argumentamos que las causas profundas de la dinámica residen en la lógica de expansión capitalista. Por lo tanto, no se trata solamente de una falta de voluntad política, de objetivos o instrumentos políticos inadecuados, de la carencia de concienciación y educación, o de tecnologías inadecuadas, sino esencialmente de patrones estructurales sociales que deben comprenderse y abordarse en su debida complejidad.

Al hacerlo, desarrollamos un concepto amplio y complejo de capitalismo que, además de la economía formal en sentido estricto, también abarca otras formas de reproducción material no mediadas por el dinero, pero también examina el Estado, las normas y valores sociales, el orden mundial desigual, el sistema de conocimiento dominado por Occidente y el metabolismo social.

El capitalismo no es, por tanto, una categoría que supuestamente lo explica todo, sino que se entiende como una heurística para comprender las causas sociales de la transgresión de los límites planetarios, sea la actual o la que se cierne como amenaza sobre nuestro futuro. Se trata de argumentar contra los vanos intentos tecnocráticos o simplistas desde un punto de vista político de gestionar la crisis ecológica.

Esto prepara analíticamente el argumento de que no puede tratar simplemente de cambiar la base energética y de materias primas, porque eso no es una solución posible en las condiciones del modo de producción y de vida capitalista dominante y necesariamente expansivo.

El punto de partida para reflexionar sobre la necesidad de "demarcar límites desde la sociedad" es el siguiente: la constitución liberal-capitalista —o en muchos países, no tan liberal— del mundo no solo conduce a la división social, la pobreza y la explotación local y en otros lugares, sino que también está desembocando rápidamente en la ruina ecológica del planeta. La competitividad a cualquier precio ya no es viable. Por lo tanto, no podremos evitar

elementos de planificación más fuertes, ni tampoco límites máximos de producción y consumo negociados a nivel nacional y, mayormente, a nivel internacional. Los procesos de negociación para respetar los límites sociales y ecológicos chocarán con el poder de disposición del capital sobre las inversiones y el aparato productivo. Solo tendrán éxito si las fuerzas progresistas son capaces de imponerse a la resistencia del lado capitalista.

En este capítulo nos referimos al debate actual sobre los límites y desarrollamos propuestas para una política de autocontención, es decir, la creación de condiciones sociales para una vida suficiente para todas las personas sin destruir los fundamentos biofísicos de la vida. Quisiera esbozar aquí algunas ideas centrales al respecto.

Nuestro argumento es, a un nivel bastante general, que las formas de autolimitación o autocontención colectiva pueden venir determinadas por procesos autodeterminados y democráticos. Por ejemplo, las deliberaciones en las asambleas o los consejos sobre el clima, en los que personas ciudadanas y expertas entablan un intercambio estructurado más extenso, demuestran que están emergiendo una conciencia colectiva y unas propuestas muy concretas para una redemarcación de los límites desde la sociedad. No surgen de la nada. Hay propuestas para dejar los combustibles fósiles bajo tierra, para una "dieta de salud planetaria", para sistemas de movilidad y desarrollo urbano sostenibles, y muchas más. El trazado de los límites se efectúa aquí a través de un diseño diferente de los sistemas de suministro. En el propio artículo nos referimos también a muchos planteamientos del Sur global donde existen tales formas y principios de autocontención organizada colectivamente. La libertad no empieza de forma individualista donde termina para los demás, sino que reside en la autolimitación responsable, que debe permitir la libertad y una vida suficiente de todas y todos, y que no termina en el abastecimiento material, sino que incluye también dimensiones espirituales y afectivas.

La desescalada permanente del metabolismo social también es concebible por medios autoritarios. Pero esto no es deseable, y la gestión eficaz de la crisis ecológica de este modo es poco probable.

Una perspectiva no solo política, sino también materialmente democrática, requiere una reflexión social y luego la emancipación

de los múltiples mecanismos de dominio que, a su vez, contribuyen decisivamente a la escalada del metabolismo social. Y requiere unas reglas establecidas democráticamente y unos amplios procesos de planificación no necesariamente centralizados. Igualmente, hará falta una instancia de gobierno y de aplicación de las reglas para que la libertad sea posible. Ahora bien, nos referimos a la libertad para todas las personas y sin que esta socave los fundamentos biofísicos de la vida de las sociedades. No se trata de un proceso simple y fijo, y vendrá acompañado además de conflictos masivos y, también, de intensos procesos de aprendizaje. Precisamente por eso, debe ser democrático e implicar a las mayorías.

Un segundo elemento radica en un punto de referencia normativo que no se centra en el cumplimiento de los límites planetarios o en la producción y el consumo, sino en la satisfacción de las necesidades, la que puede estar mediada por el mercado y el dinero, pero también por los servicios públicos de interés general, las economías de suficiencia y otros. Las métricas relacionadas con aquellos elementos de la naturaleza extrahumana que son antropogénicamente utilizables, pero que no se deben sobreutilizar, desempeñarán sin duda un papel importante. Aunque también se trata de llegar a unos acuerdos, probablemente cargados de conflictos, sobre los límites máximos de producción y consumo. Por lo tanto, las decisiones de inversión y, por ende, los derechos de propiedad sobre los medios de producción deben someterse a normas estrictas o deben ser socializados.

Y al hacerlo, no debemos olvidar que en los procesos de reproducción y distribución social tendrán que producirse cada vez más actividades preventivas y reparadoras para hacer frente a las devastaciones que, actualmente, ya están teniendo lugar y que están causadas por la crisis ecológica.

Un tercer elemento, que también desempeña un papel importante en la perspectiva del decrecimiento, es la descolonización del pensamiento. Esto se refiere, en primer lugar, al rechazo del pensamiento, profundamente anclado en la sociedad, que acepta el crecimiento económico permanente y justifica la transgresión de los límites. Pero también critica el hecho de que el pensamiento universalista intenta poner límites cuantitativos —por ejemplo,

estableciendo el postulado de los 1,5 grados— que corren el riesgo de querer captar el mundo mediante la "métrica del carbono". En general, predominan tanto el pensamiento como los enfoques políticos que se orientan en unos límites que supuestamente pueden ser determinados objetivamente. Dorothy Guerrero, de Filipinas, llama a esto "fantasmas de los objetivos", y probablemente los ODS también deberían contarse entre ellos. La consecución de los objetivos viene dictada por las poderosas sociedades occidentales y los actores económicos y políticos que dominan en ellas: la previsibilidad del mundo, el uso de la tecnología, la ecologización de una economía que sigue expandiéndose. En consecuencia, hay que poner límites al pensamiento universalista occidental, sin por ello caer en el relativismo. El universalismo debe pensarse de otro modo.

Como cuarto elemento de una sociedad que en sí misma quiere redescubrir y adherirse colectivamente a los límites ecológicos y, por tanto, también sociales de su modo de producción y de vida, tendría en primer lugar que tomar en serio las dimensiones subjetivas y del mundo vital (Lebenswelt), para poder transformarlas en consecuencia. Una vida, vivida en dignidad humana, engloba necesariamente los demás significados subjetivos: la autorrealización con sentido personal, en vez de la alineación, de la actividad creativa, de la pertenencia a la comunidad y de sentirse parte de la naturaleza. Pero los procesos dominantes de subjetivación tienden a convertir los individuos en mónadas de consumo, muchas sensibilidades se "adiestran" en congruencia con el modo de vida imperial y, por eso, resulta tan difícil evaluarlos con criterios morales.

Los límites que hay que fijar en términos sociopolíticos no son cuantificables, sino que son esencialmente la aproximación a la idea regulativa de que, en una sociedad socioecológicamente en transformación, se viva cada vez menos a expensas del sacrificio de los demás y de la naturaleza. Se trata de algo más que de respetar los límites biofísicos. Es la creación de condiciones de igualdad para que todos puedan realmente vivir una vida suficiente y con sentido. En las sociedades del Norte global, y en cierta medida en las del Sur global, esto significa una reducción drástica de los insumos energéticos y materiales en la economía y de su rendimiento.

Por último, como politólogo, me interesan las características de un "Estado reductivo", un Estado que es un componente sistemático de una formación social que ya no se basa en la expansión y la destrucción permanentes. En los debates sobre el Estado, la atención suele centrarse en la acción estatal, en términos de ciencia política, en policies. Esto sería una tendencia al politicismo, la concepción sustancialista del Estado como ente autónomo que está ubicado por encima o fuera de la sociedad. Pero el Estado no representa el "supersujeto" de la transformación, como demuestra toda la experiencia histórica. El Estado capitalista, como vemos ejemplarmente en la política del Gobierno alemán de coalición del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), el Partido Democrático Libre (FDP) y Alianza 90/Los Verdes, representa muchos intereses privados. Por lo tanto, también hay que tener en cuenta la estructura del Estado y sus funciones. Y si tomamos en consideración la comprensión de la teoría crítica del Estado, a saber, que el Estado, en su estructura, solo se entiende adecuadamente en conjunción con las relaciones de producción y las relaciones de fuerza sociales, entonces ambas también deben ser modificadas.

Desde una perspectiva crítica, quisiera concluir con la reflexión, nada ingenua, de que la entrada en la transición fundamental tiene lugar ante todo a través de diversos conflictos socioecológicos críticos con la dominación, por ejemplo, sobre el qué y el cómo de las infraestructuras sociales y materiales, o a través de la resistencia local contra las formas de minería imperantes. De este modo, se pueden cuestionar e impugnar las "normalidades" que se dan por sentado, crear espacios en que emergen modelos alternativos y abordar los límites problematizados y propuestos anteriormente. Por consiguiente, en el enfoque de los "límites sociales" existe ya una fuerte referencia a los movimientos sociales emancipadores, aunque sin pasar por alto ni el papel del Estado, ni los nichos sociales, ni los proyectos iniciales de una economía alternativa.

En España, y especialmente en Baleares, los conflictos sobre la limitación del turismo de masas me parece que van en la misma dirección. La estrategia del "turismo sostenible" sigue apostando por el crecimiento económico inducido por el capitalismo y, ante el agravamiento de la crisis ecológica y la desigualdad, se inscribe

completamente en la lógica totalmente inadecuada de una economía verde.

Uxía Prieto (2023) cita a Claudio Milano:

Cuando se habla de turismo sostenible no es otra cosa que una cortina de humo. Sabemos perfectamente que, sin la descarbonización de nuestra economía y un decrecimiento del uso de aviones y cruceros no podemos atajar el problema, que es un problema que tiene que ver con la crisis climática, con la vivienda y con el acceso a bienes comunes, y que hacen falta unos cambios estructurales para que la situación mejore. […] Realmente en lugares como Baleares, Barcelona, Málaga o algunos puntos de Canarias no hay otra cosa que decrecer, y cuando hablamos de decrecer no hablamos de recesión económica, hablamos de diversificar nuestra economía y no ser tan dependientes del turismo.

Hay muchas propuestas para esa deconstrucción con el fin de restaurar la calidad de vida de la población asentada, construir una economía diferente más local y dejar de destruir la naturaleza. Una transición justa consiste en un desmantelamiento de las infraestructuras del turismo de masas, pero también de otros sectores económicos destructivos, para avanzar hacia una economía circular, la desurbanización y la recuperación ecológica, la mitigación del cambio climático, igual que la adaptación al mismo (cf., por ejemplo, Romero, 2023).

En las reivindicaciones y conflictos radicales se vuelven evidentes y politizables no solo la despreocupación estructural del capitalismo, sino también su negligencia subjetiva, por ejemplo, del turismo de masas y de las corporaciones que obtienen con ello sus beneficios. La liberación de las imposiciones capitalistas significa una forma diferente de reproducir la sociedad basada en la división del trabajo. Esto conecta las dimensiones subjetivas con las condiciones marco estructurales de la vida. Y existen numerosos y valiosos ejemplos concretos de modos alternativos de producción y de vida.

A pesar de la enorme incertidumbre de los procesos de reestructuración en ciernes, estos conflictos, y las políticas que los acompañan, podrán marcar puntos de partida para posibilitar unas transformaciones permanentes que trascienden la mera modernización ecológica del capitalismo estructuralmente expansivo y del modo de vida imperial.

Bibliografía

ACNUR (2023): Global Trends. Forced Displacement in 2022, Copenhague, ACNUR, https://bitly.ws/ZbRw.

Acosta, A. y Brand, U. (2017): Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo, Barcelona, Icaria.

— (2018): Radikale Alternativen. Warum man den Kapitalismus nur mit vereinten Kräften überwinden kann, Múnich, Oekom.

Adamczak, B. (2017): Beziehungsweise Revolution. 1917, 1968 und kommende, Berlín, Suhrkamp.

Adger, W.N. y Brown, K. (2010): "Progress in global environmental change", Global Environmental Change, 20, pp. 547-549.

Adler, F. y Schachtschneider, U. (eds.) (2017): Postwachstumspolitiken. Wege zur wachstumsunabhängigen Gesellschaft, Múnich, Oekom.

Aglietta, M. (1979): A Theory of Capitalist Regulation. The US Experience, Londres, Verso.

Albritton, R.; Itoh, M.; Westra, R., y Zuege, A. (2001): Phases of Capitalist Development, Nueva York, Palgrave.

Altvater, E. (1993): The Future of Market, Londres, Verso.

— (2005): Das Ende des Kapitalismus, wie wir ihn kennen, Münster, Westfälisches Dampfboot.

APCC (2023): APCC Special Report Strukturen für ein klimafreundliches Leben, Berlín/Heidelberg, Springer Spektrum, https://bitly.ws/ZbPv.

Attac Österreich (2020): Krisenlasten gerecht auf alle Schultern

verteilen. Corona-Lastenausgleich, https://bitly.ws/YVGa.

Atzmüller, R.; Becker, J.; Brand, U.; Oberndorfer, L.; Redak, V., y Sablowski, T. (eds.) (2013): Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie, Münster, Westfälisches Dampfboot.

Bahro, R. (1977): "The Alternative in Eastern Europa", New Left Review, 106.

Bär, H. y Runkel, M. (2020): Wir notwendige Wirtschaftshilfen die Corona-Krise abfedern und die ökologische Transformation beschleunigen können, Berlín, Forum Ökologisch-Soziale Marktwirtschaft.

Barca, S. y Leonardi, E. (2018): "Working-class ecology and union politics: a conceptual topology", Globalizations, 15(4), 2018, pp. 487-503.

Barlow, N.; Regen, L.; Cadiou, N.; Chertkovskaya, E.; Hollweg, M.; Plank, C.; Schulken, M., y Wolf, V. (coord.) (2022): Degrowth & strategy. How to bring about social-ecological transformation, Londres, Mayfly Books, https://www.degrowthstrategy.org/.

Baskin, J. (2015): "Paradigm Dressed as Epoch: The Ideology of the Anthropocene", Environmental Values, 24(1), pp. 9-29

Bauriedl, S. y Wichterich, C. (2015): Ökonomisierung von Natur, Raum, Körper. Feministische Perspektiven auf sozial-ökologische Transformationen, Berlín, Rosa-Luxemburg-Stiftung.

Becker, E.; Hummel, D., y Jahn, T. (2011): "Gesellschaftliche Naturverhältnisse als Rahmenkonzept", en Groß, M. (ed.), Handbuch Umweltsoziologie, Heidelberg, Springer VS Wiesbaden, pp. 75-96.

Becker, J. (2002): Akkumulation, Regulation, Territorium. Eine kritische Rekonstruktion der französischen Regulationstheorie, Marburgo, Metropolis.

Bello, W. (2004): De-Globalisierung. Widerstand gegen die neue Weltordnung, Hamburgo, VSA.

Bemmann, M.; Metzger, B., y Von Detten, R. (eds.) (2014): Ökologische Modernisierung. Zur Geschichte und Gegenwart eines Konzepts in Umweltpolitik und Sozialwissenschaften, Fráncfort del Meno/ Nueva York, Campus.

Benton, T. (ed.) (1996): The Greening of Marxism, Nueva York, Guildford.

Berner, E. (2016): "'Zur Wohnungsfrage' im 21. Jahrhundert: Marktversagen, hilflose Politik und die globale Ausdehnung der Slums", Peripherie, 36(141), pp. 10-32.

Bhadani, A. (2021, 29 de noviembre): "A Guide to Climate Reparations", Yes! Magazine, https://bitly.ws/ZbMe.

Biesecker, A. y Baier, A. (2011): "Gutes Leben braucht andere Arbeit. Alternative Konzepte in der Diskussion", en Verein für ökologische Kommunikation (eds.), Anders Arbeiten, colección Politische Ökologie, nº 125, Múnich, Oekom, pp. 54-62.

Biesecker, A. y Hofmeister, S. (2010): "(Re)productivity: Sustainable relations both between society and nature and between the genders", Ecological Economics, 69(8), pp. 1703-1711.

Biesecker, A. y Von Winterfeld, U. (2013): "Alte Rationalitätsmuster und neue Beharrlichkeiten. Impulse zu blinden Flecken der Transformationsdebatte", GAIA, 22(3), pp. 160-165.

Boos, T. y Preiser, A. (2020, 30 de abril): "Quarantäne global: Ausgangsperren und populare Ökonomie in Lateinamerika", Der Standard.

Boyer, R. (1990): The Regulation School: A Critical Introduction, Nueva York, Columbia University Press.

Brad, A.; Brand, U., y Krams, M. (2020): "Zur politischen Ökologie von Klima- und Corona-Krise", Forum Wissenschaft, 3, pp. 4-7.

Brand, U. (2010): "Sustainable development and ecological modernization – the limits to a hegemonic policy knowledge", Innovation, 23(2), pp. 135-152.

— (2012a): “Green Economy and Green Capitalism: Some Theoretical Considerations”, Journal für Entwicklungspolitik, 28(3), pp. 118-137.

— (2012b): “Semantiken radikaler Transformation”, LuXemburg [online], https://bitly.ws/ZdHc.

— (2013a): Schöne Grüne Welt. Über die Mythen der Green Economy, Berlín, Rosa-Luxemburg-Stiftung.

— (2013b): “State, Context and Correspondence. Contours of a historical-materialist policy analysis”, Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft, 42(4), pp. 425-442.

— (2014): “Kapitalistisches Wachstum und soziale Herrschaft. Motive, Argumente und Schwächen grundlegender Wachstumskritik”, Prokla, 44(2), pp. 289-306.

— (2016a): “Transformation als ‘neue kritische Orthodoxie’ und Perspektiven eines kritisch-emanzipatorischen Verständnisses”, en M. Brie, R. Reißig y M. Thomas (eds.): Transformation. Suchprozesse in Zeiten des Umbruchs, Berlín, LIT Verlag, pp. 209-224.

— (2016b): “‘Transformation’ as New Critical Orthodoxy. The Strategic Use of the Term ‘Transformation’ Does Not Prevent Multiple Crisis”, GAIA, 25(1), pp. 23-27.

— (2016c): “How to get out of the multiple crisis? Towards a critical theory of social-ecological transformation”, Environmental Values, 25(5), pp. 503-525.

Brand, U. y Dietz, K. (2013): “Dialektik der Ausbeutung. Der neue Rohstoffboom in Lateinamerika”, Blätter für deutsche und internationale Politik, 11/2013, pp. 75-84.

Brand, U. y Krams, M. (2018): “Zehn Jahre Degrowth als radikale politische Perspektive: Potenziale und Hürde”, Forschungsjournal Soziale Bewegungen, 31(4), pp. 18-27.

Brand, U. y Niedermoser, K. (2016): “Gewerkschaften zwischen ‘ökologischer Modernisierung’ und Einsatzpunkten sozial-ökologischer Transformation”, en T. Barth, G. Jochum y b. Littig

(eds.): Nachhaltige Arbeit. Soziologische Beiträge zur Neubestimmung der gesellschaftlichen Naturverhältnisse, Fráncfort del Meno/Nueva York, Campus, pp. 223-243.

Brand, U. y Wissen, M. (2012): "Global Environmental Politics and the Imperial Mode of Living", Globalizations, 9(4), pp. 547- 560.

— (2013a): "Crisis and continuity of capitalist societal nature relationships. The imperial mode of living and the limits to environmental governance", Review of International Political Economy, 20(4), pp. 687-711.

— (2013b): "Strategien einer Green Economy, Konturen eines grünen Kapitalismus: zeitdiagnostische und forschungsprogrammatische Überlegungen", en R. Atzmüller et al. (eds.): Fit für die Krise? Perspektiven der Regulationstheorie, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 132-148.

— (2014): "Financialisation of Nature as Crisis Strategy", Journal für Entwicklungspolitik, 30(2), especial "Financialisation of Food, Land, and Nature", pp. 16-45.

— (2015): "Social-Ecological Transformation", en D. Richardson, N. Castree, M. Goodchild, A. Kobayashi, W. Liu y R. Marston (eds.), International Encyclopedia of Geography. People, the Earth, Environment, and Technology, Hoboken: Wiley-Blackwell/ Association of American Geographers.

— (2017): Imperiale Lebensweise. Zur Ausbeutung von Mensch und Natur im globalen Kapitalismus, Múnich, Oekom. Edición en castellano: Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo, Buenos Aires, Tinta Limón, 2021.

Brand, U., Brunnengräber, A. et al. (2013): "Debating transformation in multiple crises", en ISSC/UNESCO (eds.): World Social Science Report 2013: Changing Global Environments, París, OCDE y UNESCO, pp. 480-484. Edición en castellano

Brand, U.; Görg, C., y Wissen, M. (2011): "Second-order Condensations of Societal Power Relations. The Internationalization of the State from a Neo-Poulantzian Perspective", Antipode, 43(1),

pp. 149-175.

Brand, U.; Muraca, B.; Pineault, E.; Sahakian, M.; Schaffartzik, A.; Novy, A.; Streissler, C.; Haberl, H.; Asara, V.; Dietz, K.; Lang, M.; Kothari, A.; Brad, A.; Pichler, M.; Plank, C.; Velegrakis, G.; Jahn, T.; Carter, A.; Huan, Q.; Kallis, G.; Martínez Alier, J.; Riva, G.; Satgar, V.; Spash, C.; Teran Mantovani, E.; Williams, M.; Wissen, M., y Görg, C. (2021): "From Planetary to Societal Boundaries: An argument for collectively defined self-limitation", Sustainability. Science, Practice and Policy, 17(1), pp. 265-292.

Brand, U.; Pühl, K., y Thimmel, S. (eds.) (2013): Wohlstand – wie anders? Linke Perspektiven, colección Manuskripte, nº 5, Berlín, Rosa-Luxemburg-Stiftung.

Brand, U.; Schwenken, H., y Wullweber, J. (eds.) (2016): Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt kritische Wissenschaft, Hamburgo, VSA.

Brangsch, L. (2014): "Transformationsprozesse und ihre Politisierung in Einstiegsprojekten", en M. Brie (eds.): Futuring. Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus, Münster, Westfälisches Dampfboot, Münster, pp. 368-391.

Brie, M. (ed.) (2014): Futuring. Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus, Münster, Westfälisches Dampfboot.

— (eds.) (2015): Lasst uns über Alternativen reden. Beiträge zur kritischen Transformations-forschung 3, Hamburgo, VSA.

Brie, M.; Reißig, R., y Thomas, M. (eds.) (2016): Transformation. Suchprozesse in Zeiten des Umbruchs, Berlín, LIT Verlag.

Brokow-Loga, A. y Eckardt, F. (2018): "Postwachstumsstadt. Perspektiven des sozial-ökologischen Wandels der Stadtgesellschaft" [conferencia], 10-11 de mayo de 2019, Bauhaus-Universität Weimar.

— (eds.) (2020): Postwachstumsstadt. Konturen einer solidarischen Stadtpolitik, Múnich, Oekom.

Brokow-Loga, A.; Franziska Felger, F.; Jannis Koch, J., y Weber, A.

M. (2020): “Raus aus der Blase?! Postwachstumsansätze in Weimar zwischen Selbstbehauptung und Strategien des Wandels”, en A. Brokow-Loga y F. Eckardt (eds.), Postwachstumsstadt. Konturen einer solidarischen Stadtpolitik, Múnich, Oekom.

Buckel, S. y Fischer-Lescano, A. (2009): “Gramsci Reconsidered: Hegemony in Global Law”, Leiden Journal of International Law, 22, pp. 437–454.

Bundesministerium für Gesundheit (2018): Zoonotische Infektionskrankheiten und Erreger mit speziellen Resistenzen, https://bitly.ws/YVIb.

Burchardt, H.-J. y Dietz, K. (2014): “(Neo-)Extractivism – a New Challenge for Development Theory from Latin America”, Third World Quarterly 35(3), pp. 468-486.

Burmeister, K. (2018): “Auto – Umwelt – Verkehr: reloaded: Industrielle Transformation als konkreter Input für die gewerkschaftliche Zukunftsdebatte”, Sozialismus, 1/2018, pp. 49-52.

Candeias, M. (2011): Passive Revolutions vs. Socialist Transformation. Background paper for the Commons-Conference in Rome, 28/29 April 2011, organized by Rosa Luxemburg Foundation Brussels, Bruselas, Rosa Luxemburg Foundation Brussels.

— (2012): “Was ist sozialistisch am grünen Sozialismus?”, LuXemburg [online], https://bitly.ws/ZdJP.

— (2021): “Und was ist jetzt mit meinem Job?”. Eine gerechte Mobilitätswende und alternative Produktion, Berlín, Rosa-Luxemburg-Stiftung, https://bitly.ws/YVK2.

Candeias, M.; Rilling, R.; Röttger, B., y Thimmel, S. (eds.) (2011): Globale Ökonomie des Autos. Mobilität | Arbeit | Konversion, Hamburgo, VSA.

Castree, N. (2008): “Neoliberalising nature: The logics of deregulation and reregulation”, Environment and Planning, 40(1), pp. 131-52.

Chancel, L. (2022): Desigualdades insostenibles. Por una justicia social y ecológica, Madrid, FUHEM y Los libros de la Catarata

Chancel, L.; Bothe, P., y Voiturez, T. (2023): Climate inequality report 2023, World Inequality Lab Study 2023/1.

Christoph, W. y Kron, S. (eds.) (2019): Solidarische Städte in Europa. Urbane Politik zwischen Charity und Citizenship, Berlín, Rosa-Luxemburg-Stiftung.

Cobo, D. (2023, 21 de septiembre): "Entrevista a Adrián Almazán: 'La crisis económica es una forma de gestionar el empobrecimiento de la sociedad'", elDiario.es.

Comisión Europea (2010): Europe 2020. A strategy for smart, sustainable and inclusive growth, COM(2010) 2020 final, Bruselas, https://bitly. ws/YUBW.

— (2011): World and European Energy and Environment Transition Outlook, Bruselas, European Commission, https://bitly.ws/YUBW.

Conca, K.; Finger, M., y Park, J. (eds.) (2008): The Crisis of Global Environmental Governance, Londres/Nueva York, Routledge.

Cooper, M. (2010): "Turbulent Worlds. Financial Markets and Environmental Crisis", Theory, Culture & Society, 27(2-3), pp. 167-190.

Crutzen, P. y Stoermer, E. F. (2000): "The 'Anthropocene'", Global Change Newsletter, 41, pp. 17-18.

Degrowth in Bewegung(en) (2016), https://bitly.ws/32PAb.

Dellheim, J.; Brangsch, L.; Spangenberg, J., y Wolf, F.-O. (2012): Den Krisen entkommen. Sozial-ökologische Transformation, Berlín, Rosa Luxemburg Foundation.

Demirović

, A. (2011): "Materialist State Theory and the Transnationalization of the Capitalist State", Antipode 43(1), pp. 38-59.

— (2012a): Marx Grün. Die gesellschaftlichen Naturverhältnisse demokratisieren, LuXemburg, 3/2012, pp. 60-70.

— (2012b): “Reform, Revolution, Transformation”, Journal für Entwicklungspolitik, 28(3), pp. 16-42.

Demirović, A.; Dück, J.; Becker, F., y Bader, P. (eds.) (2011): VielfachKrise. Im finanzmarktdominierten Kapitalismus, Hamburgo, VSA.

DESA - United Nations Department of Economic and Social Affairs (2011): The Great Green Technological Transformation. World Economic and Social Survey 2011, New York, DESA.

Deutscher Bundestag (2013): Schlussbericht der Enquete-Kommission “Wachstum, Wohlstand, Lebensqualität – Wege zu nachhaltigem Wirtschaften und gesellschaftlichem Fortschritt in der Sozialen Marktwirtschaft”, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung.

Dietz, K. y Wissen, M. (2009): “Kapitalismus und ‘natürliche Grenzen’. Eine kritische Diskussion ökomarxistischer Zugänge zur ökologischen Krise”, Prokla, 159, pp. 351-370.

Dörre, K. (2018): “Neo-Sozialismus oder: Acht Thesen zu einer überfälligen Diskussion”, Blätter für deutsche und internationale Politik, 6, pp. 105-115.

— (2019a): “Karl Marx als Ökosozialist. Emanzipatorische Politik in der Großen Transformation”, en N. Mayer-Ahuja et al. (eds.), Karl Marx – Ratgeber der Gewerkschaften?, Hamburg, VSA, pp. 63-88.

— (2019b): “Neosozialismus. Oder: Acht Thesen zu einer überfälligen Diskussion”, en K. Dörre y C. Schickert (eds.): Neosozialismus. Solidarität, Demokratie und Ökologie vs. Kapitalismus, colecciób Bibliothek der Alternativen, Múnich, Oekom, pp. 17-32.

— (2020, 17 de abril): “Nicht jede Krise ist eine Chance”, Jacobin, https://bitly.ws/YVKz.

Dörre K. y Becker, K. (2018): “Nach dem raschen Wachstum:

Doppelkrise und große Transformation", en L. Schröder y H.-J. Urban (eds.), Gute Arbeit Ausgabe 2018: Ökologie der Arbeit – Impulse für einen nachhaltigen Umbau, Fráncfort del Meno, Bund-Verlag, pp. 35-58.

Dörre, K.; Holzschuh, M., y Köster, J. (eds.) (2020): Abschied von Kohle und Auto? Sozial-ökologische Transformationskonflikte um Energie und Mobilität, Fráncfort del Meno/Nueva York, Campus,

Dörre, K.; Lessenich, S., y Rosa, H. (2009): Soziologie - Kapitalismus - Kritik, Fráncfort, Suhrkamp.

Douai, A.; Mearman, A. y Negru, I. (2012): "Prospects for a heterodox economics of the environment and sustainability", Cambridge Journal of Economics, 36(5), pp. 1019-1032.

Driessen, P., et al. (2013): Societal transformations in the face of climate change, Joint Programming Initiative Connecting Climate Change Knowledge for Europe (JPI Climate).

Eagleton, T. (2012): Why Marx Was Right, Yale, Yale University Press.

Elsen, S. (2014): "Genossenschaften als transformative Kräfte auf dem Weg in die Postwachstumsgesellschaft", en C. Schröder y H. Walk (eds.), Genossenschaften und Klimaschutz. Akteure für zukunftsfähige, solidarische Städte, Wiesbaden, Springer, pp. 31-47.

European Communities (2008): The Economics of Ecosystems and Biodiversity. An interim report, Cambridge, Banson Production.

Eversberg, D. (2017): "Nach der Revolution. Degrowth und die Ontologie der Abwicklung", en M. Birkner y T. Seibert (eds.), Kritik und Aktualität der Revolution, Viena, Mandelbaum, pp. 231-252.

Fairbairn, M. (2014): "'Like gold with yield': evolving intersections between farmland and finance", especial "Global Agrarian Transformation", The Journal of Peasant Studies, 41(5), pp. 777-795.

Felber, C. (2012): Die Gemeinwohl-Ökonomie, Viena, Deuticke.

Fischer-Kowalski, M. (2011): “Analyzing sustainability transitions as a shift between socio-metabolic regimes”, Environmental Innovation and Societal Transitions, 1(1), pp. 152-159.

Forster, F. (2014): Imperiale Lebensweise, Food Regimes und die Agrarfrage: Zur Manifestation der imperialen Lebensweise im globalen Agrar- und Lebensmittelsystem [tesis de maestría], Universität Wien.

Forsyth, T. (2003): Critical Political Ecology, Londres/Nueva York, Routledge.

Foster, J. B. (2000): Marx’s Ecology: Materialism and Nature, Nueva York, Monthly Review Press.

Foundational Economy Collective (2019): Die Ökonomie des Alltagslebens. Für eine neue Infrastrukturpolitik, Berlín, Suhrkamp.

Frantzeskaki, N.; Loorbach, D., y Meadowcroft, J. (2012): “Governing societal transitions to sustainability”, International Journal Sustainable Development, 15(1/2), pp. 19-36.

Fried, B.; Brand, U.; Schurian, H.; Wissen, M., y Koch, R. (2022, 25 de agosto): “No es suficiente construir diques”, elDiario.es, https://bitly.ws/YzEh.

Fullerton, J. (2015, 2 de marzo): “China: Ecological Civilization Rising?”, HuffPost.

Geden, O. y Beck, S. (2014) “Renegotiating the global climate stabilization target”, Nature Climate Change, 4, pp. 747-748.

Geels, F. W. (2010): “Ontologies, socio-technical transitions (to sustainability), and the multi-level perspective”, Research Policy, 39, pp. 495-510.

Gendron, C. (2014): “Beyond environmental and ecological economics: Proposal for an economic sociology of the environment”, Ecological Economics, 105(9), pp. 240-253.

GH: A. Gramsci (1991 y ss.): Gefängnishefte, cuadernos 3, 12 y 13, Hamburgo/Berlín, Argument.

González Reyes, L., y Almazán. A. (2023): Decrecimiento: del qué al cómo. Propuestas para el Estado español, Barcelona, Icaria.

Görg, C. (2003): Regulation der Naturverhältnisse. Zu einer kritischen Theorie der ökologischen Krise, Münster, Westfälisches Dampfboot.

— (2011): "Societal Relationships with Nature: A Dialectical Approach to Environmental Politics", en A. Biro (ed.), Critical Ecologies. The Frankfurt School and Contemporary Environmental Crises, Toronto, University of Toronto Press, pp. 43-72.

— (2020): Die Corona-Pandemie als sozial-ökologische Krise. Unsicherheiten, Kränkungen und die Beschleunigung der Zivilisationskrise [manuscrito].

Görg, C. et al. (2017): "Challenges for Social-Ecological Transformations: Contributions from Social and Political Ecology", Sustainability, 9(7), 1045.

Grabietz, K. y Klein, K. (2019): "#FairWandel. Für eine Industriegewerkschaft, die weder Mensch noch Klima auf der Strecke lässt", Sozialismus, 6/2019, pp. 36-38

Gramsci, A. (1971): Selections form the Prison Notebooks, Londres, Lawrence & Wishart. Citas de la edición alemana (1991 y ss.), editada por K. Bochmann y W. F. Haug, Hamburgo/Berlín, Argument.

Gudynas, E. (2011): "Buen Vivir: Today´s tomorrow", Development, 54(4), pp. 441-447.

Gunderson, L. y Folke, C. (2011): "Resilience 2011. Leading Transformational Change", Ecology and Society, 16(2), 30.

Haberl, H. et al. (2020): "A Systematic Review of the Evidence on Decoupling of GDP, Resource Use and GHG Emissions, Part II: Synthesizing the Insights", Environmental Research Letters, 15(6), 065003.

Haberl, H.; Fischer-Kowalski, M.; Krausmann, F.; Martínez-Alier, J., y Winiwarter, V. (2011): "A Socio-Metabolic Transition towards

Sustainability? Challenges for another Great Transformation", Sustainable Development, 19, pp. 1-14.

Habermann, F. (2009): Halbinseln gegen den Strom. Anders leben und wirtschaften im Alltag, Königstein, Ulrike Helmer Verlag.

Hackmann, H. y St. Clair, A.L. (2012): Transformative Cornerstones of Social Science Research for Global Change, Paris, ISSC.

Hartmann, K. (2020): "Das kommt nicht von außen. Was Epidemien mit der Zerstörung intakter Ökosysteme durch den Menschen zu tun haben", Der Freitag, 12.

Hartung, A. (2018): "Elektro-Pkw – eine ökologische Modernisierung der Automobilität?", Prokla, 193, pp. 561-567.

Haug, F. (2011): Die Vier-in-Einem-Perspektive. Eine Politik von Frauen für eine neue Linke, Hamburgo, Argument.

Hausknost, D. (2013): Social Ecology and the Concept of Transformation, Viena, JPI Climate project "Traforeview".

Havemann, R. (1980): Morgen. Die Industriegesellschaft am Scheideweg, Munich, Piper.

Hickel, R. (2020, 1 de abril): "Wer trägt die langfristigen Kosten der Covid-19-Wirtschaftskrise. Solidarischer Lastenausgleichsfonds mit einer Vermögensabgabe", Arbeitsgruppe Alternative Wirtschaftspolitik, https://bitly.ws/YVML.

Hildebrandt, E. y Spitzley, H. (1982): "Umschalten auf nützliche Produkte – Vorausschauende Produktonversion – Teil einer gewerkschaftlichen Strategie gegen Massenarbeitslosigkeit und Umweltzerstörung", Die Mitbestimmung, 12/1982, p. 435 y ss.

Hirsch, J. (1990): Kapitalismus ohne Alternative?, Hamburgo, VSA.

— (1997): "Globalization of capital, nation-states and democracy", Studies in Political Economy, 54, pp. 39-58.

Högelsberger, H. y Brand, U. (2020, 15 de abril): "Nutzen wir die aktuelle Chance zum Aufbau eines klimafreundlichen

Verkehrssystems. Pro & Contra: Staatshilfen für die Luftfahrt?", Wiener Zeitung, p. 11.

Huan, Q. (2008): "Growth economy and its ecological impacts upon China", The International Journal of Inclusive Democracy, 4(4).

— (2016): "Socialist Eco-civilization and Social-Ecological Transformation'", Capitalism Nature Socialism, 27 (2): pp. 51-66.

Huber, J. (2011): "Ökologische Modernisierung und Umweltinnovation", en M. Groß (ed.), Handbuch Umweltsoziologie, Wiesbaden, VS Verlag, pp. 279-302.

Hudis, P. (2012): Marx's Concept of the Alternative to Capitalism, Brill, Leiden and Boston.

Hülz, M. (2019): ARL-Kongress 2019 im Rückblick. Mehr oder weniger? Raumentwicklung braucht Postwachstum!, ARL – Akademie für Raumentwicklung in der Leibniz-Gemeinschaft, Hannover, https://bitly.ws/32zfu.

I.L.A.-Kollektiv (2017): Auf Kosten anderer? Wie die imperiale Lebensweise ein gutes Leben für alle verhindert, Múnich, Oekom.

— (2019): Das Gute Leben für Alle. Wege in eine solidarische Lebensweise, Múnich, Oekom.

Institut für Gesellschaftsanalyse & Friends (2020): Ein Gelegenheitsfenster für linke Politik? Wie weiter in und nach der Corona-Krise, Berlín, Vorstand der Rosa-Luxemburg-Stiftung, https://bitly.ws/32yTG.

IPCC (2018): Global Warming of 1.5 °C. Summary for Policymakers, Ginebra, IPCC.

— (2022): Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press.

Jaeger, C. C.; Paroussos, L.; Mangalagiu, D.; Kupers, R.; Mandel, A. y Tàbara, J. D. (2011): A New Growth Path for Europe. Generating Prosperity and Jobs in the Low-Carbon Economy. Synthesis Report. A study commissioned by the German Federal Ministry for the

Environment, Nature Conservation and Nuclear Safety, Potsdam, European Climate Forum.

Jessop, B. (1990): State Theory. Putting the Capitalist State in its Place, Cambridge, Polity.

Jessop, B. y Sum, N.-L. (2006): Beyond the Regulation Approach. Putting Capitalist Economies in their Place, Cheltenham/ Northampton, Edward Elgar.

JPI Climate (2011): Strategic Research Agenda. Joint Programming Initiative Connecting Climate Knowledge for Europe (JPI CLIMATE), Helsinki, JPI Climate, https://bitly.ws/YBjB.

Kallis, G. (2011): “In defence of degrowth”, Ecological Economics, 70(5), pp. 873-880.

— (2019): Limits. Why Malthus Was Wrong and Why Environmentalists Should Care, Stanford, Stanford University Press.

Kammerlander, M.; Buschmann, D.; Mock, M.; Omann, I.; Schanes, K., y Jäger, J. (2013): Visions and Pathways towards Sustainable Development, Working Paper 3/2013, Department of Political Science at University of Vienna.

Kates, R.W.; Travis, W.R., y Wilbanks, T.J. (2012): “Transformational adaptation when incremental adaptations to climate change are insufficient”, Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of Americ, 109(19), pp. 7156-7161.

Kerkow, U. et al. (2012): Vom Erz zum Auto. Abbaubedingungen und Lieferketten im Rohstoffsektor und die Verantwortung der deutschen Automobilindustrie, Aquisgrán/Bonn/Stuttgart, MISEREOR/Brot für die Welt/Global Policy Forum Europe.

Kerschner, C. (2010): “Economic de-growth vs. steady-state economy”, Journal of Cleaner Production, 18(6): pp. 544–551.

Klein, D. (2013): Das Morgen tanzt im Heute. Transformation im Kapitalismus und über ihn hinaus, Hamburgo, VSA.

Klein, N. (2020, 19 de marzo): "'Coronavirus Capitalism': Naomi Klein's Case for Transformative Change Amid Coronavirus Pandemic", DemocracyNow!, https://bitly.ws/YVVZ

Koch, M. (2012): Capitalism and Climate Change, Londres, Palgrave/MacMillan.

Konzeptwerk Neue Ökonomie y DFG-Kolleg Postwachstumsgesellschaften (eds.) (2017): Degrowth in Bewegung(en). 32 alternative Wege zur sozial-ökologischen Transformation, Múnich, Oekom, https://bitly.ws/ZbWb.

Kothari, A.; Salleh, A.; Escobar, A.; Demaria, F., y Acosta, A. (eds.) (2019): Pluriverse. A Post-Development Dictionary, Nueva Dehli, Tulika Books.

Krausmann, F. y Fischer-Kowalski, M. (2010): "Gesellschaftliche Naturverhältnisse: Globale Transformationen der Energie- und Materialflüsse", en R. Sieder y E. Langthaler (eds.), Globalgeschichte 1800-2000, Viena: Böhlau, pp. 38-65.

Lander, E. (2011): "El lobo se viste con piel de cordero", America Latina en movimiento,468-469, especial "El cuento de la economía verde", pp. 1-6.

Lang, M. y Mokrani, D. (eds.) (2011): Más allá del desarrollo, Quito, Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

Lang, M.; Cevallos, B., y López, C. (eds.) (2015): Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa, Quito, Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

Latouche, S. (2010): "Degrowth", Journal of cleaner production, 18(6), pp. 519-522.

Leach, M. et al. (2012): "Transforming Innovation for Sustainability", Ecology and Society, 17(2), 11.

Leach, M.; Bloom, G.; Ely, A.; Nightingale, P.; Scoones, I.; Shah, E., y Smith, A. (2007): Understanding Governance: Pathways to Sustainability, Brighton, STEPS Centre.

Lemb, W. (ed.) (2016): Welche Industrie wollen wir? Nachhaltig produzieren – zukunftsorientiert wachsen, Fráncfort del Meno/ Nueva York, Campus, 2016.

— (2019): “Perspektiven einer nachhaltigen Industriepolitik”, en L. Schröder y H.-J. Urban (eds.), Transformation der Arbeit – Ein Blick zurück nach vorn, Fráncfort del Meno, Bund-Verlag, pp. 74-84.

Lessenich, S. (2011): “Constructing the Socialized Self. Mobilization and Control in the ‘Active Society’”, en U. Bröckling, S. Krasmann, y T. Lemke (eds.), Governmentality. Current Issues and Future Challenges, Nueva York/Londres, Routledge, pp. 304-319.

— (2016): Neben uns die Sintflut. Die Externalisierungsgesellschaft und ihr Preis, Berlín, Hanser.

Lipietz, A. (1988): “Accumulation, crises and ways out. Some methodological reflections on the concept of regulation”, Journal of Political Economy, 18(2), pp. 10-43.

Loorbach, D. y Rotmans, J. (2010): “The practice of transition management: Examples and lessons from four distinct cases”, Futures, 42, pp. 237-246.

Luxemburg, R. (1951 [1913]): The Accumulation of Capital, Londres, Routledge.

Mann, G. (2009): “Should political ecology be Marxist? A case for Gramsci’s historical materialism”, Geoforum 40(3), pp. 335-344.

Marti, U (2006): Demokratie. Das uneingelöste Versprechen, Zúrich, Rotpunkt.

Martínez-Alier, J.; Pascual, U.; Vivien, F-D., y Zaccai, E. (2010): “Sustainable de-growth. Mapping the context, criticisms and future prospects of an emergent paradigm”, Ecological Economics, 69(9), pp. 1741-1747.

Marx, K. (1963 [1852]): The 18th Brumaire of Louis Bonaparte, Nueva York, International Publishers. Citas de la edición alemana, Marx-Engels-Werke Band 8, Berlín, Dietz, pp. 115-123.

— (1969 [1845]): “Thesen über Feuerbach”, en Marx-Engels-Werke, Band 3, Berlín, Dietz-Verlag, pp. 5-7.

— (1973 [1857-61]): Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy, Londres, Penguin Books.

— (1996 [1867]): Capital, vol. 1, Nueva York, International Publishers. Citas de la edición alemana, Marx-Engels-Werke Band 23, Berlín, Dietz.

— (1998 [1887]): Capital, vol. 3, Nueva York, International Publishers. Citas de la edición alemana, Marx-Engels-Werke Band 25, Berlín, Dietz.

Marx, K. y Engels, F. (1998 [1848]): “The Communist Manifesto”, en L. Panitch y C. Leys (eds.), The Communist Manifesto now: Socialist Register 1998, Nueva York, Merlin Press, pp. 240-268.

MEW: K. Marx y F. Engels - Werke (1974 [1848]): Manifest der Kommunistischen Partei, MEW 4, pp. 461-493.

Millennium Ecosystem Assessment (MA) (2005): Ecosystems and Human Wellbeing: Policy Responses: Findings of the Responses Working Group of the Millennium Ecosystem Assessment, Washington D. C., Island Press.

Mitchell, T. (2009): “Carbon Democracy”, Economy and Society, 38(3), pp. 399-432

Mol, A.; Sonnenfeld, D., y Spaargaren, G. (eds.) (2009): The Ecological Modernisation Reader. Environmental Reform in Theory and Practice, Londres/Nueva York, Routledge.

Moreno, C. (2013): “Las ropas verdes del rey. La economía verde: una nueva fuente de acumulación primitiva”, en M. Lang et al. (eds), Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI, Quito, Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala, pp. 63-97.

Müller, M. (2011): Aufklärung, Emanzipation, Fortschritt. Drucksache 17(26)31 der Enquete-Kommission Wachstum, Wohlstand, Lebensqualität des Deutschen Bundestages.

Müller, N.; Pickshaus, K.; Reusch, J.; Schröder, L., y Urban, H.-J. (2018): "Ökologie der Arbeit – Impulse für einen nachhaltigen Umbau", en L. Schröder y H.-J. Urban (eds.), Gute Arbeit Ausgabe 2018: Ökologie der Arbeit – Impulse für einen nachhaltigen Umbau, Fráncfort del Meno, Bund-Verlag, pp. 15-31.

Muraca, B. (2013): "Décroissance: A Project for a Radical Transformation of Society", Environmental Values, 22(2), pp. 147-169.

Muradian, R.; Walter, M., y Martínez-Alier, J. (2012): "Hegemonic transitions and global shifts in social metabolism: Implications for resource-rich countries", Global Environmental Change, 22(3), pp. 559-567.

Nalau, J. y Handmer, J. (2015): "When is transformation a viable policy alternative?", Environmental Science & Policy, 54, pp. 349-356.

New Economics Foundation (NEF) (2010): The Great Transition, Londres, NEF.

Newell, P. (2012): Globalization and the environment: capitalism, ecology and power, Cambridge, Polity.

Novy, A.; Bärnthaler, R., y Heimerl, V. (2020): Zukunftsfähiges Wirtschaften, Weinheim, Beltz.

O'Brien, K. (2012): "Global environmental change (2): From adaptation to deliberate transformation", Progress in Human Geography, 36(5), pp. 667-676.

Oberndorfer, L. (2014): "A New Economic Governance through Secondary Legislation? Analysis and Constitutional Assessment", en N. Bruun, K. Lörcher e I. Schömann, The Economic and Financial Crisis and Collective Labour Law in Europe, Oxford, Hart-Publishing, pp. 25-54.

OECD (2009): Sustainable Manufacturing and Eco-Innovation. Synthesis Report. Framework, Practices and Measurement, https://bitly.ws/YUIJ.

— (2011): Towards Green Growth, París, OECD.

Overwien, B. (2016): “Globales Lernen. Globalisierung verstehen und Handeln”, en U. Brand, H. Schwenken y J. Wullweber (eds.): Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt kritische Wissenschaft, Hamburgo, VSA, pp. 236-247.

Paech, N. (2012): Befreiung vom Überfluss, Múnich, Oekom Verlag.

Paech, N. (2016): “Postwachstumsökonomik als Reduktionsprogramm für industrielle Versorgungssysteme”, en AK Postwachstum (eds.): Wachstum – Krise und Kritik. Die Grenzen der kapitalistisch-industriellen Lebensweise, Fráncfort/New York, pp. 135-157.

Park, S.E.; Marshall, N.A.; Jakku, E.; Dowd, A.M.; Howden, S.M.; Mendham, E., y Fleming, A., (2012): “Informing adaptation responses to climate change through theories of transformation”, Global Environmental Change, 22, pp. 115-126.

Peet, R.; Robbins, P., y Watts, M. (eds.) (2011): Global Political Ecology, Londres/Nueva York, Routledge.

Pelling, M. (2010): Adaptation to Climate Change: From Resilience to Transformation, Londres, Routledge.

Peper, I.; Kunze, I., y Mollenhauer-Klüber, E. (eds.) (2019): Jenseits von Wachstum und Nutzenmaximierung: Modelle für eine gemeinwohlorientierte Wirtschaft, Bielefeld, Aisthesis.

Pepper, D. (1993): Eco-Socialism: From Deep Ecology to Social Justice, Londres/Nueva York, Routledge.

Periskop y I.L.A.-Kollektiv (eds.) (2019): Von A wie Arbeit bis Z wie Zukunft. Arbeiten und Wirtschaften in der Klimakrise, Viena/Berlín, autoeditado.

Petridis, P. (2013): Potentials of the debate on de-growth for socio-ecological transformation and climate change policy, Viena, JPI Climate project “Traforeview”.

Pickshaus, K. y Waclawczyk, M. (2019): “Arbeit und Ökologie in

der Transformationsperspektive", en L. Schröder y H.-J. Urban (eds.), Transformation der Arbeit – Ein Blick zurück nach vorn, Fráncfort del Meno, Bund-Verlag, pp. 91-103.

Pineault, É. (2018): "From Provocation to Challenge: Degrowth, Capitalism and the Prospect of 'Socialism without Growth'. A Commentary on Giorgios Kallis, Capitalism Nature Socialism, 30(2), p. 251-266

Polanyi, K. (1995/1944): The Great Transformation. Politische und ökonomische Ursprünge von Gesellschaften und Wirtschaftssystemen, Fráncfort del Meno, Suhrkamp.

— (2001 [1944]): The Great Transformation, Boston, Beacon Press.

Poulantzas, N., (2002 [1978]): State, Power, Socialism. Citas de la edición alemana, Staatstheorie, Hamburgo, VSA.

Prieto, U. (2023): "El sueño de Mallorca se apaga: una isla al borde del colapso a pesar de la acción de los vecinos", HuffPost, https://bitly.ws/ZbPQ.

Randers, J. y Maxton, G. (2016): Ein Prozent ist genug. Mit wenig Wachstum soziale Ungleichheit, Arbeitslosigkeit und Klimawandel bekämpfen, Múnich, Oekom.

Raskin, P. D.; Electris, C., y Rosen, R. A. (2010): "The Century Ahead: Searching for Sustainability", Sustainability, 2, pp. 2626-2651.

Raworth, K. (2012): A safe and just space for humanity, Oxford, Oxfam.

Reißig, R. (2009): Gesellschafts-Transformation im 21. Jahrhundert, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften.

Rilling, R. (2011, noviembre): Warum sozialistische Transformationsforschung?, https://bitly.ws/YGh3.

— (2014): "Transformation als Futuring", en M. Brie (ed.), Futuring. Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus, Münster, Westfälisches Dampfboot, pp. 12-48.

Robbins, P. (2004): Political Ecology, Oxford, Blackwell Publishing.

Rockström, J. et al. (2009): “Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity”, Ecology and Society, 14(2), pp. 32.

Rodriguez-Labajos, B.; Yanez, I.; Bond, P.; Greyl, L.; Munguti, S.; Ojo, G. U., y Overbeek, W. (2019): “Not So Natural an Alliance? Degrowth and Environmental Justice Movements in the Global South”, Ecological Economics, 157, pp. 175-184.

Romero, J. Mª (2023): “Desurbanizar, desconstruir y renaturalizar. Reflexiones para la transición ecosocial en los litorales turísticos”, Alba Sud, https://bitly.ws/ZbQR.

Roth, R. (2018): “Radikaler Reformismus. Geschichte und Aktualität einer politischen Denkfigur”, en U. Brand, U. y C. Görg (eds.): Zur Aktualität der Staatsform: Die materialistische Staatstheorie von Joachim Hirsch, Baden-Baden, Nomos, pp. 219-240.

Sablowski, T. (2020): “Der Klassencharakter der deutschen Politik in der Coronakrise”, LuXemburg [online], https://bitly.ws/YVPI.

Sachs, W. (1999): Planet dialectics. Explorations in environment and development, Londres, Zed Books.

Salleh, A. (2012): “Rio + 20 and the Extractivist Green Economy”, Arena, 119, pp. 28-30.

— (2014): “Ecosocialism, Gendered Imaginaries, and the Informatic-Securitization Complex”, Capitalism Nature Socialism, 25(1), pp. 24-39.

Sandbeck, S. y Schneider, E. (2013): “From the Sovereign Debt Crisis to Authoritarian Statism. Contradictions of the European State Project”, New Political Economy, 19(6), pp. 847-871.

Santarius, T. (2015): Der Rebound-Effekt. Ökonomische, psychische und soziale Herausforderungen für die Entkopplung von Wirtschaftswachstum und Energieverbrauch, Marburgo, Metropolis.

Sauer, B. (2011): “Governance as political theory: through the lense

of gender. A response to Guy Peters", Critical Policy Studies, 5(4), pp. 454-457.

Sauer, B. y Wöhl, S. (2011): "Feminist perspectives on the internationalization of the state", Antipode, 43(1), pp. 108-128.

Schaffar, W. (2020): Zur Debatte über Corona als "exogener Schock" [manuscrito].

Schmelzer, M. y Vetter, A. (2019): Degrowth/Postwachstum zur Einführung, Hamburgo, Junius.

Schor, J. B. (2005): Prices and quantities: Unsustainable consumption and the global economy. En: Ecological Economics 55, 309–320.

Secretario general de la ONU (2010): Progress to date and remaining gaps in the implementation of the outcomes of the major summits in the area of sustainable development, as well as an analysis of the themes of the conference, informe preparatorio del Committee for the United Nations Conference on Sustainable Development, Nueva York, United Nations.

Shahar, D. C. (2015): "Rejecting eco-authoritarianism, again", Environmental Values, 24(3), pp. 345-366.

Showstack Sasson, A. (2001): "Globalisation, Hegemony and Passive Revolution", New Political Economy, 6(1), pp. 25-42.

Solty, I. (2020, 23 de marzo): "When the State Steps in to Save Profit", Jacobin, https://bitly.ws/YVP7.

Spash, C. (2012a): "Green economy, red herring", Environmental Values, 21(2), pp. 95-99.

— (2012b): "New foundations for ecological economics", Ecological Economics, 77, pp. 36-47.

Steffens, G (2016): "Transformationskrisen, Öffentlichkeit und politisches Lernen", en U. Brand, H. Schwenken y J. Wullweber (eds.): Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt kritische Wissenschaft, Hamburgo, VSA, pp. 225-235.

Sum, N.-L. y Jessop, B. (2013): Towards a cultural political economy. Putting culture in its Place in Political Economy, Northampton, Edward Elgar.

Svampa, M. (2012a): “Latin American Perspectives on Development”, Journal für Entwicklungspolitik, 28(3), pp. 43-73.

— (2012b): “Resource Extractivism and Alternatives: Latin American Perspectives on Development”, Journal für Entwicklungspolitik, (28)3, pp. 43-73.

Tapia, L. (2010): “El estado en condiciones de abigarramiento”, en Á. García Linera, R. Prada, L. Tapia y O. Vega Camacho (eds.): El Estado. Campo de lucha, La Paz, Clacso/Muela del Diablo/Comuna, pp. 97-127.

Thie, H. (2013): Rotes Grün. Pioniere und Prinzipien einer ökologischen Gesellschaft, Hamburgo, VSA.

Umweltbundesamt (2016): Die Nutzung natürlicher Ressourcen. Bericht für Deutschland 2016, Dessau-Roßlau, Umweltbundesamt.

UNEP (2007): Global Environmental Outlook 4 - GEO 4. Environment for Development, La Valeta (Malta), United Nations Environment Programme (UNEP), https://bitly.ws/YB6G.

— (2011a): Decoupling Natural Resource Use and Environmental Impacts from Economic Growth, París, International Resource Panel y UNEP.

— (2011b): Towards a Green Economy: Pathways to Sustainable Development and Poverty Eradication, https://bitly.ws/YUJw.

United Nations General Assembly (2016): The New Urban Agenda, Nueva York, United Nations.

Urban, H.-J. (2018): “Ökologie der Arbeit. Ein offenes Feld gewerkschaftlicher Politik?”, en L. Schröder y H.-J. Urban (eds.), Gute Arbeit Ausgabe 2018: Ökologie der Arbeit – Impulse für einen nachhaltigen Umbau, Fráncfort del Meno, Bund-Verlag, pp. 329-349.

Veltmeyer, H. (2013): “The Political Economy of Natural Resource Extraction: A New Model or Extractive Imperialism?”, Canadian Journal of Development Studies, 34(1), pp. 79-95.

Waldmüller, J. (2014): “Buen vivir, Sumak kawsay, ‘Good living’: an introduction and overview”, Alternautas, 1(1), pp. 17-28.

Wallis, V. (2010.): “Beyond ‘Green Capitalism’”, Monthly Review, 61(9), pp. 32-48.

Wang, Z.; He, H., y Fan, M. (2014): The Ecological Civilization Debate in China. Monthly Review, 66(6), https://bitly.ws/YUKY.

WBGU - German Advisory Council on Global Change (2011): World in Transition. A Social Contract for Sustainability, Berlín, WBGU.

Wesely, J.; Feiner, G.; Omann, I., y Schäpke, N. (2014): “Transition management as an approach to deal with climate change”, Proceedings of the “Transformation in a Changing Climate” Conference, 19-21 june 2013, Oslo, pp. 44-53.

Westley, F. et al. (2011): “Tipping Toward Sustainability. Emerging Pathways of Transformation”, Ambio. A Journal of Environment and Society, 40(7), pp. 762-780.

Whitehead, M.; Jones, R., y Jones, M. (eds.) (2007): The Nature of the State. Excavating the Political Ecologies of the Modern State, Oxford, Oxford University Press.

Wichterich, C. (2016): “Feministische internationale politische Ökonomie und Sorgeextraktivismus”, en U. Brand, H. Schwenken y J. Wullweber (eds.): Globalisierung analysieren, kritisieren und verändern. Das Projekt Kritische Wissenschaft, Hamburgo, VSA, pp. 54-71.

Wissen, M. (2009): “Contested terrains: Politics of scale, the national state and struggles for the control over nature”, Review of International Political Economy, 16(5), pp. 883-906.

— (2011): Gesellschaftliche Naturverhältnisse in der Internationalisierung des Staates, Münster, Westfälisches Dampfboot.

— (2012): “Post-neoliberale Hegemonie? Zur Rolle des Green--Economy-Konzepts in der Vielfachkrise”, Kurswechsel, 2, pp. 28-36.

Wissen, M. y Brand, U (2019): “Working-class environmentalism und sozial-ökologische Transformation. Widersprüche der imperialen Lebensweise”, WSI-Mitteilungen, 72(1), pp. 39-47.

Wissenschaftlicher Beirat der Bundesregierung Globale Umweltveränderungen (WBGU) (2011): Welt im Wandel. Gesellschaftsvertrag für eine Große Transformation, Berlín, WBGU.

— (2016): Der Umzug der Menschheit: Die transformative Kraft der Städte, Berlín, WBGU.

Wöhl, S. (2020): Der Pflege- und Gesundheitssektor in der Covid-19 Krise, European and International Studies (EIS), https://bitly.ws/YVNu.

World Business Council on Sustainable Development (WBCSD) (2010): Vision 2050. A new agenda for business, Ginebra, WBCSD.

Wright, E. O. (2017): Reale Utopien. Wege aus dem Kapitalismus, Berlín, Suhrkamp.

Zavaleta, R. (2009): “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”, en R. Zavaleta, La autodeterminación de las masas (antología y presentación de L. Tapia), Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Clacso, pp. 291-320.

Zimmer, M. (2011): Fortschritt als bürgerliche Leitvorstellung. Drucksache 17(26)29 der Enquete-Kommission Wachstum, Wohlstand, Lebensqualität des Deutschen Bundestages.

Zografos, C. y Robbins, P. (2020): “Green Sacrifice Zones, or Why a Green New Deal Cannot Ignore the Cost Shifts of Just Transitions”, One Earth, 3(5), pp. 543-546.

Zuindeau, B. (2007): “Régulation School and environment: Theoretical proposals and avenues of research”, Ecological Economics, 62(2), pp. 281-290.

NOTAS

1 . A lo largo de los capítulos del libro, el autor emplea el término transformaciones socioecológicas, explicando los matices conceptuales con respecto al término transiciones y aclarando el marco y el sentido de la elección en la narrativa que se emplea [nota de la ed.].

2 . https://bitly.ws/Yznj. Me gustaría agradecer a Pia Kauer su apoyo en la investigación sobre el tema del plástico (residuos).

3 . Adrián Almazán, junto con Luis González Reyes (2023), autor de un excelente libro sobre las perspectivas del decrecimiento en el Estado Español, habla de las nuevas zonas de sacrificio en él: la "explosión de minería y de instalaciones renovables en territorio de mucho valor ecológico, agronómico y cultural" sacrifica "sus zonas rurales para el sostenimiento de los modos de vida de las ciudades". Véase https://bitly.ws/YzrA.

4 . En líneas generales, el término decrecimiento indica una "opción" política, social y ecológica con connotaciones específicas dentro de un futuro escenario socioecológico posible y deseable. Sin embargo, y siempre de manera general, tanto en la literatura especializada como en la no especializada, se tiende a hacer un uso muy difuso y confuso del término poscrecimiento y que, por tanto, a veces, necesita de más explicaciones para saber qué alcance tiene. En este sentido, se remite a la lectura de los capítulos del libro para entender el significado que el autor le reconoce [nota de la ed.].

5 . Una publicación importante acerca del tema de decrecimiento y estrategia es Degrowth & strategy. How to bring about social-ecological transformation, de Barlow et al. (2022).

6 . Raskin et al. (2010), NEF (2010), Pelling (2010), Haberl et al. (2011), Reißig (2009), Westley et al. (2011), Gunderson y Folke (2011), Comisión Europea (2011), O'Brien (2012), Leach et al. (2012), Park et al. (2012), Brand (2012), Muradian et al. (2012), Kates (2012), Brand, Brunnengräber et al. (2013), Klein (2013), Brie (2014). El debate sobre el decrecimiento económicamente sostenible también utilizan la "transformación" como concepto rector; cf. Martínez Alier et al. (2010), Latouche (2010), Kerschner (2010), Kallis (2011), Paech (2012), Petridis (2013) y Muraca (2013).

7 . Clive Spash insistió acertadamente en no utilizar el término normativo, ya que todos los tipos de pensamiento y práctica tienen fundamentos normativos y que existe una inseparabilidad entre hechos y valores (Spash, 2012a: 44). Por lo tanto, utilizo los adjetivos "visionario" y "(político-)estratégico".

8 . Esos centros desarrollaron medios más o menos eficaces para externalizar en el espacio y en el tiempo algunas de las consecuencias medioambientales negativas; una fábrica de aluminio en la Amazonia brasileña o la vida de cientos de millones de personas en las favelas con su mano de obra informal o incluso esclava también forman parte del capitalismo.

9 . En este artículo no me centro en el término transición (cf. Brand, 2012), pero en algunas fases de mi argumentación hago referencia a la bibliografía pertinente. Además, algunos estudios utilizan el término de forma intercambiable (por ejemplo, Raskin et al., 2010).

10 . No todas las relaciones sociales o dinámicas problemáticas están cubiertas por el concepto de capitalismo o por el modo de producción capitalista. Los conceptos teóricos no pueden reproducir la complejidad de la realidad social. El concepto de capitalismo adopta una gramática poderosa que estructura y socava las relaciones sociales, incluidas también las relaciones de naturaleza social, lo que inevitablemente engendra el carácter de crisis de las sociedades modernas.

11 . La mayoría de los trabajos sobre la periodización del capitalismo —incluida la versión teórica de regulación que aquí se presenta— no se centran en cuestiones socioecológicas, ni teóricamente ni en términos de diagnóstico temporal. Eso puede cambiar, en vista de la dinámica actual de la historia real. Sobre las teorías críticas y su conceptualización de la continuidad y la discontinuidad en general, cf. Albritton et al. (2001).

12 . Así lo demuestra el concepto de regulación: "Llamamos 'regulación de una relación social' al modo en que esta relación se reproduce a pesar y a través de su carácter conflictivo y contradictorio. Así, la noción de regulación sólo puede entenderse dentro de un esquema particular: relación-reproducción-contradicción-crisis" (Lipietz, 1988: 11).

13 . Véase Aglietta (1979), Lipietz (1988), Boyer (1990), Becker (2002), Hirsch (1997), Jessop y Sum (2006) y Atzmüller et al. (2013). Para las contribuciones que pretenden mejorar la teoría de la regulación hacia la crisis medioambiental, así como a la economía ecológica, cf. Zuindeau (2007), Gendron (2014) y Douai et al. (2012).

14 . Especialmente en el debate francés, dominado por los economistas, muchas contribuciones a la teoría de la regulación subestiman el Estado y la gobernanza como una relación social específica. Por lo general, el Estado era y es tratado como una forma institucional más.

15 . Cf. Poulantzas (1978), Jessop (2007), Aronowitz y Bratsis (2006), Hirsch (2005), Sauer (2011), Wöhl y Sauer (2011), Demirović (2011), Bretthauer et al. (2011) y Lessenich (2011).

16 . Gramsci y Poulantzas se centraron en el carácter de clase del Estado, pero su conceptualización puede ampliarse a otras relaciones como las de género (Ludwig et al., 2009) y las de naturaleza societal (Brand et al., 2008).

17 . Cf. el paradigma heterogéneo de la ecología política en el debate anglosajón: Forsyth (2003), Robbins (2004) y Peet et al., (2011); cf. Whitehead et al. (2007), sobre el papel del estado en la ecología política; un alegato a favor de una ecología política gramsciana de Mann (2009), para el debate de habla alemana, cf. Görg (2003, 2011), Von Winterfeld (2009), Gottschlich (2011), Wissen (2009; 2011), Brand y Wissen (2012, 2013a); para la perspectiva relacionada de la ecología social, cf. Becker et al. (2011), Krausmann et al. (2008) y Fischer-Kowalski (2011); visión general en Hausknost (2013).

18 . Los sumideros son áreas capaces de absorber las emisiones, por ejemplo, los bosques y los océanos en el caso del CO2.

19 . La ecología política subraya que la propia interpretación de los problemas ecológicos no es un proceso neutral, sino de dominación. Conceptos como límites planetarios constituyen una perspectiva

específica que hace más plausibles que otras determinadas interpretaciones de los problemas y posibles formas de abordarlos.

20 . Pepper (1993), Benton (1996), Foster (2000), Salleh (2014); cf. también el buen trabajo sobre alternativas dentro de la obra de Marx en Hudis (2013).

21 * A partir de Brand, Ulrich (2016): “Green Economy, Green Capitalism and the Imperial Mode of Living: Limits to a Prominent Strategy, Contours of a Possible New Capitalist Formation”, Fudan Journal of Humanities and Social Sciences, 9, pp. 107-121.

22 . Cf. Moreno (2013), Salleh (2012), Lander (2011), Spash (2012a), Brand (2012); para China, Huan (2008).

23 . No niego el hecho de que, en algunos casos, la rivalidad geopolítica pueda conducir a la innovación tecnológica. Pero la tendencia general se dirige hacia otra dirección.

24 . La académica Camila Moreno, de Brasil, insistió en nuestras conversaciones y debates en China en que la ecologización del capitalismo es una de las prioridades de los poderosos actores económicos y políticos, y que ya se está llevando a cabo (cf. Moreno, 2013).

25 * A partir de Brand, Ulrich (2021): “Glokales Gemeinwohl Lernmöglichkeiten in der Corona-Krise, um die imperiale Lebensweise zu überwinden”, en F. Werneke y C. Zanker (eds.), Renaissance des Gemeinwohls?, Hamburgo, VSA, pp. 34-46 [el texto fue recortado].

. Este texto presenta unas reflexiones más profundas y constructivas sobre lo acaecido durante la pandemia del coronavirus. Es la continuación y la ampliación de lo que formulé en los dos primeros meses de la pandemia, publicado más adelante en el capítulo "¿En camino hacia un capitalismo del coronavirus? Comprender y generar iniciativas", de mi libro Poscrecimiento y contrahegemonía. Huelgas climáticas y alternativas al modo de vida imperial (2020). En 2020 escribí: "Las reflexiones sobre la actual crisis del coronavirus sirven también como una especie de autoesclarecimiento y están escritas en un estado de desgarramiento interior y parcialmente, también de sobrecarga intelectual".

26 . Cf. Brad, Brand y Krams (2020); Hartmann (2020); Ministerio Federal de Sanidad (2018). No entraré en la compleja e importante cuestión de si el coronavirus o la transmisión de animales a humanos implica un proceso contingente que es "exógeno", es decir, no atribuible, o por lo menos no directamente, a la ganadería intensiva, que funciona con criterios capitalistas, y a la destrucción de la biodiversidad y de los hábitats de los animales salvajes; o si es "endógeno"; cf. Schaffar (2020) y la discusión en la lista de la Asociación para la Investigación Social Crítica (AkG) de finales de marzo de 2020, https://akg-online.org/.

27 . Véase, por ejemplo, Boos yPreiser (2020), que muestran el caso de América Latina.

28 . Véase, por ejemplo, Högelsberger y Brand (2020); propuestas sobre transporte urbano y aéreo, política energética, mundo laboral y formación continua, en Bär y Runkel (2020).

29 . Cf., por ejemplo: Kothari et al. (2019); Novy et al. (2020).

30 * A partir de Brand, Ulrich (2019): “In der Wachstumsfalle. Die Gewerkschaften und der Klimawandel”, Blätter für deutsche und internationale Politik, 7, pp. 79-88.

31 . Esto también se aplica a los sindicatos de servicios, que de ningún modo representan intereses ecológicos per se, si pensamos en el transporte aéreo o el sector turístico, por ejemplo.

32 . Véase Müller et al.(2018).

33 . Hans-Jürgen Urban (2018: 330); cf. la visión de conjunto de Barca y Leonardi (2018).

34 . En todo ello, existen grandes diferencias entre los sindicatos, como ejemplifican las aportaciones de los tres miembros de la junta ejecutiva de IG Metall, Frank Iwer, Wolfgang Lemb y Hans-Jürgen Urban, en el citado anuario Gute Arbeit de 2018.

35 . Sobre la expresión modernización ecológica, véase: Bemmann, Metzger y Von Detten (2014); Brand y Niedermoser (2016).

36 . Aportación de Wolfgang Lemb en el debate con Ulrich Brand el 15 de marzo de 2019 en Kassel: “Transformation gestalten: sicher, gerecht und selbstbestimmt. Co-Management oder Gegenmacht?”.

37 . Statistisches Bundesamt (2016), “Fachserie 4 - Produzierendes Gewerbe, Reihe 4.3 “Kostenstruktur der Unternehmen des Verarbeitenden Gewerbes”, https://bitly.ws/ZeF7 (cálculos de

Etienne Schneider).

38 . En este sentido, es fundamental la obra de Santarius (2015).

39 . Resolución del 22º Congreso Sindical Ordinario del IG Metall (2011). Lemb (2016).

40 . Urban (2018); Dörre (2018); Dörre y Becker (2018: 43).

41 . Eversberg (2017: 232); cf. también Konzeptwerk Neue Ökonomie y DFG-Kolleg Postwachstumsgesellschaften (2017); Brand y Krams (2018).

42 . Véase, por ejemplo: Elsen (2014); Peper, Kunze y Mollenhauer-Klüber (2019).

43 * A partir de Brand, Ulrich y Schickert, Christine (2019): “Ökosozialistische Strategien für eine sozial-ökologische Transformation. Postkapitalismus als wachstumskritische Praxis”, en K. Dörre y C. Schickert (eds.): Neosozialismus. Solidarität, Demokratie und Ökologie vs. Kapitalismus, serie Bibliothek der Alternativen, Múnich, Oekom, pp. 165-185.

44 . Este trabajo es un diálogo con Klaus Dörre y su propuesta de pensar horizontes y estrategias emancipadores bajo el lema del “neosocialismo”.

45 . Sobre nuestro escepticismo respecto a la semántica del concepto de socialismo, cf. Brand (2012); no obstante, es preciso estar siempre abierto a una posible reconsideración.

46 . Para una comprensión más amplia del concepto de policrisis, que recoge las dimensiones y los significados profundos inherentes a las crisis, como los de la representación política o la democracia, pero también los de las relaciones de género y la reproducción social, véase Demirović et al. (2011).

47 . Agradecemos a Raul Zelik sus valiosas sugerencias.

48 . De hecho, la externalización se está produciendo ahora en la propia Europa, concretamente hacia el sur y el este, mientras que, en sus primeros años, China y muchos países latinoamericanos no se vieron tan amenazados por la crisis económica.

49 . En el actual debate estadounidense, iniciado por los “socialistas demócratas” dentro del Partido Demócrata, la designación nuevo pacto verde está cargada de un significado mucho más radical y, de aplicarse, llevaría más allá de un capitalismo verde.

50 . La expresión es de Friederike Habermann (2009).

51 * A partir de Brand, Ulrich (2020): “Sozial-ökologische Transformation konkret. Die solidarische Postwachstumsstadt als Projekt gegen die imperiale Lebensweise”, en A. Brokow-Loga y F. Eckardt (eds.), Postwachstumsstadt. Konturen einer solidarischen Stadtpolitik, Múnich, Oekom, pp. 236-248.

52 . A continuación, fue suprimida una parte del texto original debido al hecho de que el concepto de transformación socioecológica se explica con más detalle en otros capítulos de este libro.

53 . El Objetivo 11 es fundamental para nuestro tema: “Ciudades y asentamientos sostenibles: hacer que las ciudades y los asentamientos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles”. Puede encontrarse material interesante al respecto en https://bitly.ws/V8zD.

54 . Berner (2016) ofrece una visión general instructiva de la cuestión de la vivienda en los países del Sur global y del fracaso sistémico del mercado formal de la vivienda.

55 . Junto con Alberto Acosta, economista ecuatoriano, he escrito un libro en el que intentamos relacionar el debate sobre el poscrecimiento en Europa y el debate sobre el buen vivir en América Latina (Acosta y Brand, 2018), porque creemos que podemos aprender unos de otros.

56 . A continuación, fue suprimida una parte del texto original debido al hecho de que el concepto de modo de vida imperial se explica con más detalle en otros capítulos de este libro.

57 * A partir de Brand, Ulrich (2017): “Lernen für eine sozial-ökologische Transformation. Die Überwindung der imperialen Lebensweise als gesellschaftspolitisches Projekt”, en O. Emde, U. Jacubczyk, B. Kappes y B. Overwiend (eds.), Mit Bildung die Welt verändern? Globales Lernen für eine nachhaltige Entwicklung,

Opladen/Berlín/Toronto, Deutsche Gesellschaft für Erziehungswissenschaft/Verlag Barbara Budrich, pp. 23-37.

58 . Se ha omitido una parte del texto original debido a que el concepto de modo de vida imperial se explica con más detalle en otros capítulos de este libro.

59 . La expresión transformación socioecológica tiene una dimensión analítica, ya que también pone de manifiesto estructuras y procesos de no sostenibilidad, y una dimensión político-estratégica en el sentido de transformación hacia la sostenibilidad y la justicia (cf. Brand, 2016).

60 . Estas reflexiones finales se basan en partes del capítulo 8 de Brand y Wissen (2017).

61 . Véase la entrevista con Monica Di Donato de FUHEM sobre el "Modo de vida imperial: una lectura a la luz del conflicto de Ucrania", del 17 mayo de 2022, perteneciente a la colección de Dosieres Ecosociales, en https://bitly.ws/ZfZj.

* A partir de Brand, Ulrich (2016): "How to get out of the multiple crisis? Towards a critical theory of social-ecological transformation", Environmental Values, 25(5), pp. 503-525.

SOBRE EL AUTOR

Ulrich Brand es catedrático de Política Internacional en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Viena, Austria. Su libro más conocido es Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica (con Markus Wissen, Buenos Aires, Tinta Limón 2021), que fue traducido del alemán a 12 idiomas. Fue miembro del Comité Científico de ATTAC Alemania. Entre 2011 y 2013, fue miembro de la Comisión de Diputados y Expertos del Bundestag alemán, Bienestar y Calidad de Vida. Desde sus inicios en 2010 es miembro del Grupo Permanente Alternativas al Desarrollo, que trabaja sobre América Latina: https://www.rosalux.org.ec/etiqueta-producto/alternativas-al-desarrollo/. Y desde sus inicios en 2016 es miembro del Grupo Permanente Beyond Develomment, que trabaja sobre asuntos políticos globales: https://beyonddevelopment.net/.

COLECCIÓN ECONOMÍA INCLUSIVA

La profundización de la crisis ecosocial reclama un paradigma inclusivo capaz de combinar las perspectivas de la economía política, la economía ecológica y la economía feminista ofreciendo una mirada compleja e integradora. La colección de Economía Inclusiva responde a este reto asumiendo el desafío de construir un paradigma integrador de las distintas corrientes críticas que enlace el análisis y tratamiento de los problemas actuales con las transiciones imprescindibles y urgentes hacia una forma alternativa de producir, intercambiar y distribuir los bienes y servicios necesarios para una existencia socialmente justa y ambientalmente sostenible. En esta línea, el propósito de la colección es acoger materiales teóricos y empíricos, analíticos y propositivos, españoles e internacionales, que traten de entender el tiempo que vivimos y de hacer posibles los procesos de cambio que necesitamos.

Colección

Economía Inclusiva

1. Fundamentos para una economía ecológica y social

Clive L. Spash

2. Economía política feminista

Astrid Agenjo Calderón

3. Bioeconomía para el siglo XXI

Luis Arenas, José Manuel Naredo y Jorge Riechmann (eds.)

4. Desigualdades insostenibles

Lucas Chancel

5. El papel del Estado en la economía

Luis Buendía García (ed.)